

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 30 septiembre - 6 octubre 1956 | Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 409

FRANCISCO FRANCO, EN LA HISTORIA DE ESPAÑA



anco, estadista y hombre, por F. Salvá Miquel (pág. 10)
tido y pulso del Palacio del Pardo, por José de Maire
(pág. 11) * Un obelisco en el monte de la Esperanza,
Tenerife, por F. Costa Torró (pág. 17) * Tetuán, es-
larío excepcional del Alzamiento, por Manuel Cruz Ro-
ro (pág. 23) * Yanduri, puesto de mando, por Alfonso
rra (pág. 28) * En Cáceres se fragó la conquista del
azar de Toledo, por Pedro Mario Herrero (pág. 32) *
ntinela de Occidente», un libro para ejemplo de gene-
ciones futuras; entrevista con sus autores, Franco Sal-
o y Luis de Galinsoga, por Jiménez Sutil (pág. 41) *
anco de España, resumen del libro de J. F. A. Coles
(pág. 46) * Cita de generales en el campo de Salamanca,
Luis Losada (pág. 49) * Burgos, corazón de España,
José María Deleyto (pág. 52) * Pedrola, Hotel Ter-
tus, por Gonzalo Crespi (pág. 55) * Calma en el Can-
tábrico, por Alberto Clavería (pág. 58)
ARGURAS Y TRIBULACIONES DE MI AMIGO PIN,
novela, por Tomás Borrás



DESPUES DEL

Verano

La retina conserva aún la impresión de los erguidos pinos, las agitadas olas y los horizontes dilatados. Todavía nuestros pulmones guardan el aire puro de la sierra o el mar. Y no obstante el otoño, ahora, y, después, el invierno nos amenazará

La única forma de prolongar los beneficios del verano y defender la salud conquistada en los meses de asueto, es seguir la buena costumbre de tomar ENO para combatir las indisposiciones propias de la estación.

ENO se vende en dos tamaños.

El grande resulta más económico.



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS REGISTRADAS

DEPURATIVA, SEDANTE, DESCONGESTIVA

Laboratorio: FEDERICO BONET, S.A. - Infantas, 31. - MADRID



El Generalísimo dirige las operaciones en el frente de batalla



FRANCISCO FRANCO EN LA HISTORIA DE ESPAÑA

La estrategia en la guerra y la estrategia de la política

EL CAUDILLO DEL 1.º DE OCTUBRE

LA guerra no es cosa muy diferente a la política. Confirmamos este aserto nuestro con una afirmación rotunda del primero de los tratadistas militares de todos los tiempos. Clausewitz, en efecto, el genial filósofo castrense, cuyas enseñanzas son aceptadas sin replicar por todos los militares del mundo, aún siglo y medio después de haber escrito su clásico y fundamental tratado «De la guerra», lo afirmó así. «La guerra es un medio», escribió, y, naturalmente, no un fin. «La guerra—añadió—es la simple continuación de la política con otros medios.» Todavía añade más. La guerra, dice, «es un acto político, un instrumento político, una continuación de las relaciones políticas, una gestión de las mismas con otros medios.» Y termina su luminosa idea: «Todas las guerras pueden ser consideradas como acciones políticas.» Y si así es, ¿por qué los grandes conductores de los Ejércitos, que a la postre, según la expresión clausewitziana, no hacen sino política con otros medios, no han de poder ser grandes conductores también de pueblos? Bien pensado, la consecuencia parece, sin duda, lógica. Y la Historia, la gran maestra de siempre, nos brinda abundantes ejemplos que confirman la hipótesis.



España entera, en la plaza de Oriente, aclama a su Caudillo y expresa su unánime repulsa por las sanciones de la O. N. U.



A la izquierda, Franco habla a sus soldados desde un balcón de una casa de Belchite, recién liberada la ciudad. A la derecha, el Generalísimo, en mayo de 1938, en su Cuartel General, con el teniente coronel Barroso, su jefe de operaciones

Un paso más todavía. No están de acuerdo los tratadistas militares sobre cuántos son los principios fundamentales del arte de la guerra. Pero aunque en su número no concuerden, si lo hacen en su enunciación. La discrepancia radica, en efecto, en que, para algunos, ciertos principios, por así decirlo, son solamente subprincipios: conceptos fundamentales, ciertamente, pero contenidos en otros más generales. Mera cuestión de apreciaciones que no interesa a la postre aquí. Los reglamentos militares al uso hablan, como normas esenciales, de acción de la «voluntad de vencer», esto es, la real y auténtica decisión; la conveniencia de actuar por «sor-

presa»; la ventaja del atacante sobre el que simplemente se defiende; la «superioridad» de los medios empleados, frente a los del contrario; la «libertad de acción» y la «economía de fuerzas». He aquí unos principios claros y diáfanos que sirven de cimiento a todo el arte militar y que en realidad sirven también de métodos de acción para tanta otra cosa, fuera del campo estricto de la guerra. La «economía de fuerzas», por ejemplo, significa la mejor distribución de nuestros medios con respecto al fin buscado. He aquí un precepto tan general de acción que es normal en todo lo que signifique esfuerzo propio. Clausewitz, más llanamente, nos ha-

blaba como principio, de la acción, con la economía de fuerzas, de la «astucia», de la «perseverancia», de la «intrepidez», de la necesidad de «reunir el esfuerzo» y no disgregarlo, de la precisión de disponer de «reservas» y de la exigencia de una «buena moral». ¿Es que a la postre el financiero, el hombre del taller o del campo, el ingeniero o el letrado, actúan en realidad fuera de estos o al menos de parte de estos principios en sus tareas cotidianas propias y precisas? ¿Es que el gobernante, el hombre de Estado, no necesita también de la perseverancia, de la sana moral y sólida voluntad, de acumular los medios precisos para triunfar en sus empeños, de contar con reservas en el esfuerzo y de economizar éste para adaptarlo al objetivo, en cada caso perseguido? ¿Sí? Pues ahí tenéis esta «estrategia civil» que es precisa en la vida del político para ganar la diaria batalla de los acontecimientos. No, no son ciertamente tan diferentes como parece el arte sublime de conducir grandes masas armadas y el de conducir pueblos enteros. Sobre todo cuando anda por medio el genio.

Y el distinguo es menos claro ahora que nunca, cuando el arte de mandar masas armadas requiere, como ha recordado Franco en La Coruña, últimamente, una economía progresiva, una cultura profunda, una acción social profunda. Cuando ya no hay militares y paisanos, como artes, ni menos distinguos tendenciosos entre «poderes», como en los tiempos nefastos del pasado. Ahora no. Ahora sólo hay españoles. Españoles de la paz y de la guerra. Pero españoles unidos por un mismo afán, el servir a la Patria, bajo un mismo Capitán, Franco.

Si España ha escogido tal Ca-



El primer embajador de los Estados Unidos, después del levantamiento de las sanciones por la O. N. U., presenta al Jefe del Estado español sus cartas credenciales, en 1951

pitán no ha sido ciertamente por un vestigio trasnochado de militarismo ni por ningún oculto anhelo cesarista. Nada de eso. España ha hecho, sencillamente, lo que han hecho y hacen aún ahora tantos otros pueblos — ahora quizá más que antes—; ha elegido un soldado de excepción para que la rija y la gobierne. Un soldado excepcional que, como los de los ejemplos de arriba, es también un estadista de excepción. ¿Qué hizo Alemania tras de las desventuras de la primera guerra mundial y sus secuencias inmediatas? Eligió para que la gobernara a un soldado magnífico: Hindenburg. ¿Qué hizo, a su vez, Francia, en la angustia de su desastre de 1940? Aceptar que la gobernara otro soldado ilustre: Pétain. Es el caso de Hungría y el almirante Horthy; de Polonia y el mariscal Pilsudski, como fuera también de Turquía, con Mustafá Kemal. Como luego exactamente Portugal se acogiera a la presidencia del mariscal Carmona o de Craveiro; Argentina, a la del coronel Perón; China a la de Chan Kai Chek, y en fin, la suprema democracia de las democracias, la poderosa República de América del Norte, a la del glorioso general Eisenhower. Y es que los pueblos de la tierra, sin excepción ninguna, en los momentos de crisis, conscientes del peligro o de las dificultades, les ilumina en muchos casos el instinto y saben elegir. Ciertamente que no en las urnas. Buscan, sin importarles mucho los prejuicios democráticos del tiempo de paz, al soldado prestigioso y capaz que necesitan. ¡Y hacen bien!

MANDAR ES CONVENCER

Que un General de la talla singular de Franco, cuyos méritos excepcionales han elogiado tanto desde Pétain a Eisenhower, haya sido fiel intérprete de los eternos principios del arte militar, nada, sin duda, puede tener de extraño. Pero Franco no sólo interpretó siempre recta y correctamente estos principios eternos, sino que él mismo los comentó y explicó a su camaradas de armas en sus glosas, magníficas y sobrias, llenas de profundidad y breve y claramente expuestas en sus notas al "Reglamento de Grandes Unidades". Franco, que tiene del mando el mismo concepto que Lebaud, y que entiende que "mandar es convencer", ha explicado él mismo, más de una vez, a los jefes de todas las categorías, desde la más modesta a la más elevada, la manera de resolver un caso práctico difícil. Se ha referido de él una anécdota. Se trata en un ejercicio de atacar y ocupar una posición. El ejecutante desarrolla su tema y explica cómo lo haría en la realidad. Franco, que dirige el ejercicio, se hace acompañar, terminado éste, discretamente por el ejecutante. Sube con él a la posición de la hipótesis. Y pregunta a este último: "Si usted estuviera encargado de defender este lugar, ¿por dónde le gustaría que le atacara el enemigo?" El ejecutante, que analla el terreno, contesta luego, firme y sin vacilar. "¡Por aquí!" y señala el lugar, naturalmente, más despejado y batido. Entonces, Franco cierra el diálogo con



En el patio del Alcázar de Toledo, Franco se dirige a los cadetes de la Academia de Infantería

esta conclusión tajante: "Pues es exactamente el lugar que usted mismo ha elegido para atacar."

Otra vez, en la guerra, cierto mando importante atacaba a los rojos con un frente demasiado amplio y diluido, dados sus medios. Naturalmente, el avance no progresaba. Franco corrigió al mando con este símil expresivo: "No insista usted más. Los clavos no se clavan de costado, sino de punta. Sólo así penetran..."

¡Los principios militares! ¡Con qué maestría no los aplicará siempre Franco! Gracias a su perfecta comprensión de la entraña misma de la guerra pudo darse el milagro que durante nuestra Cruzada de Liberación, que duró tres años, Franco no tuviese ni un solo fracaso militar en el frente.

"¡La moral!" Siempre convino Franco que la moral es el Ejército. Y así es. De ella depende el triunfo o la derrota. Con moral, un Ejército vale mucho. Sin moral, no vale nada. El primer objetivo de la guerra—Franco replicaría sin vacilar—es exaltar la moral propia. Aniquilar la del enemigo.

Se está operando en el valle medio del Tajo. Las columnas de África avanzan arrolladoras hacia Madrid. Al sur de la capital, en Toledo, un puñado de héroes resisten en el Alcázar. Franco medita. Al fin, decide elegir entre estos dos objetivos inmediatos el de Toledo. El general Kindelán ha referido un episodio curioso en torno a esta decisión. Explica cómo él mismo indicó al Generalísimo que la elección de Toledo podría costarle Madrid. Franco replicó inmediatamente: "Lo sé. He meditado mucho las consecuencias de mi decisión... En la guerra, los factores espirituales cuentan de modo extraordinario. Hemos de impresionar al enemigo por el convencimiento llevado a su ánimo de que cuanto nos proponemos lo realizamos, sin que pueda impedirlo." Magnífica lección de moral, que Franco, en efecto, consuma liberando a los valientes que manda Moscardó.

Cuando Franco es Director de la Academia General de Zaragoza, redactaba un decálogo para los Caballeros Cadetes. Este decálogo es, sencillamente, un compendio moral. No hay en él una

sola regla administrativa, ni siquiera técnica. Es, sencillamente, un epitome moral. La técnica cambia con harta frecuencia. La moral es eterna. Este decálogo habla y pide al Cadete, lo primero y sobre todo, amor a la Patria, espíritu militar, caballerosidad y celo por su reputación propia, ser cumplidor exacto del servicio, no murmurar nunca ¡ni tolerar que murmuren los demás!, hacerse querer de los inferiores y desear de los superiores, ser voluntario a todo sacrificio, compañerismo, sentido de la responsabilidad y ser valiente y abnegado.

¡Moral! Cuando Franco abandona Canarias para cargar con la inmensa responsabilidad de acaudillar el Movimiento, su orden y su consigna a los que allí quedan de momento es breve. Se limita a repetir tres veces una sola palabra monosilábica: "Fe". Y, en efecto, les dice al despedirse: "Fe, fe y fe." Franco sabía exactamente qué era la fe, y no el oro de los Bancos o las industrias o los puertos, como pensaba el marxista Prieto, la clave del éxito ¡Por eso venció!

AUDACIA SIN TEMERIDAD

"Intrepidez". He aquí otro principio de Clausewitz, fundamental en el arte de la guerra. O, como recomendaba Danton a los suyos: "¡Audacia, audacia y

siempre audacia!" "Audacia", que, aclaremos, no significa exactamente «temeridad». Un mando temerario es un mando peligroso. Un mando cuyos aciertos pueden ser, sin duda, brillantísimos, pero cuyos fracasos serán definitivos. Algo así como convertir a la guerra en una trágica lotería. Mando peligroso, a la postre. Audaz, en cambio, es el mando que se arriesga sólo hasta cierto punto. Que sabe lo que quiere. Y que sobrepesa mucho lo que puede pasar. El problema estratégico fundamental para Franco, apenas iniciada la guerra, era salvar el Estrecho. En España, el Ejército Nacional era pequeño y carecía de medios. En Marruecos, al menos, sí no un Ejército grande, sí había un gran Ejército. La "trituration" no le había alcanzado con la ferocidad de la Península. La aviación permitió ir pasando algunos contingentes. Pero Franco carecía de aparatos a la sazón, y el transporte era demasiado lento. Era menester intentar el paso del Estrecho por el mar. Alrededor de una veintena de kilómetros separan a Ceuta de Algeciras. Pero 20 kilómetros de agua parecían, sin duda, demasiado cuando se carece de poder naval y enfrente el enemigo dispone de potentes y abundantes medios. Toda la flota de que Franco disponía—aparte del remolcador y dos pequeñas moto-

naves mercantes y, por tanto, sin valor militar, utilizadas para el transporte—la constituían un viejo y pequeño cañonero de 800 toneladas, el "Dato", y un guardacostas, que a la verdad era, sencillamente, un veterano barco de pesca, armado con una pieza del 47. En aguas del Estrecho, los rojos tenían, sin embargo, vigilante a un destructor moderno, el "Lepanto", encargado de la exploración de toda una flota, que comprendía el acorazado "Jaime I", los tres cruceros "Cervantes", "Galicia" ("Libertad") y "Méndez Núñez", así como catorce destructores modernos. Una travesía del brazo de mar que se interpone entre España y Marruecos debería, sin duda, resultar así enjuiciada cuestión realmente temeraria. Unos pocos cañoneros deberían bastar para hundir irremediablemente el convoy. Tal era la opinión casi unánime en Ceuta de cuantos tenían autoridad para enjuiciar. Pero alguien discrepaba de esta opinión: Franco. Y Franco discurría bien. La flota roja, pese a su enorme superioridad material, para él tenía un valor escaso. Los rojos habían asesinado a sus oficiales. Por tanto, aquella escuadra, que carecía de mandos, que estaba falta de técnicos, no podía ser temible. Sabía Franco también que, a consecuencia de la actividad de su incipiente aviación, algún buque de guerra de los marxistas se había refugiado por aquellos días en Gibraltar para evacuar bajas. Y sospechaba que semejante precedente impresionaría profundamente a las tripulaciones rojas, bajas de moral. Y como lo pensó lo hizo. El convoy salió un día de la Virgen de Africa, de Ceuta, camino de Algeciras. Con ansiedad comprensible, desde las alturas del monte Hacho, Franco y su Cuartel General presenciaron la operación. El convoy llegó. Alguien que estaba cerca del Generalísimo respiró profundamente y aseguró que había pasado un rato angustioso que le había parecido eterno. Franco, seguro de sí, sencillamente, contestó: "Pues a mí el tiempo se me ha hecho cortísimo con la conversación de ustedes."

¡Principios militares! ¡La "economía de fuerzas"! Jamás olvidó Franco este precepto, verdadero "substratum" del arte de la guerra. Mientras que los rojos se empeñaban en atacar por todos los lugares a la vez; por diluir la acción en varios frentes simultáneos; por, en fin, batirse en todos los sitios, lo que hacía sus empeños débiles a la vez en todos los terrenos, Franco, no. Elegía su objetivo y se consagraba a lograrlo, impertérrito, perseverante, hasta conseguirlo. Cuando, tras la batalla de Brunete, que los rojos plantean para hacerle desistir de su maniobra en el Norte y de sus operaciones sobre Santander, alguien le propone explotar el éxito y seguir operando en torno a Madrid, Franco le interrumpe y le dice: "No. Rechazado el ataque de los rojos, volveremos ahora al Norte. Es allí en donde está la victoria." ¡Y allí estaba, exactamente! Los hechos lo probarían pronto. Cuando, en fin, los propios rojos plantean impetuosos la batalla del Ebro, Franco, serenamente, ante



El Caudillo llega a los astilleros de El Ferrol, el 1 de abril de 1956, para presenciar la botadura de cuatro cañoneros

el júbilo efímero de los marxistas en los primeros momentos, ve clara la cuestión. Sabe que, inexpertamente, el Ejército rojo se ha concentrado en la orilla sur del río, con órdenes de mantenerse allí a ultranza. Y comprende que, al fin, tiene cogido al enemigo. No queda sino más que aniquilarle. Justamente lo que hace de modo implacable durante tres meses. Al final de esta batalla, que los rojos han planteado en el terreno que han elegido y según sus planes propios, surge la hecatombe marxista. Se ocupa Cataluña; huye el Gobierno de Barcelona; se conquista Madrid sin tirar un tiro, y, en fin, "¡la guerra ha terminado!"

Los principios militares los aplicó Franco siempre. De aquí que sus campañas y aun sus batallas quedarán luego como modelo exacto de buen proceder; como ejemplo clásico en la estrategia y en la táctica. En el campo de la primera, con sus operaciones fulgurantes y espléndidas, que llevan dentro aire napoleónico, en sus amplios movimientos de Málaga, de Vizcaya, de Santander, de Asturias, de Aragón, de Levante y de Cataluña. En el terreno de la segunda, con la aplicación de nuevos medios operativos, como las tropas motorizadas en el valle del Ebro; con las amplias bolsadas del Norte o del Aljambra; con la original cooperación aérea; con el estudio técnico de los planes de fuego; con la perfecta organización de los servicios. Franco, sencillo siempre, diría más de una vez que eso de la guerra "era lo suyo". La guerra, es verdad, es la actividad propia del jefe militar. Pero ¿cuántos fracasos? ¿Cuántos no son capaces de desenvolverse "en lo suyo", y cuántos más, aun siendo diestros, registran éxitos y derrotas, victorias y fracasos en reiterada compensación? Franco, "en lo suyo", no es sólo un General victorioso. Y ello ya sería mucho. Es, sobre todo, un General Invicto, y esto es ya la excepción. Porque los grandes genios de la guerra, los Federico, los Napoleón mismo, no tuvieron siempre la fortuna de triunfar. El primero tuvo un Kunersdor. El segundo, un Waterloo que anuló todas sus anteriores victorias.

FRANCO, ANTE LA POLÍTICA

Lo que diferencia al militar del civil es justamente lo mismo que diferencia a un civil de una profesión de otro civil de otra diferente: la técnica. El arte de la guerra, en su síntesis filosófica y en su esencia misma, no es distinto de un arte cualquiera. Se sirve de las mismas reglas. Las que hemos apuntado. La fe, la decisión, la voluntad, la distribución del esfuerzo, la disponibilidad de medios... Es la técnica propia lo que diferencia en realidad las actividades profesionales de los hombres. Lo que distingue a éstos en el detalle de su ejecución real. Lo que hace que el abogado se instruya en la ley, el médico en patología, el ingeniero en la construcción y el militar en la táctica.

Franco, atento a los problemas de su tiempo, desde siempre se consagró en esencia y potencia a su profesión militar. Realmente



El Generalísimo Franco abraza al doctor Oliveira Salazar en el momento de su salida de Lisboa para Madrid, con ocasión del viaje del Caudillo a la nación portuguesa

no hubiera podido hacer otra cosa. Primero cuando sintió la llamada de Africa, y Africa le retuvo tanto tiempo. Luego cuando se vió llamado a dirigir la Academia General de Zaragoza. Más tarde obsesionado por las atenciones de su mando militar en Baleares y en el Estado Mayor Central. Pero recordamos que ya por entonces, por los días en que se implantara la nefasta República Española, Franco sentía una preocupación fija: el peligro comunista. Sentado en su despacho del palacio de la Almudaina—recuerdo exactamente nuestro diálogo—me habló una mañana de sol, cara a la magnífica bahía de Palma, cuando todo en lo aparente parecía aún tranquilo, del peligro comunista. Con gran acopio de datos, material seleccionado por él mismo y, sobre todo, con una argumentación lógica que descubría muchas horas de vigilia consagradas a estudiar la cuestión, Franco me habló del riesgo que él apreciaba ya inmediato para España. ¿Cuántas veces no repetiría luego su frase, convertida en realidad para salvación nuestra: «Donde yo esté no habrá comunismo?».

Fuera de esta justa y patriótica atención suya, jamás Franco sintió apetencias políticas, ni le gustó

la intriga, ni frecuentó despachos de los capitostes de la época, ni mendigó un acta, ni siquiera le preocupó una senaduría, pese a que en el Senado se vincularon, con carácter vitalicio, no pocos generales de nuestro Ejército. Cuando después de las elecciones republicanas de febrero fuera animado Franco para que presentara su candidatura como diputado a Cortes por el distrito de Cuenca, cuya acta había sido anulada, se pensó que su triunfo podría proporcionarle, junto a la conveniente inmunidad parlamentaria, la ventaja de permanecer en Madrid—a la sazón Franco estaba ya en Canarias—en contacto con cuantos a sus órdenes preparaban el Alzamiento. Pero Franco no acepta. Sin duda alguna no le atraía la política en semejantes instantes. Su negativa fué, por otra parte, otra resolución providencial. Contra lo que algunos pretendían, no sólo la inmunidad en aquel régimen de criminales y delincuentes no existía, sino que incluso su propia vida habría quedado sumamente amenazada bajo aquel Gobierno habituado al empleo de pistoleros y a la ejecución de atentados. ¡Felizmente así, merced a aquella negativa, con la que Franco quedó inédito para la política del

momento, se salvó el Caudillo de la más grave de las amenazas que contra él se cernieron nunca, y eso que éstas ni fueron pocas ni ciertamente leves!

La política que le estaba reservada a Franco no era ni podía haber sido ésa. La política del juego de los partidos, de la insidia, del torpe afán, de la intriga, de la catástrofe, en fin. El iba a ser llamado para algo mucho más alto, aunque debe denominarse del mismo modo: «política», al fin. «La política—la política al uso de aquellos tiempos bien pasados de antaño, bien entendido—no me ha interesado nunca ni jamás pensé en representar el Poder supremo de la Nación. Si frente a mis camaradas levanté la bandera nacional, lo hice sólo como patriota y como soldado», explicó cierto día Franco a un corresponsal italiano. Franco, en efecto, que no gustó de la política, con razón sobrada, que repugnaba vivir aquel ambiente de mentira que culminó en nuestra hecatombe, estaba reservado para el gran destino: ¡salvar a España! Capitanear a su vez a los españoles que vistieran o no de uniforme. Vencer en el campo de batalla. Reconstruir a España con arreglo a nuestros moldes tradicionales y nuevos a la vez. He aquí la tarea que Franco hubo de imponerse y que realizaría inmediatamente.

LA UNIDAD DE ACCIÓN Y SAGACIDAD

Hace ahora mismo veinte años que un puñado de militares al servicio de España convocados al afecto, libérrima y vidientemente, eligieron a Franco para dirigir la guerra y para gobernar la Patria. He aquí la exaltación de otro principio militar: «la unidad de acción». Es decir, el «mando único». Aquellos militares beneméritos tuvieron un doble acierto con su decisión y en su elección. Pero observemos algo esencial. Pudo, hasta cierto punto, parecer lógica y simple aplicación del precepto bélico de «la unidad de mando» la designación de Franco como Generalísimo del Ejército. Sin embargo, con exacta visión y feliz resolución el principio fué generalizado a lo político, y Franco fué designado al mismo tiempo Jefe del Estado. ¡Dios iluminó, sin duda, a los reunidos! Los principios de la guerra comenzaban, en su generalización

a la política, a dar también sus óptimos frutos.

«¡Unidad de acción!», dicen los Reglamentos y propugnan a una todos los tratadistas del arte militar. La «unidad de acción» en la política de Franco fué la consecuencia inmediata de la «unidad de mando». El 19 de abril de 1937 Franco hablaba así en Salamanca: «En el nombre sagrado de España y en el nombre de cuantos han muerto desde siglos por una España grande, única y libre, me dirijo a nuestro pueblo para decirle... Con la conciencia clara y el sentimiento firme de mi misión ante España, de acuerdo con la voluntad de los combatientes españoles, pido a todos una sola cosa: UNIFICACION».

La unidad de acción surgió así, por designio de Franco, para fortalecer y salvar a España en la guerra y en la paz. Ese mismo concepto de «unidad», al que tanto tenemos que bendecir todos los españoles y al que tanto debemos en la guerra y después de ella, hemos terminado por incorporarlo como principio básico a nuestro propio lema nacional. De la «unidad de acción», el principio castrense, surgió así la «unidad política»; la «España una», justamente la que puede hacer posible la España grande y la España libre.

En toda la vasta actividad política del nuevo régimen que acaudilla Franco, este principio de la «unidad interior»—la unidad de acción—se ha mantenido tan vivo y vigoroso que bien pudiéramos decir que ha sido el norte de toda nuestra actuación. Signo castrense, en suma, que contrasta con la variedad confusa que advertimos fuera en no pocos países sometidos al oleaje siempre cambiante de la democracia desenfrenada. ¡Por todo siempre el aire de los principios inmutables del arte militar! El principio soberano de la jerarquía. Alguien quizá podría objetarnos desde un punto de vista opuesto y que, naturalmente, no es el nuestro, que el principio de la obediencia ciega a la jerarquía puede multiplicar y hasta hacer casi irreparables los errores si surgieran. El sentido castrense y militar de la política no puede conformarse con la afirmación. El peor de los errores es siempre el barullo. El más malo de los yerros es siempre la confusión. Nos parece por eso siempre sabia la forma moral del

viejo Ejército piemontés cuando decía: «El que manda tiene siempre razón, principalmente cuando se equivoca». Franco, además, añadimos nosotros, no se ha equivocado nunca!

El sentido militar en lo político, he aquí reflejado entoda la actuación del Régimen, en el interior, como hemos dicho, manteniendo siempre el principio de la unidad de acción. En el exterior

no ha sido diferente la norma del Caudillo, atento siempre a los vaivenes de los acontecimientos mundiales, nada infrecuentes, ni nada leves, desde que la Cruzada Nacional terminó.

«¡Sagacidad!», he aquí otro principio que invoca Clausewitz como esencial para actuar en la guerra. Y en la paz, añadimos nosotros, sobre todo cuando de regir un país se trata. Ha estallado la guerra mundial. El Ejército alemán ha arrollado cuanto se le puso delante. En Oriente a Polonia. En el Occidente a Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia. El Ejército inglés abandona en Flandes su material y huye al otro lado del Canal. Hitler, fugaz emperador de media Europa, ofrece a Franco conquistar Gibraltar, pero insiste en atravesar a España para atacar al Occidente en su punto débil: África del Norte. Militarmente, la visión alemana era perfecta. Políticamente, España no quería intervenir en la guerra, que sabía mal planteada y que Franco había denunciado, no más que iniciada, como favorecedora de los designios rusos a la postre. Veinte divisiones formidables y con moral de victoria, aguardan en el Pirineo. Nadie puede ayudarnos. España ha salido desangrada y debilitada de su propia guerra. Necesita paz y reconstruirse. La Conferencia de Hendaia no progresa. Hitler se desespera. Al fin desiste. Tras de aquella entrevista, que evitó la guerra para España, el Führer tiene que cambiar radicalmente su plan bélico. Nada le cabe hacer ya contra los occidentales. Y decide volverse contra Rusia. Aquella Conferencia, ardua, extremadamente difícil, en Hendaia, como la que siguió luego de Bordighera con Mussolini la salvó la sagacidad de Franco. ¡Esa sagacidad que Clausewitz, insistimos, augura como esencial atributo del que manda! La misma lección se repite poco después. Cuando, el 21 de febrero de 1943 en plena guerra, Franco escribe a Churchill para advertirle del grave riesgo de los acontecimientos. «¿Hay algún poder o potencia en el centro de Europa, en ese mosaico de naciones y de razas sin consistencia ni unidad, desangradas por la guerra y esquilimadas por la ocupación, que pueda contener las ambiciones de Stalin? Evidentemente, no». Churchill no entiende. Se asombra de que pueda ponerse en duda la sinceridad de la amistad soviética. Bien es verdad que poco tiempo después fué el mismo mister Churchill el que en el discurso de Fulton lanzó la idea, pronto cristalizada en realidad, del Pacto Atlántico y de la N. A. T. O. «Si Alemania no existe, los europeos habríamos de inventarla», había escrito el Caudillo al «premier» británico en aquella ocasión. No le entendieron. ¡Y es ahora justamente ahora, cuando Inglaterra clama y pide la reunificación de un país—Alemania—que ella misma contribuyó a seccionar! ¡Importa o no importa en la política la sagacidad que Clausewitz admitiera como un principio fundamental del arte de la guerra?

DEFENSA Y PERSEVERANCIA ANTE EL MUNDO
Cuando la guerra mundial ter-



Ante los mapas de las regiones, Franco dirige personalmente las operaciones de guerra

minó, los errores de su planteamiento surgieron a la superficie de los acontecimientos para acumular los desastres. Postdam sirvió para injuriar a España, a la que tanto debían, sin embargo, los occidentales. Luego vino la estúpida acusación—«chantaje» diríamos mejor—contra nosotros, porque «amenazábamos la paz». Las sanciones. La condena de la O. N. U. La retirada de los embajadores. El cierre de la frontera. Franco permaneció impasible. No se desazonó. España sabía la receta. Y se unió más. El Caudillo, que en la guerra había conducido su Ejército siempre a la ofensiva, dirigiría ahora en la paz su política defensivamente. Él sabía bien del valor de la fórmula, como Capitán de excepción. «La defensiva—ha dicho un tratadista—es la más fuerte de las formas de guerra.» Franco sabía que ganaría la batalla contra el mundo entero. Era menester esperar. Mantenerse firme. Resistir. «¿Cuál es el objetivo de la defensiva?», se pregunta Clausewitz, para responderse a sí mismo: «El objetivo de la defensiva es conservar.» ¡Justamente lo que era preciso! Conservar España, conservar su régimen, conservar los frutos de nuestra victoria interior. Para ello Franco, soldado genial, contaba con que a la defensiva lo que más la favorece es el error del ataque, como dice el autor del libro magistral «De la guerra». Y eran tantos los errores que habían acumulado y aún acumulaban los ofensores, que el resultado no podría hacerse esperar. Se trataba, en fin, de perseverar—¡la «perseverancia», otro gran principio militar!— porque «el que cede a las presiones—sigue Clausewitz—no realizará ninguna de las empresas». He aquí una afirmación del filósofo militar prusiano que parece exactamente escrita para nuestro caso. Al fin, en efecto, la victoria fue total y absoluta del Caudillo. Toda aquella aparatosa ofensiva montada vergonzosamente para adular a Rusia se vino abajo pronto. La ofensiva antiespañola se hundió estrepitosamente. El 1 de marzo de 1951 volvió primero el embajador americano; luego, escalonadamente, se apresuraron a imitarle el de Inglaterra, el de Francia, el de la Italia de la posguerra. La O. N. U. rectificó y hasta terminó recibiéndonos en su propio seno. La frontera se abrió y, lo más importante, el 26 de septiembre de 1953 España y los Estados Unidos sellaban su amistad en un pacto común de paz y seguridad. Franco había ganado la última y más descomunal de sus batallas. La guerra que le había declarado, injusta y torpemente, el mundo entero. Sus principios de acción, lo hemos visto, no eran distintos de los que había empleado antes, con idéntica eficacia maravillosa, en los días duros de la Cruzada. ¡Los principios eternos del arte militar!

Y es, y terminamos, que la guerra es una escuela perfecta del arte de gobernar. Así lo ha comprendido, sin duda alguna, el pueblo americano, que ha elegido para la Jefatura de su propio Estado a su generalísimo de la última contienda. Así lo entendieron también los españoles cuan-

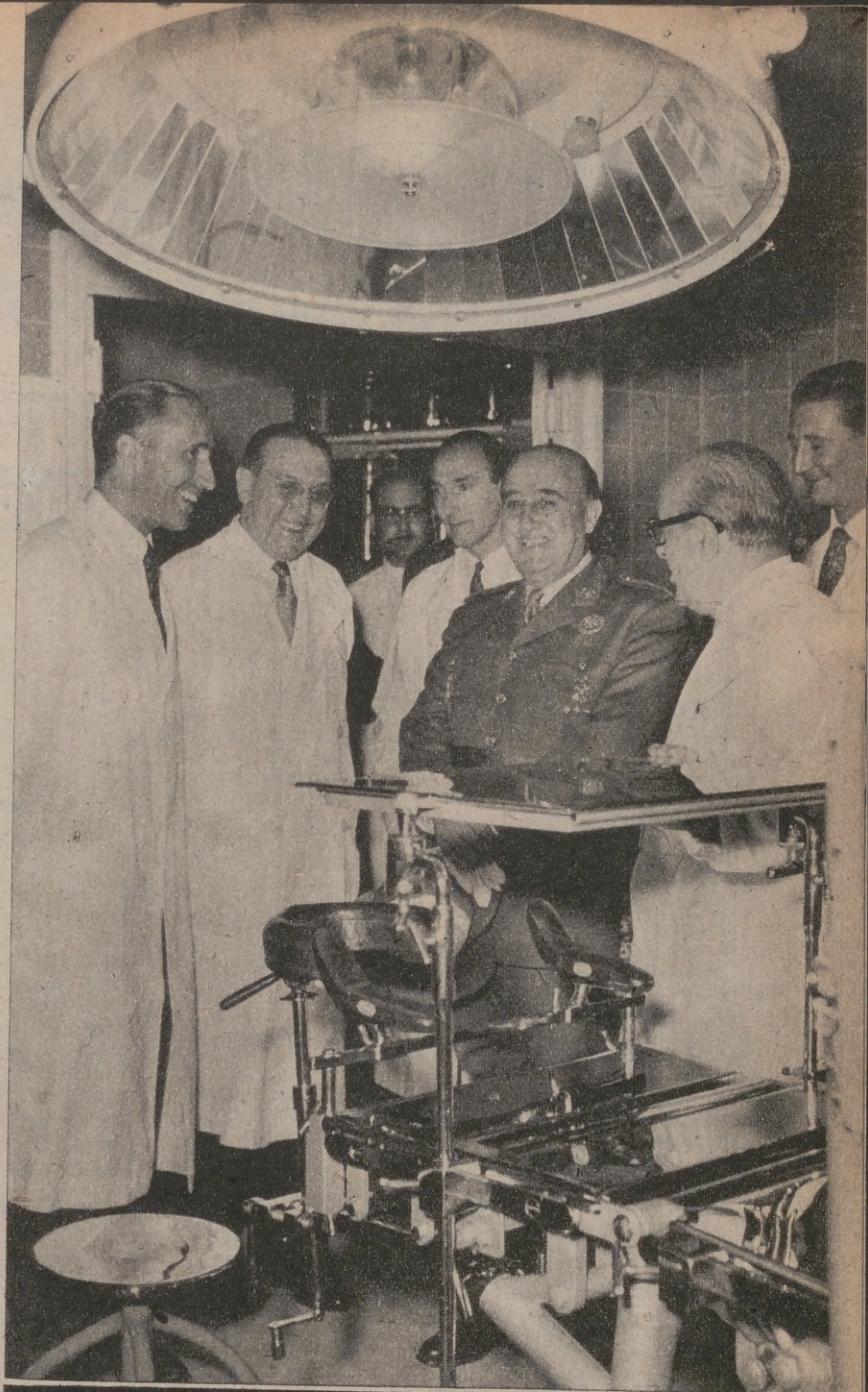
do elevaron sobre el pavés a la Jefatura del Ejército y a la del Estado naciente al propio General Franco. Y es que «en la guerra, más que en ningún otro sitio—como dice el autor de «De la guerra»—ocurren las cosas de distinto modo a como uno se las ha imaginado... La larga experiencia de la guerra da el tacto necesario para apreciar, en cada momento, el valor de las cosas». He aquí la clave de las cosas. El porqué del realismo del militar. El porqué de su comprensión de las cosas, tal como son, y no tal como las imaginamos a través de una formación doctrinaria y «apriorística» de partido a la antigua usanza.

He aquí explicada, en efecto, la eficiencia de toda esa gimnasia ligante que significa mandar grandes Ejércitos, como previa escuela de mandar luego grandes pueblos. He aquí la razón del por-

qué mandar en la guerra, en donde por todo es el «imperio de lo desconocido», es buena y eficaz enseñanza para mandar en la paz.

A la postre es éste el sentido militar de la política. La función misma del Gobierno y de la cosa pública, austera disciplinada, consciente, que tan cara le era a José Antonio. El concepto jerárquico y, aun más, el sentido castrense de la política. Un concepto a la postre de una política bien distinta de la de antaño. Una política sin prebendas. Una política a la vez que nos habla tan sólo de sacrificios y servicios. La política, en fin, que queremos a una todos los españoles. La política, por último, de Franco.

José DIAZ DE VILLEGAS



El Jefe del Estado inaugura la clínica de la Concepción, del Instituto de Investigaciones Clínicas Médicas, en Madrid, el 31 de mayo de 1955

FRANCO, ESTADISTA Y HOMBRE

DIAS atrás me recibió en su despacho el coronel de un regimiento de Infantería de una localidad de la Maresma. A través de la ventana se adivinaba la lámina azul del mar. El coronel, sentado detrás de su mesa, evocaba recuerdos de su época africana. «En cierta ocasión —me dice—, en una retirada, los legionarios que andábamos por las breñas, entre madroños y gaba, descubrimos caminando con parsimonia por la carretera al general Sanjurjo y al jefe de la Legión, Francisco Franco.»

Charlaban con admirable sosiego. Y los legionarios sintieron correr por su espinazo por un momento la angustia, y sintieron también el estupor. Porque a pocos metros de los dos jefes, que se retiraban con la pílida satisfacción de dos amigos que gozan de pasear por una avenida de una ciudad burguesa, los cabileños se arrastraban acechándolos, pegándose al suelo, disimulándose en la tierra y perdiéndose prodigiosamente entre las matas.

«Venturosamente—continúa mi interlocutor—, oficiales, suboficiales y soldados llegamos a tiempo para formar una guerrilla que fué cubriendo la retirada a los jefes. Estos continuaban sosegadamente, parsimoniosamente. La retirada fué a tiempo lento. Nosotros hubiéramos querido que fuera más de prisa.»

Esta anécdota que cacé no hace mucho a orillas del mar latino, se me antoja de un inmenso valor simbólico. Como que toda la vida de Francisco Franco, como que toda su empresa se desarrolla con sosiego y parsimonia. Parsimonia y sosiego que llegan a los más humildes detalles y se expanden prodigiosamente—causando el estupor del mundo—en las horas supremas de la vida política.

Un enemigo de Francisco Franco, un conocido cabecilla marxista, reconoció tiempo antes del 18 de Julio que el General «llega a la fórmula suprema del valor: es hombre sereno en la lucha». No es difícil, en tierras de España, hallar hombres que se zambullan con relativa facilidad en el trance heroico. Lo que sí es asombroso, y raro, es la aparición de una personalidad que haga de toda su vida una constante de heroísmo, de sosiego, de imperturbabilidad.

De nada nos servirían—se ha observado—los heroísmos descabellados, sin una guía inteligente, que dejaban en pos una estela de fosas y de cadáveres. Lo que España necesitaba era la serenidad habitual, el sosiego continuado, la constante parsimonia, el equilibrio, la eficacia, la paz, sin matices, sin alteraciones, ni de depresión, ni de júbilo extremado. Francisco Franco ha sabido hallarse prodigiosamente libre de estas alternativas molestas e incómodas de entusiasmo y depresión que acechan al común de los mortales.

En las primeras horas del Movimiento, cuando las noticias no eran demasiado halagüeñas, él continuaba con su habitual serenidad. A todos se les hacía difícil conciliar el sueño. No importa que en lo mejor y más regalado del sueño le despierten para brindarle una noticia adversa. Franco se incorpora, la escucha, medita, da instrucciones, se hunde en la almohada y naufraga de nuevo en el más apacible de los descansos.

Menguado se nos antoja el asombroso sosiego entre las balas, frente al sosiego en las horas difíciles de la guerra mundial, cuando España está amenazada ahora por una invasión, luego por otra, o en los momentos de asedio de la posguerra. Pero Francisco Franco—aquél jefe de la Legión que un día se retiraba con el general Sanjurjo por la carretera, y los cabileños se arrastraban a su espalda dispuestos a saltar sobre ellos—conserva esta

serenidad, esta parsimonia, porque tiene fe en el espíritu y cree que la de esta tierra es mucho más que una aventura de signo material.

Francisco Franco tiene una gran fe en su empeño, una gran serenidad en alcanzarlo, porque su empeño no es una entelequia, fruto de un idealismo enfermizo.

Por Francisco SALVA MIQUEL

Este Caudillo, capaz de los más altos ideales, no desconoce la realidad. Nada hay más concreto que el hombre: este hombre, aquél, cada uno de los hombres... Y el Caudillo, en reciente discurso de Almería, anunció: «En este empeño, para nosotros, lo primero es salvar al hombre, que el hombre trabaje y produzca». El hombre, para Francisco Franco, Caudillo de España, se concreta en una serie de realidades individuales. El hombre es aquel hojalatero de Granada que un atardecer del año 1943 se acercó a Francisco Franco en el Mirador de Lindaraja. Un hombre sencillo, un pobre hombre, que quizá hizo un esfuerzo supremo—y así lo hemos de creer—. E imaginamos la angustia, la timidez a la que hubo de sobreponerse. Pero, prescindiendo de recelos, de temores, venciendo el miedo, se acerca al Caudillo español, tembloroso y emocionado. Cuando el Caudillo, que ha visto cómo se acerca con decisión empavorecida aquel hombreco, le estrecha la mano, el hojalatero granadino balbucea con emoción: «Mi General», y se desploma sin sentido.

Este es el hombre para el Caudillo Franco. Para él, el hombre no es una entelequia. Ni un concepto frío e intelectual la humanidad y la Patria.

Y sus palabras son claras, directas y significativas: «La Patria es tan vuestra como nuestra; la Patria no es una entelequia ni un invento de las gentes ricas o de los imperialistas; la Patria es nuestra sociedad, es nuestra tierra, nuestros hogares, nuestras fuentes de trabajo, nos comprende a nosotros mismos, es nuestra fe y todo aquello que vive en nosotros, que nos agrada y que nos estimula».

El Movimiento se hizo para la Patria, para el hombre para las familias. Y un día es el pueblo que quiere irrumpir en el Alcázar de Sevilla, donde acaba de entrar Franco. Y la Guardia Mora le detiene el paso. Y entonces el Caudillo se volvió y miró a aquella muchedumbre, y quizá él, que pocos años antes había dado cima a la empresa de la Liberación, viera en los rostros de cada uno de aquellos hombres y mujeres el rostro de la Patria, ordenó a la Guardia: «Dejadlos pasar».

«Dejadlos pasar.» Hay que abrir paso a España. España son los españoles, las familias, los hogares de España, las gentes humildes... Un caminar a lo largo de la vida del Caudillo nos lo presenta desde sus horas de Marruecos, en contacto directo con las gentes del pueblo. Le agrada hablar con ellos, escuchar sus problemas, interpretar sus anhelos, sus esperanzas...

Y ésta es la última raíz—el conocimiento, no filosófico, no abstracto, sino concreto y emocionado del hombre—, es la última raíz, digo, del signo social del Movimiento de Francisco Franco. Detrás de sus empeños, de los planes para levantar las zonas miserables y decrepitas, de sus exigencias de Revolución, está la fe en el hombre, en la personalidad, en la grandeza, en la dignidad del hombre, en cuya defensa camina sereno, parsimonioso, con absoluta naturalidad, como caminaba un día charlando con el general Sanjurjo por una carretera marroquí, acechado por los cabileños que gateaban entre la gaba y eran rechazados por la guerrilla de sus fieles legionarios.

EL PARDO, PRIMER PUESTO DE TRABAJO

UNA VIVIENDA TIPO CLASE MEDIA DENTRO DE UN PALACIO

LA CLAVE DE UNA POLITICA: SERENIDAD



La televisión norteamericana realiza un reportaje en el Palacio de El Pardo para su cadena de la Broadcasting

NO fueron vanos ni el gesto ni la decisión. Aquel 18 de octubre de 1939, el Caudillo Franco en los momentos emocionantes de la despedida dijo a la ciudad de Burgos: «He pasado en este despacho los días más difíciles y decisivos de la Historia de España...» «Aquí os dejo para que lo conservéis, el plano de las operaciones en su última fase. Sobre él trabajé durante muchas horas, en vigilia y tensión constante por la salvación y engrandecimiento de España.»

Tal fué el gesto. Allí, en Burgos, cabeza de Castilla, quedó el mapa de operaciones. Quedó la guerra, la lucha armada contra el comunismo. Allí, en Burgos, cabeza de Castilla, está. Guardado queda.

Y de Burgos vino a Madrid, pe-

ro no al Madrid ciudad. La decisión era otra: el Palacio de El Pardo. Es decir: retiro, paz y silencio. Silencio, paz y retiro para el trabajo, para un trabajo hercúleo de reconstrucción y elevación materiales, para el reencuentro espiritual de los españoles, para la consecución y permanencia de la independencia y autodeterminación de España en el mundo.

Y así es lo que va de Burgos a El Pardo. Lo que va de la guerra a la paz, a una paz en guerra pacífica, es decir, venciendo, teniendo que vencer, porque otra cosa no han sido las consecuciones, los logros hechos. Hay, sin embargo, en las dos ciudades, en los dos periodos por ellas significados, una nota común: «Yo os aseguro que no temblaré mi mano en las

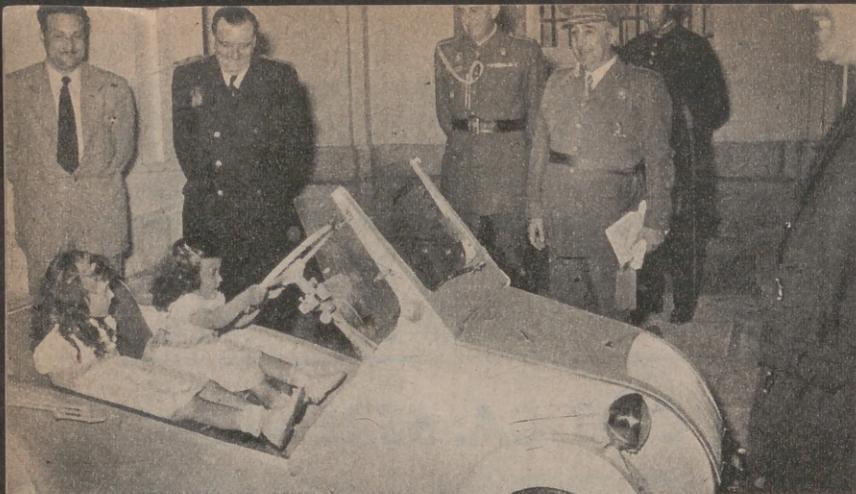
tareas de la paz, como tampoco tembló en las horas de la guerra.»

Ahí está la clave: serenidad. Valentía, prudente audacia, tenaz firmeza..., pero con serenidad. Una serenidad que nace de la fortaleza del espíritu.

Con pulso sereno se ha hecho lo que hecho está.

UNA VIVIENDA DE CLASE MEDIA DENTRO DE UN PALACIO

Pero cuanto en El Pardo ha su sucedido, o cuanto desde este puesto de celoso gobierno se ha realizado, ya entra en el ámbito de la sencillez y el silencio, que son las cualidades de este periodo. Si poco holgada es la vida privada de un Jefe de Estado, mucho menos ha de ser la de



Dos nietas de S. E. el Jefe del Estado, en un coche de fabricación nacional

INGLES
FRANCES
ALEMAN

LITERATURA INGLESA
LITERATURA FRANCESA

DE INMINENTE APARICION
LATIN y RUSO

Polyglophone
CCC
POR EL SONIDO Y LA IMAGEN

CON DISCOS
(NORMALES O MICROSURCOS)
o SIN DISCOS

OBSEQUIAMOS CON UN TOCADISCOS
MINIATURA PARA DISCOS NORMALES

Nombre _____

Domicilio _____

Localidad _____

Provincia _____

Solicita información
GRATIS sobre el curso o
cursos siguientes _____

REMITASE A:
**CENTRO DE CULTURA
POR CORRESPONDENCIA**

CCC

AUTORIZADO POR EL MINISTERIO
DE EDUCACION NACIONAL NUMS. 35, 36 y 37

APARTADO 108 - (156)
SAN SEBASTIAN

CORTE O COPIE ESTE CUPON

quien además lleva en sus manos el Gobierno del País. Por las obras, por lo que se ve y se palpando por los caminos, ciudades y pueblos de España, nos remontamos a la ponderación del esfuerzo, a las inversiones de inteligencia y voluntad, que aun así es la manera de no errar en el momento de valorar el servicio. Pero ¿y el hombre? El hombre, la persona humana en su jornada cotidiana, en sus quehaceres personales, en la administración de sus propias energías, en el cuidado y cultivo de cuanto se relaciona con el afecto y la afición. Aquí, al llegar a esta pesquisa, no ha sido ni es fácil conocer la vida en el Palacio de El Pardo, porque el Generalísimo Franco no ha gustado de hacer exhibiciones de su vida privada.

Catorce horas, de las veinte que permanece en pie, son empleadas en el trabajo. Así durante diecisiete años, porque el mismo plan se ha mantenido invariable, inflexible, desde aquel 19 de octubre de 1939 en que comenzaron las tareas de la paz.

Porque, eso sí, reside en un Palacio, pero realmente vive en unas habitaciones del tipo de nuestra clase media. Ni muebles de lujo ni exceso de habitaciones. Allí ocupa un comedor para uso diario, ya que el de gala suele servir para la celebración de Consejo de Ministros o recepciones en honor de altas personalidades; alcoba matrimonial; otro departamento, no de grandes dimensiones, reservado ahora a su hija; y una sala de estar. Vivienda pequeña, un hogar sencillo, sin parvedad, pero sin exceso, junto al Museo, que esto viene a ser por su colección de tapices y pinturas en la parte de Palacio destinada al orden oficial por su amplitud y magnificencia. No en balde ha sido residencia temporal de Reyes y en su recuerdo y leyenda pervive el lecho mortuario de Alfonso XII.

Un coto de caza, allá en los tiempos del Rey Enrique, fueron los comienzos de El Pardo. Es gracia de la naturaleza que todavía conserva en los montes de sus cercanías. Pero ya en el siglo XVI aparecieron muros palatinos bajo la inspiración y mando del Emperador Carlos V, de cuya época se conserva el ala derecha. El tiempo y los hombres

han ido añadiendo lo demás, sin faltar, como es de suponer la influencia de Carlos III y la mano de Sabatini. Y Goya, Bayeu y otros artistas de la escuela flamenca embellecen con su arte los grandes salones que sirven de escenario a la vida oficial de la Jefatura del Estado.

Pero una vida oficial limitada. Los grandes actos, como presentaciones de cartas de credenciales de embajadores, que suelen realizarse los jueves, tienen por marco el Palacio de Oriente, aún Casa Nacional, casa de los solemnes actos representativos del País, recepciones, comidas de gala y alocuciones de salutación, consigna y aliento al pueblo en manifestaciones, como aconteció en aquellos críticos y difíciles días de cerco diplomático, de lucha en defensa y mantenimiento de la verdad y soberanía de España. Lugar, en fin, de plebiscito directo y auténtico, pues que no ha habido refrendo más libre y rotundo de la Nación a los propósitos de su Caudillo, dos veces salvador.

VIDA PRIVADA

A las diez de la mañana suele comenzar la jornada de los días ordinarios. No así los días en que ha de celebrarse Consejo de Ministros, generalmente los viernes, en que se adelanta una hora. En todo caso la jornada personal tiene su comienzo hora y media antes que la de trabajo. Hora y media empleada en ejercicio de tenis—no más de tres cuartos de hora—y el desayuno. Un tiempo que, aunque debiera ser de indole personal empieza ya a ser de gobierno de atención al País: en el hojear, lee los periódicos de la mañana. Es más cómodo, como acontece en otros países, el tomar contacto con la Prensa a través de recortes, pero el Generalísimo quiere estar más cerca de la opinión conociendo las incidencias y problemas que en las páginas de los diarios acostumbra a tener alojamiento.

A las dos y media de la tarde, poco más o menos, vuelve de ordinario, al comedor: la hora de almorzar. Un almuerzo en familia, con la sola presencia extraña del ayudante de campo y algún invitado en ocasiones. Aunque no es rigurosamente fija la hora, si es aproximada, con pocas variaciones. Hay días de gran alteración: los martes, y principalmente los miércoles de las audiencias o cualquier otro en que algún acto público o protocolario hubiera habido menester de mucho tiempo. En los martes y miércoles si resulta a veces un horario excepcional: las siete de la tarde. Un almuerzo a las siete de la tarde tras una audiencia que comenzó a las diez y media. En tales días toman asiento en la mesa los ayudantes de servicio y los jefes de la Casa Civil o Militar.

Después del almuerzo es cuando emplea horas en el descanso, que nunca es la siesta, de la que no es partidario, pero sí en ejercicios que constituyen objeto de su afición. Son las horas de expansión, de divertimento al margen de la preocupación y ocupación propiamente gubernamental. Primero, un breve rato de sobremesa, compartido con las perso-



Dos escenas familiares de la vida íntima del Caudillo en El Pardo

nas acompañantes. Conecta a veces la radio. Ahora, en estos días, ha comenzado a usar el aparato televisivo, cuya instalación se efectuó poco antes del viaje estival. Luego, paseo en coche por el monte de El Pardo, al que sigue algún partido de golf. Pero pocas veces, cada vez menos, el paseo a caballo, a que antes se entregaba con verdadera fruición.

No suceden así las cosas cuando el tiempo no es propicio para la excursión o la distracción en el campo. Entonces, en caso de mal tiempo, es la pintura la distracción: acuarelas y también óleos. Pinta a solas paisajes, figuras humanas u obras de cerámica artística. La pintura se ha convertido en estos últimos años en una apasionada distracción, pero nunca ha hecho alarde y exhibición de lo que considera un entretenimiento privado que no afecta a la vida y mejoramiento del país. Pintando estaba cuando ordenó en su mente el discurso para las Cortes en aquel memorable 1946, el año que dió el modo y la medida de este periodo de paz: prudencia, serenidad, independencia y dignidad sin claudicación. Hermana menor de esta afición es la fotografía, cuyos avances técnicos sigue con interés.

Frugal es la cena, cuya hora regular no es antes de las once de la noche. Cena también en familia, terminada la cual se dirige a sus habitaciones, donde a la luz de una lámpara reducida lee periódicos, algunas revistas y también libros de diversa materia, principalmente Biografías y Memorias. Lee y estudia expedientes, para meditar y reflexionar antes de decidir. Porque esto caracteriza sus actos: la serena reflexión. Lee, oye y observa para deliberar con bien fundados motivos y luego ordenar tras justa decisión. Que así es la pruden-

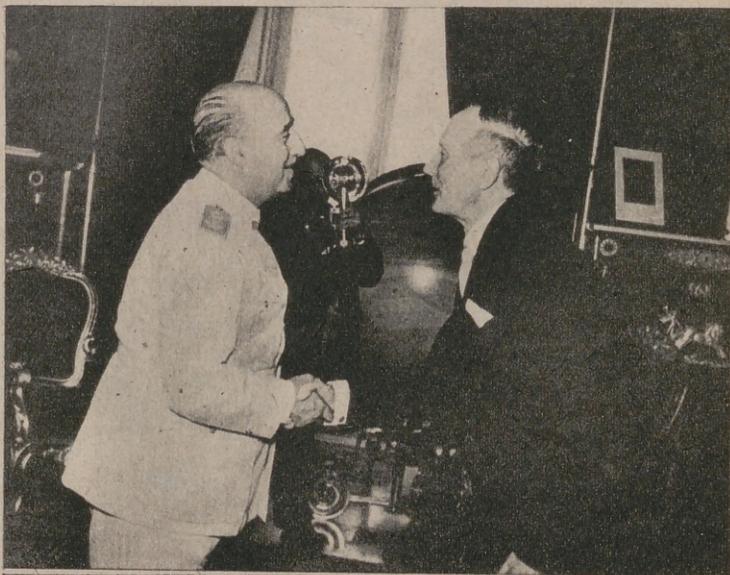
cia: ni marchar rápido con explosiones de la voluntad ni tampoco estancarse en la cortadad e inacción por ignorancia, comodidad o exceso de deliberación. A ello dedica el Caudillo Franco esas cuatro horas de la noche: desde las once hasta las tres.

Cambia el programa, como es de suponer, los domingos, cuya observancia responde en todo a la idea católica: deberes religiosos, descanso en el trabajo habitual y ocupación en buenas obras. Descanso que se emplea muchas veces, si obligaciones urgentes del Estado no reclaman su atención, en la caza—durante los meses de invierno por el monte de El Pardo—, que es su deporte favorito, o en la pesca—durante la primavera en la laguna de La Gran-

ja—, que no deja de ser más favorita que la caza. Porque la pesca—sobre todo la marítima, que conoció y ejerció en los días de su infancia en El Ferrol—no es el deporte que practica como inversión reparatoria de energías, sino que también constituye tema de lectura. Lee y sigue con interés cuanto se escribe en relación con este deporte en el mundo.

Dentro del recinto, pero fuera de los muros del Palacio, se encuentra la capilla, lugar de ceremonias religiosas y sacramentales. En ella contrajo matrimonio su hija y han recibido el bautismo los nietos.

Y en las noches de los domingos, y también algunas de los días laborables, asiste en familia, en el salón de proyección del Palacio, a la exhibición de los



El Caudillo saluda en una audiencia civil al escritor Azorín

últimos documentales y de las últimas novedades cinematográficas. Es otra de las aficiones a la que presta no poca atención, analiza y comenta.

CATORCE HORAS DIARIAS DE VIGILIA TENSA

A unos quince kilómetros se halla El Pardo de Madrid. Una distancia, que sin perder el influjo de la ciudad, se emancipa lo suficiente para respirar los aires puros del campo y cobrar el perfil de lugar apartado. El Pardo, sin embargo, pertenece, forma parte de la unidad afectiva de Madrid. Aquellos contornos, con su tomillo y chaparros, conejos y perdices, se considera como el campo inmediato de Madrid.

Allí a la derecha del camino de Fuencarral, y pendiente del Cristo, blanquean los muros, ni severos ni recargados, de Palacio, el Palacio-residencia, que sólo abandona para presidir actos o en caso de viaje. Mejor dicho, su lugar de trabajo, de su intenso y extenso trabajo.

Amplio, bastante amplio es el despacho oficial. Tan amplio que también sirve para recepción de Comisiones. Cuatro sillones ante la mesa, y un tresillo de mediados de siglo pasado junto al muro fronterero. Tres balcones y tres consolas. A la derecha de la mesa, un Crucificado con imagen de marfil sobre cruz de madera, y a la izquierda, una mesita, con cuatro teléfonos. En posición angular fotografías dedicadas: de Su Santidad el Papa, del fallecido ex Presidente Carmona... Y encima, un cuadro de Isabel la Católica. He aquí el despacho oficial. Pero

cerca, contiguo, hay otro despachito de batalla. Pequeño y bien funcional. Funcional por entero: libros, libros, revistas... todo lo que ha de valer para una labor documental. Casi una pequeña redacción de periódico.

¿En cuál de los dos trabaja? No es poco frecuente que alterne, pero prevalece el despacho grande.

Un trabajo con rigor. Y con tenacidad y diligencia. Y con puntualidad militar, aunque no es muy dado al uso del reloj. Por la noche leyó, estudió y meditó; ahora, en la mañana, ordena y ejecuta. Poco lapicero. Antes, pluma con tintero; ahora, pluma estilográfica. Pluma con que traza las grandes letras que pronto llenan las cuartillas de notas. Dicta sus discursos, aquellos discursos que ha de pronunciar ante las Cortes u otros de especial interés. Los demás son improvisados, como fruto cierto y seguro de sus muchos y profundos conocimientos. Conocimiento de todo, hasta de lo increíble por su rareza y distanciamiento de su específica dedicación.

Cuenta para ello con dos virtudes, dos cualidades prodigiosas que son los instrumentos de su espíritu de servicio a la Patria: atención y memoria. Atención concentrada y profunda a cuantos tengan un dato que ofrecer. Y memoria de sorprendentes recursos, de inmensa capacidad de recepción y conservación. Nada de cuanto le salga al paso considero ajeno ni mira u oye con indiferencia.

Dos veces en semana concede audiencias ordinarias: los mar-

tes, audiencia militar; los miércoles, audiencia civil. Así conoce directa y personalmente problemas del país. Audiencias individuales y audiencias colectivas de corporaciones o representaciones profesionales, he ahí otra fuente de información para sus estudios y reflexiones. Porque tiene un modo de ver lo de dentro y fuera de España: realismo.

... Quince personas, poco más o menos, son recibidas por el Caudillo en cada una de las audiencias. Jornadas diarias, de seis u ocho horas, que en ocasiones pasa de pie por el carácter de pequeño protocolo de algunas de estas recepciones.

Y los viernes, Consejo de Ministros. Doce o dieciséis horas de deliberaciones y acuerdos que duran mañana y tarde. Huro tiempos en que daban comienzo por la tarde, para terminar casi de madrugada. Pero en la actualidad se inician en la mañana, se interrumpen a la hora del almuerzo y se reanudan a las cinco y media, tiempo suficiente para que los Ministros puedan regresar de Madrid. La víspera y antevíspera del Consejo recibe a los Ministros, uno a uno.

Así es, a grandes rasgos, la vida interior en el Palacio de El Pardo. Hogar cristiano y gabinete de trabajo. Una síntesis española que es modelo y símbolo; la más pura tradición en nuestros días, la más total dedicación y la más tensa vigilancia por el bien de los españoles. Una vida que en realidad es, como lo fue siempre, sacrificio por España.

Ese es su destino providencial.

Jose DE MAIRENA

ALFA

Como algo Mágico!!!

LA MAQUINA PORTATIL ELECTRICA DE MODERNO DISEÑO



La Epopéya y sus Héroes

¡¡¡ A los veinte años!!! ¡No lo olvide!

Ud. vive en paz gracias a estos hombres, a estos hechos...



Veinte volúmenes
formato 20 x 14 con
más de 300 páginas cada
uno, impresos sobre papel espe-
cial y encuadernados en tela con
estampaciones en oro y negro.
Numerosas láminas en negro y en
color, ilustraciones y mapas.
Sobrecubierta a todo color.

Precio de "CENTINELA DE OCCIDENTE": Ptas. 150
Precio de los restantes volúmenes: Ptas. 100 c.v.

VEINTICINCO autores que
hablan de lo que vieron y
conocieron personalmente.

VEINTE reportajes montados
sobre la documentación más
verídica, viva y humana, des-
arrollados con técnica ágil,
rápida y cinematográfica.

VEINTE libros sobre la verdad
de España y sus hombres.

VEINTE títulos amenos, apasio-
nantes y novelescos.

Una obra indispensable en todos los Ayuntamientos,
Escuelas, Bibliotecas, Institutos, Universidades, Empresas,
Centros Oficiales y Hogares de España.

TITULOS

- * Centinela de Occidente (Semblanza Biográfica de Francisco Franco):
LUIS DE GALINSOGA con la colaboración del GENERAL FRANCO SALGADO.
José Antonio Primo de Rivera (La Existencia por la Esencia):
LUYS SANTAMARINA y JULIAN PEMARTIN.
- José Calvo Sotelo (La Verdad de una Muerte): GRAL. FELIPE ACEDO COLUNGA.
- Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo (Los Precursores): JUAN APARICIO.
- Los Mártires de la Iglesia (Testigos de su Fe): FRAY JUSTO PEREZ DE URBEL.
- General Sanjurjo (Un Laureado en el Penal del Duero):
GENERAL EMILIO ESTEBAN - INFANTES.
- General Mola (El Conspirador): GENERAL JORGE VIGON.
- General Queipo de Llano (Aventura y Audacia):
GENERAL JOSE CUESTA MONEREO y ANTONIO OLMEDO DELGADO.
- General Varela (De Soldado a General): GRAL. FRANCISCO JAVIER MARIÑAS.
- El Requeté (La Tradición no Muere):
GENERAL LUIS REDONDO y COMANDANTE JUAN DE ZAVALA.
- General Millán Astray (El Legionario): GENERAL CARLOS DE SILVA.
- General Moscardó (Sin Novedad en el Alcázar): COMANDANTE B. GOMEZ
OLIVEROS con la colaboración del GENERAL MOSCARDÓ. †
- Guerra de Liberación (La Fuerza de la Razón): GRAL. JOSE DIAZ DE VILLEGAS.
- La Pacificación (Guerrilleros, Maquis y Pistoleros): GRAL. CAMILO ALONSO VEGA.
- La Guerra en el Mar (Hombres, Barcos y Honra): Basado en las Memorias del
ALMIRANTE FRANCISCO MORENO. †
- La Guerra en el Aire (Suerte, Vista y al Toro): CORONEL JOSE GOMA.
- Acción de España en América (20 Naciones): FLORENTINO PEREZ EMBID.
- Historia y Doctrina del Movimiento (De la Clandestinidad a la Historia):
JOSE ANTONIO GIRON.
- La División Azul (Donde Asia Empieza): GENERAL EMILIO ESTEBAN-INFANTES.
- 20 Años en Marcha, España 1936-1956 (Desde el Kilómetro Cero...):
JOSE FELIX DE LEQUERICA.

Preside esta Colección un propósito fun-
damental: facilitar un instrumento de
trabajo a cuantos tienen la misión de
formar las generaciones jóvenes en el
más encendido espíritu nacional, situan-
do ante ellas la ejemplaridad de los
hombres, hechos y acontecimientos de
todo orden, que por su participación,
significación e influencia configuran y
definen estos últimos veinte años vividos
por el pueblo español, bajo el mandato
—ya histórico por derecho propio— de
Francisco Franco.

Muy Sres. míos:

Sírvanse considerarme suscriptor a la serie
LA EPOPEYA Y SUS HEROES, cuyo importe haré
efectivo en las siguientes condiciones:

PRECIO PRE-PUBLICACION:

() Contra reembolso de pesetas 1.900,— al recibir los dos
primeros volúmenes.

PRECIO DE LA OBRA PUBLICADA:

() En cuotas mensuales de 150,— a partir de la publicación de
los dos primeros volúmenes y al precio de contado de ptas.
2.050,—.

() Siéndome los volúmenes contra reembolso de su
importe y a medida que se vayan publicando.

de de 1956.

FIRMA,

Remite:

Don

Profesión

Domicilio

Ciudad

A.B.C.

Marque con una (X) lo que interesa. Solicite, si lo desea, folleto especial de esta colección.

UNA EDICION AHR QUE DISTRIBUYE EN EXCLUSIVA

D. E. S. A.
CARLOS III, 3 · TEL. 47 37 58 · MADRID

VEINTE AÑOS SON TESTIGO

VEINTE años hoy de aquel 1 de octubre de 1936 en que Francisco Franco, Caudillo de España, era exaltado a la Jefatura suprema del Estado. Veinte años hacen historia. Hoy, en el sereno remanso de estos veinte años cumplidos, el tiempo es nuestro primer testigo y nuestro máximo argumento: testigo para la Historia y argumento indiscutible para la razón y para la verdad. Nació entonces respondiendo a la más exigente necesidad histórica de España, como una consecuencia natural justa legítima y vivamente anhelada por el pueblo, el caudillaje de Franco. Ese mismo caudillaje que el tiempo hace hoy entrar en su mayoría y plenitud de edad. Buscar un mando único y eficiente una inteligencia única y coordinadora para los tiempos de guerra era entonces algo muy necesario, pero no suficiente. Los mismos principios de continuidad de nuestro Movimiento Nacional exigían que aquella misma experiencia y sabia estrategia del Generalísimo de los Ejércitos se llevara al campo difícil del político y del estadista. Se vio desde un principio porque así lo pedía nuestra fe absoluta en el hombre elegido, que la tarea del nuevo caudillaje no podía terminar cuando terminase el ruido de las armas. Unificar, restaurar encontrar la estructura adecuada, vertebrar a España de arriba abajo era la misión árdua y difícil que se echaba sobre los hombros fuertes de quien había de dar a España las dos máximas victorias: victoria en la guerra y victoria en la paz. Hoy, 1 de octubre de 1956, para satisfacción de todas las esperanzas para o gusto legítimo de nuestra fe de entonces, y para orgullo también del protagonista de nuestra salvación, acudimos, como prueba irrefutable, como piedra angular de nuestra verdad, a estos veinte años transcurridos.

Pocas figuras hoy de la política mundial tan señaladas por el destino con un signo de tan profundo alcance histórico como la de Francisco Franco. Desde su primera juventud—«entregó la juventud a la milicia y la madurez a la política», como del Rey Católico diera el autor de «El Político»—, la vida del Caudillo de España está inequívocamente dirigida hacia una misión decisiva dentro del proceso de la civilización cristiana dentro del ámbito en que luchan y se abren paso unos valores morales que son la esencia y la entraña misma de la humana libertad. Cuando llega el año 1936, en esa hora triste y rabiosa de España, Francisco Franco tenía un caudal de tremendas experiencias, sedimentadas ya sobre el corazón valeroso del general más joven en el escalafón de la milicia española. Había visto caer sobre la Patria día tras día la baba repulsiva de las peores calumnias, de las más pestilentes injurias. Contra ellas había luchado obstinadamente desde la aspereza de las jornadas africanas y más tarde desde el dolor y la esperanza de nuestra propia guerra. Sus palabras de réplica fueron escasas. Su trabajo incansable; su fervor, ardiente. Pero las palabras que dijo fueron claras y terminantes, con fuerza de santo y seña:

«Dejemos ante todo y sobre todo la libertad del hombre, la presencia de la Cruz de Cristo, que afirma y consolida esa libertad. Por ella hicimos la guerra contra el totalitarismo materialista de Rusia. Nada de nuestros designios puede jamás en-

tregado ni hipotecado siquiera. En el destino de Europa, la libertad somos nosotros.»

Esta era, en un principio y ésta es hoy la dialéctica de la palabra y la dialéctica de los hechos de Francisco Franco, Caudillo de España. Es la dialéctica de la verdad. Franco ni para sus soldados, ni para su pueblo supo nunca el lenguaje de la mentira o de la promesa incumplida. Y esa inalterable verdad de Franco ha sido su mejor espada para el ataque y su mejor escudo para la defensa. Sólo en la verdad somos libres y la libertad auténtica era el principio básico que el Caudillo buscó para el cimiento profundo de su nueva política. La verdad reafirmada y consolidada por la Cruz de Cristo, porque para un gobernante católico, para un paladín de la Iglesia católica no existe separación alguna entre la verdad y la línea recta del quehacer político y la suprema verdad de nuestra Religión.

Desde un principio, en Francisco Franco se hermanaron para siempre y para bien de España el genio militar y el genio político y al mismo tiempo que el estratega iba recuperando valmo a palmo la geografía física de la Patria recuperaba también todos los valores perdidos u olvidados de la Nación. A un tiempo daba las órdenes de ataque en los frentes y las órdenes de avance en la Administración y en la Política nueva que él iba creando. Después, cuando las trincheras se convirtieron en campos de siembra y en áreas para la trilla, cuando nacieron las industrias y se extendieron las redes de electrificación y se crearon los embalses y los pantanos y se ahondó en la tierra para que de sus entrañas salieran las riquezas de sus minas, cuando se dictaron las leyes para que el trabajador español tuviera sus justos derechos cuando España se rehacía para siempre con una fortaleza y un bienestar que nunca había conocido, Franco se disponía a ganar la última batalla: la batalla en un campo de acción al lado allá de nuestras fronteras.

El enemigo desplegabá todas sus fuerzas. Ahora, las armas se llamaban incomprensión, traición, cobardía y calumnia. Francisco Franco luchaba con su arma única: su honradez política. Por ello, la victoria, aunque difícil, se inclinó definitivamente a su lado. Hoy, los pueblos que consciente o inconscientemente fueron caja de resonancia para la propaganda del Kremlin acusan a Rusia como enemigo número uno de Europa, mientras reconocen que en España está, defendida por nuestro Caudillo, la única salvaguarda absoluta de todos los viejos y nobles valores de la Cultura de Occidente. España puede acudir hoy, con su buena voluntad, su ausencia de naciones y de egoísmos y su equilibrado sentido de la justicia y en uso de todos sus derechos reconocidos a facilitar, con su noble postura, soluciones a los litigios internacionales que el mundo de nuestro tiempo presenta.

Los veinte años han dado su fruto. Un fruto sazonzado que, si para el pasado nos vale y nos sirve de recompensa, de satisfacción, de orgullo, para el futuro simboliza todas nuestras esperanzas. La obra del Caudillo, a lo largo de estos veinte años, está ya impresa en la historia de nuestra Patria y en la historia del mundo.

EL ESPAÑOL

LA ACTUALIDAD NACIONAL Y EXTRANJERA DEL MUNDO ARTÍSTICO Y LITERARIO LA ENCONTRARA EN LAS PAGINAS DE

"LA ESTAFETA LITERARIA"

Lea usted este interesante semanario. PRECIO: 2 PESETAS

Obelisco en el monte de La Esperanza, conmemorativo del Alzamiento Nacional



AQUI FUE

UN OBELISCO EN EL

MONTE DE LA ESPERANZA DE TENERIFE

FRANCISCO FRANCO, COMANDANTE GENERAL DE CANARIAS EN 1936

LOS gigantes arboles de «Las Raíces», en el monte tinerfeño de La Esperanza, han crecido un poco más y endurecido su corteza en esas dos décadas. El lugar no ha cambiado, si acaso añadió ramas a su impresionante tramoya natural, que parece creada para un drama de Schiller. Jamás vimos un sitio tan a propósito para un teatro de la naturaleza a gran orquesta; para representar el «Guillermo Tell» o para que se sobrecoja una multitud con versos altisonantes.

Este bosque nació para algo grande; para punto de partida; para el «ser o no ser» o para la primera señal a una gigantesca trompetería.

Hay tantos árboles y tan grandes que no dejan ver el bosque en su conjunto y hasta esconden y guardan entre la fronda el blanco obelisco de la conmemoración.

Sólo desde el aire se puede ver el conjunto del monte de La Esperanza, y así lo hemos visto primero desde la ventanilla del cuatrimotor de «AVIACO» que nos ha llevado a Los Rodeos, el aeródromo insular mucho más próximo al monte de La Esperanza que a Santa Cruz de Tenerife, ciudad de la que está separado por más de media hora de «guagua».

Para ir al monte de La Esperanza no hay autobús y hemos tenido que alquilar un automóvil en La Laguna, capital docente de to-



Franco, a su llegada al Puerto de la Luz para hacerse cargo de la Comandancia General de Canarias

do el archipiélago canario y segunda ciudad de la isla de Tenerife.

Las facilidades de los puertos francos canarios hacen que los taxis insulares sean, en su mayoría, de los modelos más modernos y de las marcas mundiales más prestigiosas en materia de automóviles, por lo que, en estas islas, el tomar un taxi no es so-

meterse a una prueba de resistencia física ni a un entrenamiento hípico, sino gozar de la misma suspensión mecánica que tienen los reyes y príncipes del petróleo en la Arabia Saudí.

De esta manera, la ascensión al monte de La Esperanza ha sido fácil y motorizada, mucho más que la del Teide, volcán al que hay que subir a pie o en caballo.



Los jefes y oficiales de las guarniciones de Tenerife reunidos con Franco en el monte de La Esperanza

rias que resbalan en lava fija. Hasta que esté construido el funicular turístico, para la escalada del Teide seguirá siendo necesario hacer noche en un refugio de alta montaña.

AL MONTE DE LA ESPERANZA

Mientras viajamos hacia La Esperanza a todo escape de motor, ya que la campaña insular del silencio no rige en descampado, nos cruzamos con típicas «lecheras» o jóvenes campesinas que conducen borriquillos con grandes cántaras de leche. Su vestido tiene las líneas auténticas del costumbrismo canario, pero es de un colorido y calidad inferior a las fiestas folklóricas de las islas y las follas.

La Esperanza es un pequeño pueblo de montaña que cruzamos rápidamente asustando gallinas. El paisaje cambia de muy bueno en óptimo, y el verde, color de esperanza, se vuelve mucho más intenso.

Un arco señala la entrada a un campamento de la Milicia Universitaria. «Todo por la Patria».

Arboles corpulentos a un lado y otro de la cimbreada carretera y, por fin, llegamos a «Las Raíces», que es un lugar que forma como un rellano en el gran bosque.

Aquí fué. Un alto obelisco de piedra que aún no ha sido inaugurado oficialmente, señala el lugar exacto en que se celebró la reunión de jefes y oficiales de las guarniciones tinerfeñas pocos días antes de que comenzase el alzamiento.

Un grupo de muchachos del Frente de Juventudes, que han realizado una marcha hasta «Las Raíces», preparan la comida dándole vueltas al arroz de las perlas. La arboleda es tan alta que no parece haber peligro de incendio en ese vivac juvenil en el bosque.

Le damos vueltas al obelisco y sacamos algunas placas fotográficas. La lápida dice: «El día 13 de julio de 1936 el comandante general de Canarias, Excmo. señor don Francisco Franco se reunió en este lugar con la guarnición de la plaza y le dió consignas de

unión, de aliento y de sacrificio precursoras del Movimiento Nacional que, bajo su caudillaje, salvo a España.»

EL GUARDABOSQUE SALIO RETRATADO

Un muchacho del lugar, con trazas de rabadán o pastorcillo, se ofrece a acompañarnos hasta la casa de uno de los testigos de aquel acontecimiento: Un guardabosque. Subimos al chico en el taxi y emprendemos la marcha carretera abajo hasta una casita humilde que hay en un desvío del camino. Allí habita don Francisco Cruz, un hombre curtido por los aires de este monte, en el que vive desde hace muchos años. El hombre se presta muy bien a la entrevista. Está orgulloso de haber sido testigo de un acontecimiento histórico y de haber «salido en la fotografía». Tiene setenta años de edad y sus nietos le rodean como polluelos.

—Se hicieron unas maniobras y luego se dió una comida de campaña. En el pueblo de La Esperanza el paso de tantos militares despertó mucha curiosidad. La reunión de los jefes tuvo lugar en el mismo sitio en que ha sido construida la plazoleta y el obelisco. No recuerdo que hubiera discursos.

La impresión que sacamos al hablar con este guardabosque es de que aquella comida de jefes y oficiales no tuvo mucho aire de conspiración. Con mesillas plegables de campaña se hicieron sobre la irregularidad del terreno unas largas mesas en las que una comida frugal tuviese apariencias de banquete.

Pese al estado de inquietud social y política de aquellos días en la isla de Tenerife, no se toman medidas especiales de vigilancia alrededor del monte de La Esperanza. Gentes del pueblecito próximo van a husmear hasta allí, y los guardabosques pueden salir al fondo de unas fotografías tiradas por un fotógrafo civil que ha acudido en cumplimiento de misión informativa.

Jefes y oficiales comen el mismo menú que la tropa. Es preparado con una cocina de campaña y consiste en una paella y otro plato complementario. Están allí las guarniciones de Santa Cruz de Tenerife, de La Laguna y de La Orotava con los jefes y oficia-

les de toda la isla, aun los que tienen un empleo menos «bélico», como los de oficinas, intendencia y sanidad. La frugal comida es un homenaje de la guarnición tinerfeña a su comandante general, que no había aceptado ninguna desde su llegada al archipiélago unos meses antes. La sobriedad castrense del menú ha sido fijada como condición «sine qua non».

TINTA CONTRA «LA BANDERA»

Después de las elecciones políticas de febrero de 1936, el ambiente se ha enrarecido en el archipiélago y especialmente en Santa Cruz, donde la propensión a la huelga parece ser endémica.

Aún se habla de cuando fué asesinado a tiros el presidente de la Audiencia, que había sido gobernador accidental, en cuyo cargo tomó energías medidas contra los huelguistas. Cuando se encaminaba al Palacio de Justicia fué tiroteado y muerto a balazos por un asesino que le esperaba tras los arbustos de un jardincillo público frente a la iglesia de San Francisco.

Los pocos meses, los días primaverales que Franco pasa en Tenerife como comandante general de Canarias son muy movidos. Se teme una pita ya en el momento en que el nuevo comandante general, al que todos consideran confinado, desembarca en el muelle de Santa Cruz, pero aquella vez no se producen incidentes.

Un día en la plaza de Weyler, de Santa Cruz, amanecen inscripciones en una pared, casi enfrente de la Comandancia general del archipiélago: «¡Muera el general Franco!»

El primer Ayuntamiento isleño que acuerda, en sesión municipal, pedir a Madrid que el general Franco sea destituido de comandante general de Canarias es el del pueblo de Buenavista, que se dirige a todos los Ayuntamientos de la provincia de Tenerife para que le secundasen en la iniciativa. La petición es dirigida a Santiago Casares Quiroga, presidente del Consejo y ministro de la Guerra.

A mediados de junio de 1936 se estrena en el cine Royal Victoria de Santa Cruz de Tenerife la película «La Bandera», de la que es protagonista la Legión. Durante el estreno se produce un gran altercado. Unos extremistas lanzan tinteros y toman contra la pantalla, al mismo tiempo que derraman líquidos lacrimógenos y polvos que hacen estornudar.

Al siguiente día, el empresario del Royal Victoria, don Luis Zamorano González, recibe la visita de un grupo de destacados directivos políticos extremistas que le piden que «La Bandera» sea retirada del cartel, ya que de lo contrario «serían impotentes para evitar que las masas lleguen a pegarle fuego al cine». Veladamente insinúan incluso al empresario que podía ser víctima de un atentado personal. Los tiempos no están para bromas.

En vez del cartel se cambia la pantalla, para que la película «La Bandera» pueda continuar proyectándose. El ruidoso incidente le hace a la cinta cinematográfica

ca una gran propaganda, que aumenta todavía más con el anuncio—publicado en los periódicos locales—de que el general Franco, a quien la casa productora ha dedicado la película, va a asistir a la sesión de la tarde. Rápidamente se agotan las localidades, y muchos piden asistir a aquella proyección, aunque sea de pie.

Hay un ambiente tenso y se teme, a cada momento, el que se reproduzcan los incidentes. La venta de las localidades se ha realizado, naturalmente, sin ninguna discriminación, por lo que se supone que muchos extremistas pueden encontrarse dentro de la oscuridad de la sala.

En la primera escena emocionante estallan los aplausos, que se repiten varias veces a lo largo de la cinta, que termina con una ruidosa salva de todo el público puesto en pie. Se han encendido las luces y se oye un grito de «¡Viva la Legión!» y hasta un «¡Viva España!», bastante raro en aquellos días en que los vitores acostumbrados son para el régimen político y no para la Patria. Y no ocurre nada más. La multitud sale contenta de haber dado una respuesta pública a los alborotadores de la sesión anterior, contestando con aplausos a los abucheos a una producción francesa de tema patriótico español.

«La Bandera» se mantiene en los carteles, y todo Santa Cruz va a verla, aunque sólo sea por la curiosidad de conocer la película que ha provocado una explosión antimilitarista.

UNOS RUMORES SINIESTROS

Aunque con motivo de «La Bandera» no ocurren más conflictos de orden público, comienzan a circular rumores de que el general Franco será víctima de un atentado.

—Hace dos años que estoy sentenciado a muerte por Moscú.

El comandante general no quiere escolta, pese a los rumores siniestros.

La Comandancia de la Guardia Civil de Santa Cruz ha informado al coronel de Estado Mayor, don Teódulo González Peral, de una confidencia interesante. En una reunión extremista se ha tratado de organizar un atentado contra la vida del comandante general de Canarias. Los rumores no están desprovistos de fundamento. Se han estudiado las posibilidades que pueda ofrecer un festival en La Laguna y hasta la fiesta de las alfombras de flores en La Orotava. Parece que incluso se han ofrecido voluntarios para realizar el atentado.

Entonces surge la decisión de los oficiales del Ejército de constituir una guardia alrededor de la persona del general Franco.

El coronel de Estado Mayor don Teódulo González Peral va a visitar al gobernador civil, señor Vázquez Moro, al que explica los rumores que circulan sobre un atentado que se prepara. «La guarnición entera le hace responsable de la vida del general.»

—¿Necesitan ustedes guardias de asalto?

Una pareja de guardias de asalto.



A caballo por los pinares de «Las Raíces», pocos días antes del Alzamiento, asiste a las maniobras militares

to es destinada a la plaza de Weyler, frente a la Comandancia Militar del archipiélago, en previsión de posibles acontecimientos.

El conserje de la Comandancia es don Manuel Miró Mestres que hoy presta sus servicios en la Conserjería del Gobierno Civil de Santa Cruz. Vamos a verle para que nos cuente algo de aquel ambiente de suspicacia alrededor del edificio de la Comandancia General de Canarias. Don Manuel Miró Mestres es un guardia civil retirado. Es balear, pero vive en Canarias desde hace muchos años. «Aquí me casé y este es mi segundo archipiélago», nos dice. Es alto y su temperamento es cordial y dicharachero. No tiene hijos.

POR LAS TAPIAS DE LA HUERTA

El antiguo conserje de la Comandancia General de Canarias es hombre de buena memoria y recuerda detalles muy poco conocidos de los días que precedieron al Alzamiento.

—Por una confidencia, transmitida por la Guardia Civil, supimos hasta el lugar exacto en que se preparaba un atentado contra la vida del general Franco. Se trataba de llegar

hasta sus habitaciones particulares en la Comandancia saltando la tapia del huerto trasero para subir después por la escalera que, desde los jardines, conduce hasta el apartamento privado de la primera autoridad militar del archipiélago.

Se monta en la huerta una guardia nocturna de cuatro soldados al mando de un cabo. En el exterior del edificio, la misma guardia de siempre, o sea un centinela en la puerta principal. Así, sin despertar sospechas, se podría dar caza a los asaltantes. La guardia de la huerta trasa recibe orden de no disparar hasta que las sombras estén todas dentro de las tapias. Pero he aquí que la noche señalada por la confidencia el nervosismo de uno de los soldados lo echa todo a rodar. Cuando dos o tres sombras están ya encaramadas en la pared de la huerta comienzan a hacer fuego. Parece que los asaltantes son tres, según explican los vecinos que al oír los disparos salen a los balcones a ver qué pasa. Ven correr a unos hombres que se internan en las sombras de unos solares próximos. El centinela de la puerta principal hace fuego hacia la calle República. El Consulado de Cuba, situado en la es-



Unas de las mesas presidida por Franco en la comida que las guarniciones tinerfeñas ofrecieron a su comandante general

quina entre la calle Jesús Marí y la calle República, recibe impactos, así como los hay también en los árboles próximos y, desde luego, en un sector de la tapia de la Comandancia.

Al poco rato de ocurrir este suceso llega a la Comandancia General el gobernador de la provincia acompañado del alcalde de Santa Cruz. Vienen a conocer pormenores de lo ocurrido y a ofrecerse por si necesitamos ayuda.

Está de guardia aquella noche el teniente don Alvaro Martín Bencomo que, meses más tarde, murió gloriosamente en combate al frente de una sección de legionarios. El teniente se dispone a hacer un reconocimiento por la huerta cuando llegan las autoridades civiles a las que, al intentar seguirle, el oficial de guardia les notificó que tiene orden de no permitir la entrada en el edificio a ninguna persona ajena al mismo y—con mucho respeto—les indica la salida.

Así termina la pesadilla del atentado al general Franco en Tenerife.

LA NIÑA, QUE NO SALGA

Don Cipriano Martínez Gato es hoy capitán de Ingenieros, propuesto para comandante. Nos lo han señalado como el conductor del automóvil que tenía el comandante general de Canarias. En 1936 era sargento. Es un hombre de estatura mediana, casado y con tres hijas. Vive en Tenerife desde el año 1932. Participó en la guerra civil embarcando para la Península el 15 de marzo de 1937. Las tropas canarias solían ir a los puertos gallegos, por lo que don Cipriano Martínez Gato llegó a Vigo, desde donde pasó a prestar servicios de automovilismo hasta la terminación de la contienda.

Condujo muchas veces al capitán general al monte de La Esperanza. Le gustaba aquel lugar. Hacía frecuentes excursiones al monte de La Esperanza y al monte de Las Mercedes.

Con la familia del general Franco vive una institutriz francesa y una cocinera. La joven institutriz acompaña a la niña Carmencita por las tardes a pasear por el Parque Urbano o por las Ramblas de Santa Cruz; otras veces va a sentarse junto a la Alameda. Una tarde, estando en pleno apogeo la campaña

extremista contra el capitán general, la institutriz francesa viene muy alarmada y asegura haber oído decir a dos hombres cerca de ella esta frase:

—Fíjate. Esa es la niña del general Franco.

La institutriz da toda clase de detalles sobre el tono de estas palabras, que lo mismo pueden ser completamente inofensivas que ser un indicio clarísimo de que la niña va a ser secuestrada.

—La niña, que no salga.

Y Carmencita, que antes jugaba por los patios interiores de la Comandancia, junto a los surtidores y los azulejos, salía al jardín y a la huerta sin vigilancia alguna e iba todas las tardes a pasear del brazo de la institutriz francesa, tiene que estar una temporada sin salir.

—¿Por qué no voy a la calle?

—Porque hay muchas enfermedades en los niños.

Mis hijas sirven de compañeras para jugar a las casitas y para pintar sobre papel, con lápices de colores, macetas y jarrones floridos.

El comandante general hace excursiones por la isla, unas veces en automóvil y otras a caballo. No quiere escolta, pero, en los últimos tiempos, una guardia personal voluntaria de oficiales del Ejército le sigue a prudente distancia.

Como sargento conductor de su automóvil llevo pistola, así como también los ayudantes mecánicos. Hasta en el cine procuramos estar alerta como si en vez de conductores de un coche fuésemos auténticos guardapaldas. Las órdenes para protegerle nos vienen del Estado Mayor.

Las cosas se ponen cada vez más tirantes. Un día, llevando en el coche a doña Carmen, me dice la señora:

—¿Sabe usted que han matado a Calvo Sotelo? No sé lo que va a pasar.

Le contesto:

—Como no haya un general que se eche «pa lante»... Aquí no hay nada que hacer.

—Ay, por Dios, no diga usted eso.

EL CICLOSTIL Y LA HELICE

Algunas horas más tarde yo mismo doy vueltas a un ciclostil. Los papeles los doblamos para meterlos primero en un sobre y luego en otro. En el sobre exterior se dice que sólo sea abierto en caso de alteración del orden público.

—Cipriano, de esto ni una palabra a nadie.

Aquella advertencia del oficial al que ayudo pica mi curiosidad. Había doblado muchos papeles sin echarles siquiera una ojeada. Luego, mientras sigo manipulando, mi-

ro discretamente. Son instrucciones a los jefes de sector. Puede ser una de tantas circulares.

Mientras el ciclostil da vueltas en la Comandancia General de Canarias, una hélice de avión se pone en marcha en el aeródromo inglés de Croydon. Se prueba el motor. Todo marcha. Suben los pasajeros. El comandante Hugo B. C. Pollard, perito en armas, que es consultado frecuentemente por Scotland Yard en los asuntos de peritaje; su hija Diana, de diecinueve años; una amiga de ésta llamada Dorotea Watson y un misterioso español que ha sido quien contrató el avión. Los pasajeros saben que van con destino a la aventura. El aparato es un biplano «D. H. Rapide».

¡Contacto! La hélice, que se había parado, vuelve a girar y pronto el terreno de Croydon no es más que una mancha verde. El vuelo sobre Inglaterra, el Canal y Francia se desarrolla con perfecta normalidad. Se hace escala en Burdeos para repostar gasolina. Es casi mediodía del 11 de julio de 1936 cuando se almuerza en el aeródromo de Burdeos, junto con un pequeño grupo de españoles que esperaban la llegada del misterioso avión inglés.

Otra vez en marcha para atravesar los Pirineos, pero el mal tiempo hace que el aparato tenga que aterrizar en Biarritz. Un refresco en el aeropuerto, unas consultas a los mapas y otra vez de vuelta, hacia Oporto, donde el biplano llega con solo esencia para cinco minutos. Después, Lisboa. Otro grupo de españoles espera la llegada del avión.

A la mañana siguiente se emprende el viaje hasta Casablanca, donde el aparato debe esperar hasta el 14 de julio por la mañana.

El radiotelegrafista se emborracha en Casablanca, y a la madrugada, a la hora de partir, no está despejado. Las órdenes son terminantes y se le deja en tierra. Las muchachas inglesas han comprado telas y muchas chucherías con las que sobrecargan el avión, que antes de saltar la distancia del Océano hacia las islas Canarias aterriza en Cabo Juby, donde los aburridos oficiales españoles de la guarnición se sorprenden con la llegada de las sonrosadas y rubias inglesitas.

VIGILANCIA A BORDO

Llegado el avión al aeródromo de Gand, en la isla de Gran Canaria, los pasajeros se dispersan. El aviador, capitán Bebb, dispone que se encierre el aparato dentro de uno de los hangares mientras el comandante Hugo B. C. Pollard, acompañado de las dos muchachas, toman un automóvil para Las Palmas. Tratan de llegar a tiempo a la salida del «correllillo» interinsular; el barco que les conduzca a Santa Cruz de Tenerife. El comandante tiene que transcribir por clave la llegada sin novedad del biplano. Los tres van perfectamente disfrazados de turistas ingleses.

Al día siguiente el gobernador militar de Las Palmas, general Balmes, se hiere de gravedad al probar unas pistolas y fallece horas más tarde sin poder presenciar el comienzo del Alzamiento.



En este lugar, próximo al monte de La Esperanza, vive con sus hijos y nietos el guardabosques Francisco Cruz



Edificio del Gobierno Militar de Las Palmas de Gran Canaria



La Capitanía General de Canarias en Santa Cruz de Tenerife



Despacho de Franco en su residencia de Santa Cruz de Tenerife

to, por cuya iniciación suspiraba ardientemente.

Al conocerse la noticia en Tenerife, la Comandancia pide confirmación a Las Palmas. Inquieto la seguridad de que se trata de un accidente. No cabe duda: el general Balmes vivió herido unas horas y pudo explicar lo ocurrido: «¡Esas malditas pistolas!»

A medianoche del jueves 16 de julio de 1936, el comandante general embarca en el vapor interinsular «Viera y Clavijo», con destino a Las Palmas. Va a presidir el entierro del general Balmes. Le acompañan los ayudantes, cuatro oficiales de la escolta, el fiscal jurídico militar don Lo-

renzo Martínez Ruset, así como la esposa de Su Excelencia, doña Carmen Polo, y su hija Carmencita. También embarca el guardia civil don Manuel Miró Mestres.

Hay muchos militares en el puerto que saludan al comandante general en el momento en que el vapor suelta amarras. El coronel González Peral, del Estado Mayor, cuando el buque se aleja les dice a los jefes y oficiales que han quedado en el puerto: «Señores, acabamos de despedir al Caudillo.» Es la primera vez que suena esta expresión, referida al general Franco. Aun no ha comenzado el Movimiento.

El mar está muy movido, pero

no hay novedades durante la travesía. Al llegar al puerto de la Luz el «Viera y Clavijo» el jefe de Policía, don Luis de Teresa, practica la detención de un conocido elemento ácrata llamado Amadeo Hernández, que ha hecho el viaje en el barco.

Don Federico Rodríguez Martín tiene entonces un bar en Las Palmas, donde se reúnen elementos jóvenes. El establecimiento se llama «Lyon d'Or», pero pronto cambiaría el nombre por el de «Nacional». Nos cuenta que preparó el desayuno para el aviador inglés Bebb y que le acompañó hasta el aeropuerto de Gando en el momento señalado.

Vamos en tres coches a expli-



A la izquierda, el automóvil que utilizaba Franco en Tenerife. A la derecha, el conductor, mecánicos, ayudantes y el motorista al servicio de la Comandancia

EN ESTA COMANDANCIA GENERAL
PREPARO EL EXCMO. SR GENERAL
D. FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE
LA GESTA GLORIOSA DE LA RECONQUISTA
DE ESPAÑA
PARTIENDO EL 16 DE JULIO DE 1936
PARA INICIARLA, CON LA ADHESION
ENTUSIASTA DE TODA LA GUARNICION
DE CANARIAS

Lapida colocada a la entrada de la antigua Comandancia General de Canarias, hoy Capitanía General, en Santa Cruz de Tenerife

18 Julio 1936
EL EXCMO. SR GENERAL
D. FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE
AL FRENTE DE LA GUARNICION DE LAS PALMAS
INICIO EN ESTA CAVA EL MOVIMIENTO
SALVADOR DE ESPAÑA CON LA COOPERACION
GENEROZA DEL PUEBLO ESPAÑOL
CULMINANDO SU OBRA CON SU
ULTIMO PARTE OFICIAL LA GUERRA HA TERMINADO
1 Abril 1939
Año de la Victoria

Placa en el Gobierno Militar de Las Palmas de Gran Canaria

rar el terreno y a sacar del hangar el avión. Al capitán Bebb lo despiertan a las cuatro de la madrugada del 18 de julio. Antes ha sido sometido a interrogatorios y a pruebas de identificación. A las once y cincuenta y cinco minutos un primer mensaje le previene: «¡Prepárese!» Cin-

co minutos después una segunda orden imperativa le pone en movimiento: «¡Salga!»

Una sección de Infantería vigila el aeródromo y también hay vigilancia en algunos lugares de la carretera hasta Gando. Nos preocupaban especialmente un pequeño túnel y más allá un barranco. Ya se conocen las primeras noticias del Alzamiento en el norte de Marruecos. En el pueblo de Telde notamos síntomas de agitación. La gente habla en corrillos.

LAS TRES DE LA MADRUGADA

En la plaza Cairasco, de Las Palmas está el hotel Madrid. El camarero don Eulogio Cabrera Martín, que tiene sesenta y seis años de edad, nueve hijos, diez

siete nietos y un biznieto, nos cuenta su relato.

—En el almuerzo del día 17, el menú es: consomé, tortilla y fiambres; en la cena, consomé, merluza y algo de pollo. El comandante general de Canarias no parece estar preocupado. El general Orgaz vive en el hotel. Está confinado en Canarias.

A las tres de la madrugada del día 18 llega alguna noticia. Hay prisas en vestirse y salir hacia el Gobierno Militar.

Mientras esto ocurre se da la orden de despertar al aviador inglés, capitán Bebb, que duerme en el hotel Metropole.

El centinela del Gobierno Militar reconoce al general Franco, que llega de paisano. Forma la guardia: cuatro soldados y un cabo. En las dependencias del Estado Mayor el comandante general de Canarias se viste de uniforme. Llega después el general Orgaz, también de paisano, y se viste rápidamente de militar.

Son las once de la mañana cuando Franco, seguido de un tropel de jefes y oficiales, baja la escalera del Gobierno Militar de Las Palmas.

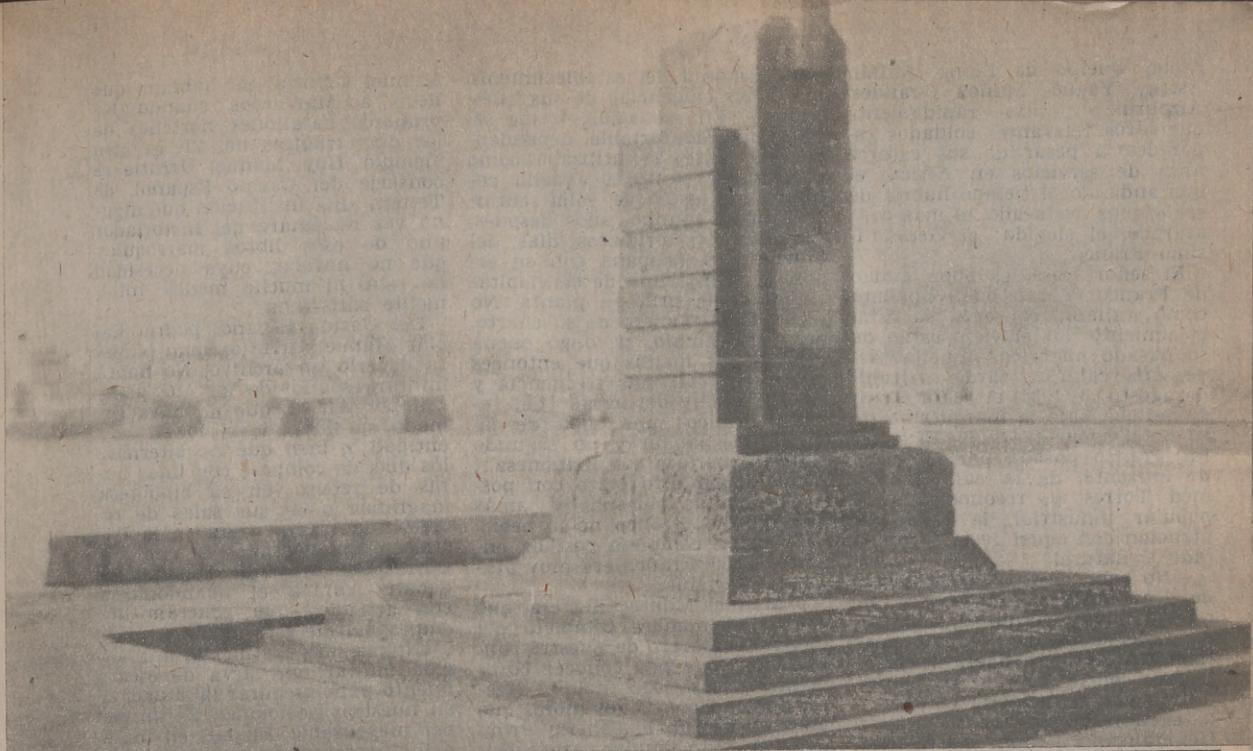
Un automóvil espera. Entre aplausos y vitores hay una pequeña allocución patriótica y el



En el «Viera y Clavijo» se trasladó Franco desde Tenerife a Las Palmas al iniciarse el movimiento



Habitación que ocupó Franco la noche del 17 de julio de 1936 en el hotel Madrid de Las Palmas



Sencillo monumento que en el muelle viejo de Las Palmas señala el lugar en que embarcó Franco, en el remolcador «España II», para trasladarse al aeropuerto de Gando, donde le esperaba el avión que le llevaría a Tetuán.

coche parte hacia el muellecito de San Telmo, de verdinosos y descompuestos sillares. Allí está la estatua de Galdós medio comida por el salitre. ¡Buen lugar para los «Episodios Nacionales»!

El remolcador de la Junta de Obras del Puerto de la Luz, el «España II», espera cerca del muellecito. El viaje hasta el aeródromo de Gando no va a ser por carretera, sino por mar.

UN CORTE DE TELEFONO

En Tenerife suena insistentemente el timbre del teléfono de la Comandancia General. En la sala hay un grupo de jefes y oficiales. Uno toma el auricular y se lo acerca al oído.

—Aquí, Madrid. Al habla el subsecretario del Ministerio de la Guerra.

Por la cara que pone quien tiene el auricular todos comprenden que va a haber un diálogo interesante. Hay un rápido cuchicheo mientras el que escucha cubre con la mano la boca del aparato:

—¡El subsecretario!

Todos se acercan a la mesa como para oír.

—Aquí, el subsecretario general De la Cruz. No me ha sido posible comunicar con el general Franco. Quiero que me pongan al habla con él.

—El general Franco no está en Tenerife, mi general. Ha marchado a Las Palmas.

—Ya lo sé, pero no hay forma de dar con él en Las Palmas. He llamado varias veces y no se le encuentra.

Las preguntas se precisan cada vez más.

—¿Cómo es que en Las Palmas se ha declarado el estado de guerra?

—También aquí hemos declarado el estado de guerra, mi general.

—¡Pero, hombre! ¿Cómo han hecho esto? ¿No saben que sólo el Gobierno puede declarar el estado de guerra en toda una región? Díganme, ¿con cuántos leales contamos ahí?

—Todos somos leales, mi general.

—Pero si no pueden declarar el estado de guerra y lo han hecho, ¿cómo dice usted que todos son leales?

—¡Es que todos somos leales al general Franco!

Se oye un golpe seco al otro extremo de la línea. Se ha cortado la comunicación.

El piloto Bebb ha revisado los depósitos de esencia. El aparato está en medio de la pista. El viento mueve los arbustos que fijan las dunas. Todo está listo, piensa el capitán Bebb cuando se le ocurre una pregunta que le parece fundamental.

—¿Y el pasajero?

—Mírelo.

El remolcador se ha acercado a la costa y ha sido botada una pequeña lancha. Un hombre joven ha saltado a tierra, y con paso muy rápido se acerca al avión.

Tiende la mano al piloto.

—En marcha. No hay que perder un minuto.

Un pequeño grupo de personas asiste al despegue del biplano. «¡Fe en el triunfo!», han sido las palabras de despedida.

La montañita volcánica y las dunas de Gando quedan allá abajo. Un océano rizado y en mar alta salpica de espuma la costa de Gran Canaria, y a lo lejos Fuerteventura y Lanzarote, tendidas sobre el agua como camellos cansados en la arena, abren los grandes ojos de los cráteres cuando se acerca y pasa el avión.

F. COSTA TORRO
(Enviado especial)

TETUAN, ESCENARIO EXCEPCIONAL DEL ALZAMIENTO

UN EPISODIO HEROICO EN LA PLAZA DE ESPAÑA

¡HOLA, Rossi!, ¿todavía por aquí?

Quien preguntaba con este tono de asombro cordial era el general Franco, y el aludido, el propietario de un famoso hotel tetuano que, en otro tiempo ya algo lejano, se conoció bajo el nombre de Hotel Alfonso XIII.

La celebridad del hotel no es solamente turística. Su azotea, en el verano de 1924, fué escenario del Cuartel General, desde donde se dirigieron las operaciones para la toma del Gorges, el «yebel» opuesto al Dersa con el cual hace de Tetuán un callejón de vendavales. Y por su hall, enlosado de mármoles y revestido con un zócalo de azulejos de reflejo metálico, que presta al conjunto una discreta distinción oriental, pasaron las grandes figuras militares de nuestra acción en Marruecos: Alfau, Primo de Rivera, Cabanellas, Sanjurjo, García-Valiño,

Mola, Queipo de Llano, Millán Astray, Yagüe, Muñoz Grandes, Aizpuru... y, más rápidamente que otros relevantes soldados españoles, a pesar de sus catorce años de servicios en África, el que andando el tiempo habría de ser el más destacado, el más consagrado, el elegido: el Generalísimo Franco.

El señor Rossi es buen amigo de Franco. Y tan buen hotelero como italiano, conserva su establecimiento por el viejo estilo de su pasado histórico. Aquella tarde, una calurosa tarde africana de agosto de 1936, el señor Rossi se hallaba bajo la marquesina de su hotel como distraído. El general Franco pasaba por la acera de enfrente, de la calle Mohamed Torres, y, reconociendo al popular industrial, le llamó la atención con aquel gesto sorprendido y natural.

—No había visto al general desde el año 1924 cuando de este hotel salió para terminar, con sus banderas legionarias, con el hostigamiento que se hacía desde el Gorges contra Tetuán. Le vi por última vez de teniente coronel y le encontraba en trance de ser Generalísimo y Jefe del Estado español. Asombroso, pero no tanto, porque de aquel teniente coronel se esperaba mucho. Todavía tengo camareros que le servían la mesa hace ya no sé cuántos años. Aquí tiene usted a Manuel, el más viejo de mis camareros. Nació en Larache y aún no conoce España. No creo que haya otro español en Marruecos con sesenta y seis años de vida por estas tierras.

Manuel toma entonces la palabra:

—Yo conocí a Franco cuando era comandante—me dice este viejo sirviente del hotel que, con sus años, como jefe de camareros, sirve con la misma dignidad

a la armonía del establecimiento que a las exigencias de sus huéspedes—. En ese salón—y me señala una confortable dependencia que antes se utilizaba como comedor—y junto a aquella columna que usted ve, solía sentarse Franco, cuando, años después, y ya en los primeros días del Movimiento, ocupaba con su esposa y su hija una de las habitaciones de la primera planta. No recuerdo el número de su cuarto, pero, en cambio, sí tengo buena idea de los menús que entonces se servían con más frecuencia y que eran muy del agrado del general Franco: una sopa de picadillo de jamón y un segundo plato de merluza con mahonesa... Añada usted otro plato con postre de frutas variadas y jamás vino, porque Franco no lo bebía. La pensión completa costaba entonces 12,50. Franco era muy afable, muy afable...

Y Manuel Montes Herrera, que este es el nombre completo del anciano camarero de nuestra conversación, que por conocer cosas de Marruecos llegó incluso a tener amistad con viejos moros que lucharon contra el general Prim, hace un gesto amplio para rubricar la impresión de amabilidad que conserva del Jefe del Estado.

—Si me viera—añade después poniendo cara de estar muy seguro—me diría: «Manuel, venga un abrazo.» Porque aquí, entre nosotros—sigue nuestro informante como si hablara de un misterio—, es de lo más bondadoso que usted se puede imaginar. ¡Uno ha tratado ya con tantos hombres, que uno sabe lo que se dice...! Mire usted si tiene que ser bueno, que en el hotel era famoso, entre sus muchos huéspedes militares y algunos extranjeros que solían pasar aquí largas temporadas, una historia de milagro que la pasó al general en Dar Riffien. Yo la conozco porque era muy amigo de un sargento legionario que decía ir siempre con Franco a la cabeza de su Bandera. Era un día de mucho viento, ese viento que usted sabe que hace por aquí cuando sopla el Levante o el Poniente, y el gorro de Franco cayó al suelo. Dudando entre recogerlo o no, al cabo de algunos segundos, se decidió a bajar del caballo que montaba porque el aire se llevaba el gorro. No fué más que bajar del caballo cuando una bala rozó la montura... Mire usted por donde, por una vacilación resuelta a tiempo no sólo se salvó Franco, sino que después se salvaría España.

LAS HUELLAS DE FRANCO TRAS LOS SERVIDORES HUMILDES DE LA SOCIEDAD

Por regla general, ya es sabido que los grandes hombres suelen ser sencillos con los humildes. No es sólo el viejo jefe de camareros Manuel Montes quien, hablando de Franco, llega al asombro admirativo para expresar la cordialidad con que se comportaba el Generalísimo como huésped del antiguo hotel Alfonso XIII. Con este convencimiento, la sociedad parece haber organizado a sus modestos servidores—el peluquero, el camarero, el limpiabotas, el vendedor de periódicos...—como un imprescindible eslabón humano entre las figuras de biografía y los biógrafos.

Manuel Urrutia, un bilbaíno que llegó a Marruecos cuando los primeros batallones nortefios de los días trágicos del 21, es otro ejemplo. Hoy, Manuel Urrutia es conserje del Casino Español, de Tetuán, una institución que alguna vez reclamara del historiador uno de esos libros marroquíes, que no novelas, cuya necesidad no está, ni mucho menos, totalmente satisfecha.

Del Casino Español podría hablar Manuel Urrutia como pudiera hacerlo un archivero. No habra militar español de los que pasaran por África, que no haya firmado su ficha de socio en esta entidad, o bien que no alternase los días de combate con unas horas de reposo, en su biblioteca magnífica o en sus salas de recreo, mientras pensara en la Patria en aquellos años en que «La Correspondencia de España» se debatía contra el abandonismo con artículos que generalmente empezaban de este modo:

«Nunca más justificada una acción militar que sirva de escarmiento para asegurar la situación en nuestras posiciones. Es un deber inexcusable. El país en masa así lo comprende y presta todo su apoyo a la acción benemérita de nuestro Ejército en África...»

—Para que vea usted, Franco no era hombre de casino—nos dice Manuel Urrutia, que, como camarero, primero, y después, como conserje de la entidad, conoció y conoce a los bravos que cayeron y que hoy viven—. Cuando Franco venía aquí pedía café o un refresco. Nunca, una copa de vino; y jamás le vi fumar. Eso sí, todo un caballero, porque su trato era del que nos gusta a nosotros, los que no somos nada. Hacía tertulia con Muñoz Grandes y Millán Astray. Yo le servía cuando era teniente coronel. Era tan delgado, tan joven, que ya puede usted calcularse: sus compañeros le decían «el niño». Siempre se le veía con unos libros bajo el brazo. Uno ha visto ya tantas cosas en este mundo, que ya no tiene una cabeza para recordar... Pero Franco iba siempre con una dhillaba corta y gruesa y se tocaba con el gorro de legionario. Era muy serio, muy silencioso, demasiado para ser tan joven. Creo que sólo una vez le vi jugar al dominó, pero recuerdo que apenas prestaba atención a las fichas. Yo conozco al Generalísimo tan bien como tengo la seguridad de que me conoce a mí. Si me viera me hablaría como si fuera un amigo. Yo sé que sí, porque así lo hacía con todos nosotros, lo mismo cuando era teniente coronel que cuando, después en el 36, llegó desde Casablanca en avión para tomar el mando de las tropas. Unos días aites, creo que fué en los primeros días de julio, se celebraban aquí, de noche, algunas reuniones de militares. Se hablaba de Llano Amarillo. Ya había yo oído este nombre, porque cuando suele servir un café, aunque no quiera, escucha. Las cosas andaban muy mal... Y uno se oía ya que algo gordo se preparaba.

TETUAN: ESCENARIO EXCEPCIONAL DE LA CRUZADA

Y Manuel Urrutia levanta con sus recuerdos el telón antiguo de



Este fué el despacho del Caudillo en la Alta Comisaría

un Tetuán que habría de ser el escenario excepcional—el primer escenario—de los preparativos y comienzos de la Cruzada de Liberación. En la Alta Comisaría estaba Alvarez Buylla. La familia militar se mostraba reservada e inquieta. Reuniones nocturnas en el Casino Español, que se sucedían en casas de rango del barrio europeo tetuani para despistar a las autoridades republicanas. Había caído ya el protomártir. La Falange—la famosa Falange de Marruecos preparaba sus uniformes. La masa obrera se agitaba. En el Jalifato, S. A. I., el príncipe Muley Hassan el Mehdi y las autoridades marroquíes con el Gran Visir, Sidi Ahmed El Ganmia, asistían, al margen del ambiente, al espectáculo de un Marruecos expectante. Al otro lado del mar, sobre el Atlántico, en Santa Cruz de Tenerife, Franco, Capitán General de Canarias, sigue puntualmente sus clases de inglés que le da la señora Lenar de Alonso, con la serenidad, con el aplomo, que constituye una de sus grandes virtudes. ¿Cómo es posible que a tres días del Movimiento su jefe principal se preocupe puntualmente de su clase de idiomas cuando en Marruecos todo está listo en espera de la primera orden? Franco, al fin, se dispone a salir de Santa Cruz en el «EOH-Rapid» que le espera y que en un vuelo le lleva a Casablanca, en cuyo aeropuerto, y después de unas horas, vuelve a tomar el avión que le conduce a Santa Ramel, el aeródromo de Tetuán. La Alta Comisaría ya ha sido tomada por el coronel Buruaga. Alvarez Buylla intentó escapar por una ventana trasera de la Casa de España, rompiéndose una pierna. Está detenido. Se han practicado también otras muchas detenciones. Tetuán está en calma densa. Franco entra en la Alta Comisaría como el primer representante de la nueva España para dirigir desde allí el glorioso Movimiento Nacional. Le aguarda un despacho con una mesa sobria, un viejo teléfono de pared de aquellos de manubrio, un tapiz con un motivo rústico fabuloso, un sillón, unas sillas... La sobriedad del despacho armoniza con la de su egregio ocupante.

«Este fué el despacho del Caudillo—dice una placa de azulejos que preside la imagen de la Virgen, colocada en la estancia—desde el día 19 de julio hasta el día 7 de agosto de 1936. Desde aquí dirigió el glorioso Movimiento Nacional bajo la protección de Nuestra Señora de las Victorias.» Ya tenemos aquí los días justos que Franco permaneció en Tetuán, como Jefe de la Cruzada española de Liberación. En este despacho se organizó el primer convoy de tropas que cruzaría el Estrecho. El Generalísimo Franco, que tantas glorias conociera en Africa, donde llegó en febrero de 1912 como subteniente del regimiento número 68, saldría de Africa convertido en Generalísimo al cabo de veinticuatro años de su bautismo de fuego.

UN HOMENAJE PROFETICO

«Asombroso, pero no tanto, porque de aquel teniente coronel se esperaba mucho...»



El Generalísimo Franco llega a Ceuta el 19 de julio

La frase del viejo hotelero, señor Rossi, recuerda aquel homenaje profético que en Toledo se le rindió al Generalísimo a raíz de su regreso de Africa, en marzo de 1926, ya ascendido a general con treinta y cuatro años. La XIV promoción de Infantería a la que pertenece el Jefe del Estado español, la ofreció en aquel homenaje un pergamino que decía: «Los nombres de los caudillos más significados se encumbrarán gloriosos y, sobre todos ellos, se alzarán triunfante el del general Francisco Franco Bahamonde, para lograr la altura que alcanzaron otros ilustres soldados como Leiva, Mondragón, Valdivia y Hernán Cortés, y a quien sus compañeros tributan este homenaje de admiración y afecto, por patriota, inteligente y bravo.»

—¡Y vaya si estaban preparando algo!—continúa Manuel Urrutia hablándonos—. A poco de llegar Franco ya se pudieron dar cuenta los que no sabían usar los ojos para ver y los oídos para escuchar... Un día salía de misa el general Franco; y aquí tiene usted a la vieja Paca también como testigo...

—Yo sí—ahora habla la vieja Paca, con sus treinta y cuatro años de vida en Marruecos, a donde llegó desde Méjico, y que hoy, en situación de desgracia, presta servicios de limpieza donde buenamente le contratan. Yo oí los primeros aplausos que se le tributaron a Franco por el genio. Iba a la misa de doce a la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, que por cierto oficiaba el padre misionero Benjamín Brazales... Pero un día oímos bombas. Aquello fué horrible, porque hubo muchos musulmanes muertos...

UN EPISODIO HEROICO EN LA PLAZA DE ESPAÑA

El relato se refiere a la avisada intención del Gobierno de Madrid, que envió un bombardero a Tetuán par subvertir el ideal de la nueva España. Tres bombas cayeron en el barrio moro. Quince musulmanes murieron. La reac-

ción que se buscaba dió sus primeros frutos. La plaza de España de Tetuán se convirtió pronto en hormiguero de chilabas y jaiques en un runruneo inicial de amenazas y, finalmente, en una excitación general. Alguien dijo que los culpables estaban allí, en la Alta Comisaría. La situación se perfilaba muy grave. Si se ordenaba el empleo de las armas contra aquella muchedumbre agitada y violenta, el Movimiento hubiese tropezado con muy difíciles obstáculos posteriores. Si no se hacía uso de la fuerza, sobre la Alta Comisaría hubiera caído la nube levantisca de musulmanes que cada vez



Franco habla al público desde el balcón de la Comandancia Militar de Ceuta

se hacía más densa en el antiguo «Feddal». Entonces apareció el Gran Visir en un caballo. Y los setenta y seis años de Sid Ahmed El Gannia, pese a su energía, a su autoridad, eran muchos para que no se hable del suceso como de un milagro. La avalancha fué contenida. Y Franco premió el gesto bravo del primer ministro marroquí con la Gran Cruz Laureada de San Fernando.

«ERA MUY SERIO Y NO GASTABA BROMAS»

—Aquí en el Casino—nos sigue diciendo el conserje—había un limpiabotas que conoció al general Franco en los años en que era comandante. Ahora está el pobre en el sanatorio de Ben Karrich...

Y a Ben Karrich se trasladó el periodista para seguir las huellas de Franco a través de estos modestos servidores que la sociedad organiza, o parece organizar, para establecer un punto de unión con el perfil humano de las grandes figuras. En Ben Karrich se halla enclavado un sanatorio antituberculoso, construido por el antiguo Protectorado español hace pocos años, en una cabilla de chozas y casas de adobe, generalmente guardadas por fachals y rodeadas de huerta, resguardada de los vientos del pesado e insano levante. Allí encontramos a Rafael Fermín Lozano Muñoz, natural de Granada y con sesenta y dos años a sus espaldas antiguo limpiabotas del Casino Español. Rafael, mientras los demás enfermos buscaban bajo los eucaliptos el mejor oxígeno, se hallaba en cama, muy decrepito, muy enfermo.

—Sí, ¡cómo no iba yo a conocer al general Franco! Yo he conocido a todos los más grandes militares españoles... Pero estoy muy malo, apenas si puedo hablar, como ya ve usted. Sí, lo he conocido...

El pobre limpiabotas tose. Me mira con ojos febriles. Las manos se le engarflan sobre las sábanas.

—Era muy serio. No gastaba bromas... ¡De todo esto hace ya tantos años!... Sería por el 24, no lo sé... ¡Uno está tan malo!...

Dejamos al viejo y desgraciado limpiabotas porque se nos antoja la piedad con mucha más virtud que la profesional tarea investigatoria. Poco ha dicho, porque no podía decir más con sus fallos de memoria. Sin embargo, sí nos habló de un tal Fermín Santana, otro modesto español que también conociera a Franco en 1924.

«PASIVIDAD E INACCION», UN ARTICULO FAMOSO DEL TENIENTE CORONEL FRANCO

Es el año, éste de 1924, en que Queipo de Llano lanza a la luz pública en el mes de enero, el primer número de la «Revista de Tropas Coloniales». Es también el año en que se hace más acusada la intención abandonista en Africa.

El Directorio ha publicado una nota oficiosa, la tercera nota. Se ha hablado ya de que «el prestigio del Ejército español no puede estar supeditado a un terco empeño». En Africa, sin embargo, la familia militar que lucha reclama más acción. «Informaciones» dice un día: «La inercia, la vacilación desorientada, es lo que eterniza la lucha. El día que merced a una acción rápida y bien emprendida se tenga que reconocer por nuestros contrarios y sus directores que hay un serio peligro en resolverse contra nosotros, entonces no dejarán de oír las indicaciones pacíficas y podrá llegarse a una resolución del pleito que tanto nos ocupa.»

«El Siglo Futuro» hacía coro con frases editoriales como ésta: «Toda acción que no sea la de las armas será nula en Marruecos.»

En este año de 1924 en la «Revista de Tropas Coloniales», en el número de abril, que era el que hacía el número 4, se publicaba un famoso artículo titulado «Pasividad e inacción», firmado por el teniente coronel Francisco Franco, en el que recordaba la máxima napoleónica que dice: «La guerra es un juego serio en el cual se puede comprometer la reputación y el país; y cuando se es razonable se debe sentir y conocer si se ha nacido o no para el oficio». Franco pedía en su ar-

tículo que se dejase el paso libre a los más aptos y capaces.

El periodista ha gozado de la lectura íntegra de este artículo escrito en los días difíciles de la acción de España en Marruecos, acaso sobre algún riesgo de un «yebel» rifeño, mientras los «pacos» reclamaban vigilancia tensa. El «Tebib Arrumi»—Ruiz Albéniz—había visitado a Alfonso XIII en el Palacio de Oriente para pedirle la dedicatoria de una fotografía que había de publicarse en la revista dirigida por Queipo de Llano. Ruiz Albéniz mostró al Soborano un ejemplar del número de abril donde se publicaba el artículo del teniente coronel Franco que tanta conmoción había producido. El Rey no lo conocía y, según dice Ruiz Albéniz, cuando relata su entrevista con Alfonso XIII, «en la cara del Rey, a medida que lee, se va esfumando su sonrisa plácida. Al final del artículo vuelve a repetir la lectura de algún párrafo. Termina. De nuevo sonríe. Nos parece que en sus ojos hay un brillo especial...»

La impronta que recogió Ruiz Albéniz de aquella entrevista con el Rey, empieza con esta frase del Monarca: «¡Hombre, artículo de Franquito! ¿Qué dice?»

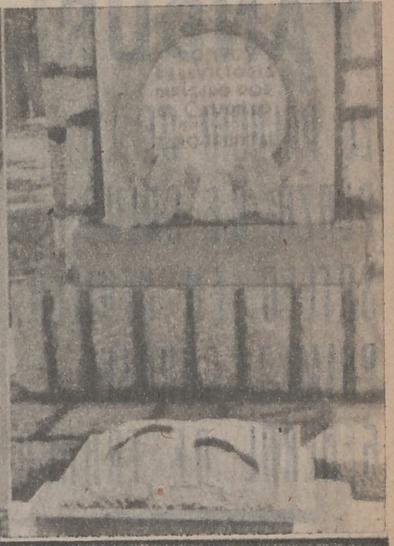
FRANCO NO ERA HOMBRE DE RETAGUARDIA

A muchos otros españoles modestos ha visto el periodista, los cuales, a través de un servicio cualquiera, bien bajo las armas y las órdenes del que un día fuese subteniente del regimiento de Africa número 68, bien primer teniente o capitán de la Policía Indígena, de donde salieron las fuerzas Regulares, bien de comandante del Tercio, conocieron al Jefe del Estado Español, pero pocos aportan nuevos rasgos humanos del hombre que hiciera en Africa la carrera más rápida y brillante de los grandes soldados del Ejército español. La razón estriba en que Franco no fue nunca hombre de retaguardia y que, cuando dejaba el campo para buscar un lugar alejado de las trincheras, lo hacía por absoluta necesidad del servicio y jamás para encontrarse, aunque fuese por unos días, con los goces que no ofrece la línea de fuego. En la propia vanguardia, en su puesto de mando, Franco era—como nos dice Fermín Santana, un legionario que le siguió cuando el desastre del 21, desde el Zoco el Arbaa hasta el Fondak y desde el Fondak hasta Ceuta, en cuyo puerto el «Ciudad de Cádiz» llevaría su bandera a Melilla durante los sucesos en esta plaza de soberanía—un hombre siempre atento al peligro que acechaba, entregado al deber, el jefe siempre concentrado, siempre serio porque la empresa de España en Africa lo era demasiado. Este rasgo de seriedad en Franco es impresión constante que se recoge de cuantos testimonios hemos traído a nuestras notas.

—Era un carácter de hierro—nos asegura Ricardo González, un ex sargento de la Legión que hoy vive de un modesto negocio de bebidas—y tenía que ser así porque era legionario. Muchas veces ni le hacía reír Santonja. ¿No sabe usted quién fue Santonja? ¡Hombre! Santonja era un tío de gracia. Un payaso que



La ermita de San Antonio, en el monte Hacho, desde cuya cima presenció el Caudillo el paso del convoy



Monolito elevado en el sitio donde Franco, asistió al paso del convoy por el Estrecho. A la derecha, un detalle del mismo y las huellas que dejó el general en la arena

tuvo que salir del circo para hacer el servicio militar y que, como no tenía mejor utilidad, lo hicieron cocinero de la Bandera. Santonja, al que el propio Franco tuvo que enseñar cómo se hacía un cocido, nos partía de risa a todos. Pero yo recuerdo que durante las piruetas del payaso, sus dichos y ocurrencias, Franco apenas sonreía...

UN SALDO DE CUENTA CORRIENTE NO RETIRADO EN MELILLA

—Las virtudes de Franco, su sobriedad, su aplomo, su espíritu de sacrificio, su amor por el trabajo, su valor, su austeridad—nos dice un antiguo empleado de Banca de Melilla que casualmente vimos en Tetuán estos días—, que al cabo de los años quedaron suficientemente demostradas, me las analizó en cierta ocasión un grafólogo melillense al que le mostré la firma de Franco en una ficha de cuenta corriente que hoy se guarda como una reliquia en el Banco Hispano Americano de aquella plaza. Se trata de una cuenta que abrió Franco cuando era comandante, en Melilla, y cuyo saldo sin importancia quedó a beneficio del Banco, como está establecido, por no haber sido retirado por su dueño. Pero en el Banco se guarda la documentación de esta cuenta corriente, ya digo, como una auténtica reliquia histórica.

UNA BIOGRAFIA ARABE DE FRANCO

Se conocen muchas biografías del Generalísimo Franco. Pero apenas si está suficientemente divulgada la que escribió un grupo de jóvenes marroquíes y que tuvo su publicación en árabe en agosto de 1939. La dedicatoria de este folleto biográfico, que reproducimos en este mismo reportaje, dice así:

«Al Generalísimo Franco, Jefe del Estado Español. A ti, oh Excelencia, te ofrendamos con respeto y admiración algunos de los pasajes gloriosos de tu vida, encarnación de tu bravura, lealtad y tu sincero patriotismo. Tú lo mereces más que nadie.

»Sólo es un paso de los tuyos vigilantes, un átomo de tu alien-

to en la persecución de la gloria de tu Patria y un soplo de los que has inspirado en los pechos de tus compatriotas, a los que has enseñado el camino de la fe en el engrandecimiento de España y el amor a la Patria.»

La traducción del prefacio del libro es la siguiente:

«Franco, hombre inspirado. No es dado a un pueblo alcanzar su alto destino sin la fuerza de su guía o su Caudillo. Fuente del conocimiento, templo de la sabiduría, recinto de la moral y tesoro de espiritualidad.

»Personalidad destacada en la vanguardia de las altas figuras mundiales del siglo XX.

»Jefe arrogante, altivo y experto, que ocupa un lugar de valor internacional de primera fila entre los jefes técnicos militares. Político sagaz y preparado, caudillo inteligente, que une el sacrificio y la lealtad, el genio y el trabajo, y la prudencia con el valor, creando de sus secretos lecciones de sublime patriotismo, que han sido registradas en las mejores páginas de la historia eterna.

»Bajo el cielo de sortilegio de Marruecos, en su espacio atrayente, entre sus ciudades y poblados, y en su paraíso de imaginación y pensamiento vivientes, comenzó a brillar la vida de Franco y a lucir su glorioso talento. Marruecos es todo inspiración y sentimientos.

»Ofrecemos a los lectores árabes algunos gloriosos pasajes de la vida de esta figura eminente y consideramos un alto honor contribuir a la publicación de su gran obra entre nuestros hermanos musulmanes, porque:

»El es el Jefe de la Nación protectora, el más querido de los extranjeros en el corazón de los marroquíes y porque en Marruecos tuvo origen su Alzamiento Nacional.

»La juventud marroquí, consciente de su misión y ávida de renacimiento, puesta su obra en Dios, saluda con admiración a esta relevante figura, esperando con las mayores ilusiones la obtención de sus aspiraciones y deseos, de la generosa atención del invicto Caudillo, Generalísimo Franco y la protección y magna-

nimidad de nuestro amado Emir S. A. I. Muley el Hasán.»

De todas las glorias que Franco arrancase de su valor en África, ninguna tan significativa como esta ofrenda de la juventud marroquí, hecha puro sentimiento, y que corresponde a la que en aquellas fechas —1939— hiciera Franco a Marruecos en un discurso pronunciado en Sevilla, en ocasión en que dispuso que un barco español llevara a La Meca a unos centenares de musulmanes marroquíes:

«Os entregaremos—les dijo— nuestros libros para que vuestros hijos puedan estudiar la ciencia militar y la grandeza de una raza heroica. Llevad los sentimientos mejores del Jefe del Estado y de los hombres españoles al pueblo musulmán. Y cuando las flores con los rosales de la paz renazcan, nosotros os entregaremos las mejores rosas.»

Los libros han sido ya entregados. Y las rosas, también.

Manuel CRUZ ROMERO



Monumento conmemorativo en el Llano Amarillo

YANDURI, PUESTO DE MANDO

EL PALACIO DE LA PLAZA DE CALVO SOTELO, EN SEVILLA, PRIMER CUARTEL GENERAL DE FRANCO

15 DE AGOSTO: RESTAURACION DE LA BANDERA BICOLOR



Primer viaje de Franco a la Península después del Alzamiento. El general saluda desde el avión a los jefes y oficiales que le recibieron en Tablada

El palacio de Yanduri, en la plaza sevillana de Calvo Sotelo, es ahora el Colegio de María Inmaculada. Pasado el portalón, donde en tiempos pasados evolucionaban a sus anchas los coches de caballos y los lacayos, junto a la puerta de rejas que da acceso al patio central, se halla sentada sor Concepción en una silla pequeña de paja.

—En esta casa vivía Franco cuando estaba en Sevilla durante la guerra.

En ese mismo patio, y buscando la sombra, hay ahora, por lo menos, treinta muchachas jóvenes entregadas a la costura. No levantan sus ojos de la labor y se puede oír el vuelo de una mosca, de tanto silencio como aquí se observa. Sin chicas morenas, vestidas con delantales tan blancos como los mármoles de las columnas del patio. Forman grupos reducidos y muven la aguja como verdaderas expertas. Mantelerías con incrustaciones, sábanas bordadas, pañuelos, van saliendo de sus manos con la perfección de la obra maestra.

—La propietaria del edificio lo donó a nuestra Comunidad, la de San Vicente de Paúl, para que enseñáramos a coser y bordar a las chicas humildes, pagándoles además un salario para que atiendan a sus gastos. El capital fundacional se ha quedado pequeño y los gastos crecen. Por eso hemos tenido que abrir un colegio, dedicado a los parvulitos. El año 1936 todavía no es abierto en la casa porque la República ponía dificultades; el edificio se hallaba cerrado al empezar la guerra.

Hay que preguntar a sor Paz, a una sirvienta, y a una limpiadora, para localizar las habitaciones que fueron de Franco en los días más comprometidos de la Cruzada. Ningún recuerdo se conserva en esta mansión de

la estancia del General, venido de Africa para llevar a sus soldados a la reconquista de la Patria. Ni una modesta lápida queda para constancia de las horas históricas que se vivieron entre estas paredes de Yanduri. Y bajo su techo, en torno a su patio neoclásico, de mármol y elegantes capiteles, Franco pasó sus primeras jornadas de guerra en la Península y dio desde aquí las órdenes para organizar los ejércitos, establecer los planes de operaciones y lanzar a las columnas de Africa hasta Madrid.

—El dormitorio del Caudillo estaba en el primer piso y se amuebló muy modestamente; no queda en la casa ninguno de aquellos muebles, a excepción de una mesa de trabajo, que pudo ser la de él. Se instaló todo con muchas prisas, pues casi nadie en Sevilla conocía con antelación su llegada.

YANDURI, PUESTO DE MANDO

El primer viaje de Franco a la Península fué rápido. Eran los días de julio, y Sevilla estaba rodeada por un cinturón rojo. Unos pocos voluntarios de Queipo de Llano y otros pocos legionarios y marroquíes transportados desde Africa en unos aviones destartalados, que en tres viajes diarios llevaban cuarenta y cinco hombres, habían aplastado la resistencia opuesta por el enemigo en los barrios de Triana y la Macarena. Pero los comunistas seguían siendo dueños de Alcalá de Guadaíra y Castilleja de la Cuesta, y Valencina y Camas. De ellos eran el Arahál, Morón Sanlúcar la Mayor, Manzanailla, La Palma Villalta del Alcor, Ecija... Prácticamente, desde la Giralda todo el panorama que se presenciaba era un avispero de efectivos rojos.

Franco en aquellos días de julio estaba plantado en Tetuán,

con sus tropas quietas, hostilizado por mar y aire, sin poder dar la orden de romper la marcha. El Estrecho no era tampoco de España. Pero Franco quiere pasar al ataque, y para Franco, querer significa actuar. El mismo 28 de julio de 1936 el General deja por unas horas sus tropas y cruza el Estrecho en un avión para meterse en el corazón de Andalucía. A la Sevilla sitiada acude el Caudillo para entrevistarse con Queipo de Llano, Varela y Orgaz. Llega a Tablada en las primeras horas de la mañana, y en un coche, sin escolta apenas, se dirige a La Gaviota, donde se halla la Capitanía. Es el primer contacto personal con los jefes y las tropas de la Península. Son unas horas en las que se deciden planes y consignas, operaciones y movilización de los recursos disponibles. Se almuerza en aquel mismo edificio, y por la tarde, al despedirse de Queipo de Llano, la ofensiva en dirección a Madrid queda decidida. Tiene tiempo Franco para hacer unas declaraciones antes de volver a Africa:

—Ellos saben muy bien que hemos de triunfar, pero no han querido que sea sin dolor. Dios se lo demande.

Franco ha decidido atravesar el Estrecho con sus tropas, a pesar de que los buques enemigos tienen bajo el fuego de sus cañones todas las aguas de Gibraltar. Y como el General lo ha querido, el 5 de agosto, cinco unidades de la Transmediterránea, con tres mil regulares y legionarios, tres baterías, personal de Ingenieros, armamento, municiones y pertrechos, llegan a Algeciras procedentes de Ceuta. Contra el acorazado «Jaime I»; contra los cruceros «Cervantes», «Libertad» y «Méndez Núñez», y 15 destructores y seis torpederos y nueve submarinos. Franco ganaba la batalla del Estrecho disponiendo

sólo de un cañonero, el «Dato», un torpedero (el 19) y un buque desvencijado tipo «Uad». «Es el triunfo de la fe y de la disciplina. Dios nos ayuda», serían sus comentarios.

Después del 5 de agosto, abierto el Estrecho, Franco tiene a sus tropas más combativas en la Península, y el General no duda en ocupar su puesto al frente de ellas. Dos días después, el 7 de agosto, el Caudillo y su Estado Mayor sientan plaza en Sevilla. El palacio de Yanduri abre sus puertas al General victorioso de Africa.

UNA LUZ QUE NO SE APAGA

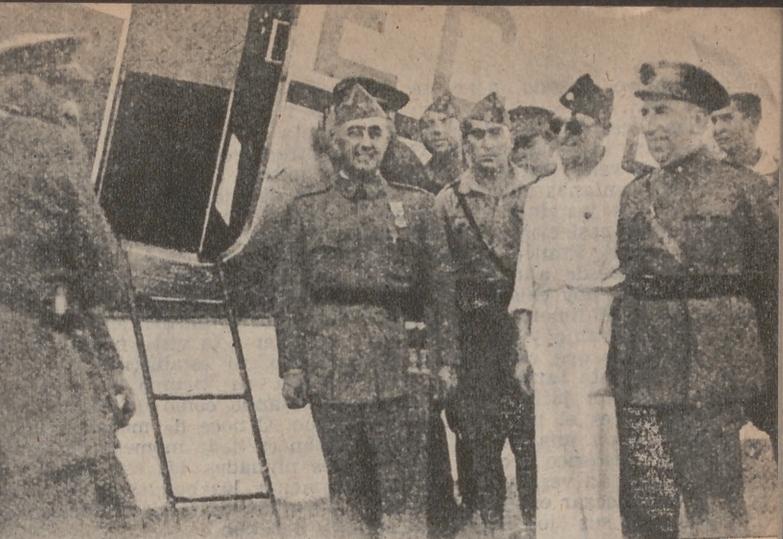
En el caserón sevillano montan su primera guardia a Franco los soldados de la Península. En la planta baja se van instalando los servicios del Ejército de Africa. Las estancias se llenan de mesas de pino, se instalan teléfonos y más teléfonos, se despliegan mapas y planos. Marroquíes y legionarios se acomodan en el pabellón que en otros tiempos se destinaba a la servidumbre de la casa. En el centro del patio se montan, en pabellones, los fusiles de los soldados. Entran y salen, cursan órdenes, lo inspeccionan todo los jefes militares que colaboran con el General: Mediano, Díaz Varela, Chacón, Yagüe, Martín Moreno...

A Franco le reservan el dormitorio que ocupaba el antiguo propietario de Yanduri, situado en el primer piso. Para llegar hasta él hay que atravesar el patio y subir por la escalera de honor, señorial y solemne, de proporciones dignas de un palacio real, con frisos de escayola, pasamanos de bronce, pinturas murales y las estatuas de las Tres Gracias en el rellano superior.

Una galería circunda el patio en esa planta, y a través de ella se alcanza la puerta del dormitorio de Franco. Se ha dado una orden, que todo el mundo cumple estrictamente: la de guardar absoluto silencio por los pasillos. Es que Franco trabaja desde que ha puesto los pies en Yanduri, sin un momento de descanso. Es ya muy avanzada la noche y el General, dueño de sí mismo, sosegado, acaba de dejar el despacho y ha entrado en su dormitorio. Por debajo de la puerta se filtra un hilo de luz que se mantiene hasta que el alba lo extingue.

La alcoba del General es alta de techo, con artesonado, suelo de mármol blanco y dos ventanas al jardín de Yanduri. Una puerta interior abre el paso a un gabinete, cuyas paredes están cubiertas por cinco armarios para guardar las prendas personales del anterior propietario. Estos armarios están ahora vacíos, pues el equipaje del General se reduce prácticamente al uniforme que lleva puesto. Esta habitación se comunica con un cuarto de aseo.

Pasa el General en vela su primera noche en la Península. Medita en los obstáculos que han de vencer sus tropas hasta ganar la paz. En su memoria se van representando los terrenos erizados de montañas, cruzados por



Otra escena de la llegada de Franco a Tablada. El general Orgaz le da la bienvenida



Al entrar en Capitanía, el general Queipo de Llano abraza a Franco



Franco en el patio de Capitanía, con Queipo de Llano y Varela, y con algunos jefes y oficiales de la guarnición de Sevilla

ríos, hendidos en valles profundos, arropados por bosques, climas y riesgos. Todo eso hay que vencerlo, sortearlo y dominarlo. Tiene que luchar contra todo; contra las tropas enemigas y

contra los elementos; contra la Aviación, contra la Escuadra, contra los gobiernos extranjeros hostiles. Tiene que improvisar recursos, repartir confianza y llevar con pulso sereno los destinos de

un nuevo Estado que se va creando...

Las luces del día 8 de agosto iluminan la estancia del General, que vela. Entra la claridad por las ventanas abiertas, al través de los jazmines que se desuelgan y casi ciegan los marcos de aquéllas. Franco se asoma al exterior. Desde allí ve el jardín tal y como hoy existe, las cuatro palmeras, el limonero, el mandarino, el naranjo y la enredadera de glicinios que cubre, en parte, la tapia. Esta tapia es la misma que rodea el jardín del Alcázar sevillano; es el mismo muro almenado, con una puerta que se abre al histórico recinto. El panorama de la vegetación del parque del Alcázar es el paisaje que tiene ante sus ojos el General en su primer amanecer en la Península.

EL RETIRO DE UN GENERAL DE CUARENTA Y TRES AÑOS

Franco no sale casi nunca de Yanduri. Al principio, acompañado generalmente de Yagüe, se dirigía a pie a un hotel próximo para almorzar y cenar en él. Los domingos va a misa a la parroquia del Sagrario. El 15 de agosto, fecha en que se reinstaura la bandera bicolor, asiste desde el balcón del Ayuntamiento al primer acto oficial en Sevilla. Quiépo de Llano dirige a los sevillanos una arenga y luego es el Caudillo el que habla al pueblo. Sus palabras se limitan a decir señalando con su mano derecha a la enseña nacional:

—¡Ahí la tenéis!

No tiene tiempo bastante para despachar los asuntos acuciantes de la guerra. Más de catorce horas diarias pasa en su mesa de despacho. Recibe él mismo por teléfono, los partes, los informes y las peticiones de sus subordinados. Con la mano izquierda sujeta el auricular del teléfono y con la derecha escribe y anota. Las cuartillas se van amontonando. Por teléfono decide, ordena, aconseja en cada caso. Su rostro permanece impasible a la emoción y solamente expresa su criterio diciendo: «Sí; bien... muy bien... satisfecho...»

Despacho con todos sin ceremonia ni riguroso turno. El turno de preferencia es el del interés del asunto. Lee con extraordinaria atención y avidez cuan-

tos escritos se le presentan. Lo lee todo. Sobre el propio papel anota advertencias o decisiones y otras veces dicta en el momento mismo a quien despacha con él la decisión que adopta. Su capacidad de escribir por sí y de dictar es extraordinaria. Los planes de operaciones, la distribución de las unidades o las municiones y elementos de guerra los hace por sí mismo, sin necesidad de tener a la vista ningún recordatorio, ni estadística, ni parte.

Pasa su tiempo en Yanduri trabajando como un forzado antiguo. Conoce de memoria dónde están en cada momento las grandes unidades, las escuadrillas de aviación, los buques de guerra y las unidades tácticas, incluso cada batallón.

Parte de sus horas de labor las pasa recibiendo visitas. Nada avaro de su tiempo ni de su atención para con los demás, escucha sin mostrar contrariedad. En Yanduri todos entran en su despacho sin atravesar más antecámaras ni cámaras que la del despacho de sus ayudantes, en lo que antiguamente era salón de recepción.

Para este General de cuarenta y tres años no hay un momento de esparcimiento; nunca busca el aplauso popular, a pesar de que Sevilla entera le persigue para demostrarle su reconocimiento y gratitud. Una vez, posiblemente la única durante su estancia en la capital andaluza, acude a un teatro, en el que actuaba Fleta con fines benéficos. A la entrada es reconocido, y tantos son los aplausos y tantas son las manifestaciones de entusiasmo que le dedican, que su amplia sonrisa no basta para ocultar su emoción a la vista de todos.

UNOS BALCONES EN LOS RECUERDOS DE FRANCO

En Yanduri, Franco suele empezar su jornada de trabajo a las ocho de la mañana y la prolonga hasta las tres de la tarde. Almuerza sobriamente y no dedica tiempo a la sobremesa. A las cuatro está de nuevo ante su mesa de caoba, de líneas sencillas, con el tablero forrado con piel verdosa, protegida por una luna. Así permanece hasta las once de la noche, hora en que come. Y luego, casi a diario, las tres de la mañana le dan entregado a la

labor. Ni los momentos de las comidas son de descanso para él, pues despacha entonces los asuntos urgentes que van llegando.

Para el General del Ejército de África, Yanduri es sólo un puesto de mando provisional. En el mismo frente, en la vanguardia de sus columnas se le ve frecuentemente. Otras veces es la necesidad de tomar contacto con otros generales lo que le aleja de su residencia sevillana. Así, el 16 de agosto se dirige a Burgos en avión para conferenciar con Mola. Al pasar sobre Mérida quince aviones enemigos están a punto de derribarle. De Burgos piensa regresar el mismo día a Sevilla; pero una avería en el aparato se lo impide.

Entre los muros de Yanduri se elaboran los planes de operaciones que rompen el cerco enemigo sobre Sevilla y rescatan la provincia. En Yanduri se dan las órdenes a las columnas que avanzan sobre Extremadura, al mando de Asensio y Castejón, de Delgado Serrano y Yagüe... El camino de Madrid queda bien marcado en los planos desplegados en las estancias del palacio sevillano.

El 28 de agosto de 1936 el General empaqueta sus pocos efectos personales y se traslada al palacio de los Gólfines, en Cáceres. Sevilla se va quedando atrás, en la retaguardia y en la paz de la España liberada, y el General busca siempre estar cerca de sus tropas. Naval Moral, Oropesa, Talavera de la Reina... son otros tantos puntos de enconados combates, en los que no falta la presencia de Franco. «Terminado» se llaman en el Cuartel General a estos alojamientos de campaña, y poco a poco, en la geografía exterior de la Patria, se van instalando. Y ya después es Salamanca el punto elegido para residencia.

Pero Yanduri volverá a abrir las dos ventanas del dormitorio del Caudillo al jardín con glicinios y palmeras, con jazmines y limoneros. Se opera sobre Málaga, y Franco ocupa nuevamente, por poco tiempo, su residencia sevillana. Allí ve nuevamente amanecer, entregado al trabajo en su dormitorio, mientras por los pasillos se repetía la consigna de mantener un riguroso silencio.

Siempre que Franco va a Sevilla durante la guerra se alberga en la histórica mansión de Yanduri. En este palacio, sin una humilde inscripción que recuerde la historia que allí se ha escrito, sin una sola frase conmemorativa para lo que fue dormitorio y despacho del General de África, siguen en el exterior los mismos nidos de golondrinas que había en tiempos de guerra, colgados del alero de la fachada de la plaza de Calvo Sotelo.

—Así estaban cuando Franco trabajaba en su despacho—recuerda ahora sor Concepción.

Y Franco, cada vez que entra en triunfo en Sevilla y pasa en su coche oficial ante los muros de Yanduri sigue dedicando una mirada de nostalgia y simpatía hacia los balcones donde tanto hizo por España y donde tanto rezó.

Alfonso BARRA
(Enviado especial)



Esta habitación de Yanduri sirvió de dormitorio a Franco durante su estancia en Sevilla. Ahora es el «aula azul» de un colegio de párvulos.



¿Es añejo? si señor
 y por ser GONZALEZ BYASS
 es algo más todavía
 ¿algo más?
 ¡¡¡Que es el mejor!!!
 Solero



BRANDY
SOBERANO

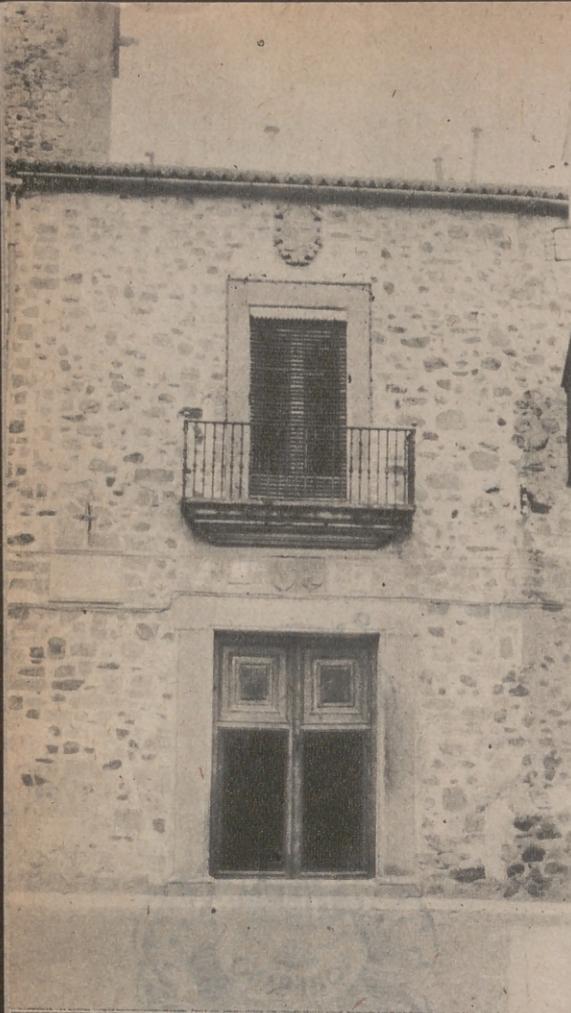
GONZALEZ

BYASS

"RASGO" PUBLICIDAD · FRANCISCO ROJÁS, 8 · MADRID

En CACERES se fraguó la conquista del Alcázar de Toledo

**AQUI FUE PROCLAMADO FRANCO
CAUDILLO DEL PUEBLO ESPAÑOL**



Fachada principal del palacio de los Golfines de Arriba, en Cáceres



Lápida en la fachada del palacio recordando la proclamación de Franco

EN la noche, los pasos del comandante del Estado Mayor resonaban por las callejuelas empedradas del barrio viejo de Cáceres. En la penumbra, rasgaba sólidamente por aislados farosillos de luz breve y difusa, el silencio era absoluto. Las fachadas de las casonas, con su grandiosidad y su aliento de pasadas glorias, parecían crecer en la noche.

El comandante iba poco a poco adentrándose en el corazón de las callejuelas, en las que crece a hierba orillada a las paredes, mientras que los escudos campaneaban airosos sobre los portales. Las torres de los palacios mostraban a la luna sus milenarias piedras.

El comandante, tras orientarse en el dedalo de callejas del barrio de San Mateo, desembocó en la calle de los Condes y se detuvo un instante.

Allá, al fondo, muy cerca, el palacio de los Golfines de Arriba, la casona más antigua de Cáceres, pues su construcción se remonta a principios del siglo XI. Una casa grande, recia, con muros de metro y medio de espesor y con torres desmochadas como eliquias vivas del paso de civilizaciones. Una casa que ocupa toda a una manzana y que abarca cuatro calles.

El comandante llamó a la puerta. Los golpes de aldaba se confundieron con las lentas, graves campanadas de un reloj que hacía viajar los ecos de las ho-

ras por los tejados del barrio viejo.

La puerta se abrió y se cambió un diálogo entre el comandante y el mayordomo. A poco, apareció la figura delgada del dueño de la casa.

—¿Don Gonzalo López - Montenegro y Carvajal?

Don Gonzalo, aristócrata, gentil hombre de cámara con ejercicio, fué breve:

—Yo soy.

—Traigo una noticia: El general Franco viene a Cáceres.

—¿El general Franco?

—Sí. Mañana llega.

Pasaron a un despacho amplio, tras dejar a un lado el zaguán con su farolón y con su cancela del siglo XVII. Allí, el comandante del Estado Mayor le anunció a don Gonzalo el deseo del general Franco de utilizar su casa como cuartel general. Don Gonzalo puso inmediatamente el palacio a disposición de Franco, y en aquel mismo momento, con pasmosa celeridad, comenzaron a realizarse las reformas oportunas. Y así se hicieron acometidas de corriente para once teléfonos, tres radios, y toda clase de instalaciones para la estancia del Estado Mayor.

Era la noche del 25 de agosto de 1936.

En la calle de los Pintores, alargada y estrecha, emporio del comercio y del pulso de la ciudad, se comentaba a aquella misma hora con patriótico fuego

el avance impetuoso de los soldados nacionales por los campos calcinados, sedientos y esteparios de la vieja y gloriosa Extremadura.

ESCENARIO DEL CUARTEL GENERAL

El general Franco llegó al aeródromo de Cáceres a las cinco de la tarde del día 26, e inmediatamente se trasladó al palacio de los Golfines de Arriba. Ocupadas todas las dependencias, Franco comenzó sin pérdida de tiempo a llamar por teléfono y a resolver problemas, encerrado en un despacho reducido, de madera noble, de pino antiguo sin sangrar. Un verdadero despacho de casona señorial, guateado en rojo. El suelo de azulejos, con yelmos y leones en verde y blanco. Sobre la mesa, de estilo español, una lámpara y una figura de bronce que representa a un pintor. A la derecha, una biblioteca que sale en ángulo, y frente a ella una ventana cruzada de barrotes que da a una callejuela angosta que baja vertiginosa desde la calle de los Condes. En las paredes, fotografías de personalidades con dedicatorias al dueño del palacio, y los árboles genealógicos de los alcaldes de Cáceres, de don Manuel Baltasar González de Arce, de López-Montenegro, de los Carvajales desde el siglo XVII y de Colón. Al fondo, un tresillo y una mesita pequeña, bajo la que apa-



El Generalísimo, en Cáceres, en agosto de 1936

rece una piel de jabalí. El techo muy alto.

La instalación de las diversas oficinas que necesitaba el Cuartel General quedó de la forma siguiente: En el amplio zaguán, la guardia. A la izquierda, en un pequeño vestíbulo, los jefes de la guardia. Este vestíbulo comunicaba con la sala de ayudantes, en la que había tres mesas, ocupadas, la primera, por Díaz Varela, teniente coronel; la segunda, por Paco Franco Saigado, teniente coronel, y la tercera por Sangro, ni, marqués de Derio.

A continuación, el despacho del general Franco, y, por último en una sala contigua, los caballetes con los mapas y planos topográficos. El general Franco pasa la mayor parte del día en este despacho. Llega a las ocho de la mañana y lo abandona a las tres, para volver de nuevo a las cinco de la tarde y permanece en él hasta las cuatro de la madrugada con una breve interrupción para la cena.

En la mesa se pasaba los días y las noches dirigiendo el ejército del sur y vigilando hasta el menor detalle de los 3.000 kilómetros de línea de combate a lo largo de España.

«¡SOLO QUEREMOS VERLE!»

A la llegada de Franco al palacio de los Golfines de Arriba, los habitantes de Cáceres suben en peregrinación por las tortuosas callejuelas del barrio viejo y esperan arracimados frente a la calle de los Condes con la esperanza de que Franco se muestre en público. Pero el general no sale. Está en el despacho sumergido entre mapas y atendiendo continuas llamadas telefónicas. La guerra está en su momento crucial: nada admite demora. Cada minuto, cada segundo es precioso, y es necesario arrancarle al tiempo el jugo milagroso de su paso para conseguir una patria nueva.

Y así pasan los días, y en el palacio todos se preguntan cuándo duerme el general, y don Gonzalo escribe en su diario que jamás sobrepasó el sueño de Franco las cuatro horas.

El día 30 de agosto, primer domingo de Franco en Cáceres, en

el oratorio de la casa asiste a la Santa Misa, oficiada por don Santiago Gaspar Gil, párroco de San Mateo.

Y llega otra semana de trabajo incesante. Llamadas, consultas, visitas. Franco lo ve todo. Franco conoce hasta el emplazamiento de la última pieza de artillería. Y a la noche, tras la jornada, se hace el balance del día, y el general tiene, al escuchar el número de bajas, un halo de tristeza honda y profunda, unida al inmarcesible, al imperioso afán de victoria.

El día 6 de septiembre, domingo oficia la misa el Ilmo. Francisco Barbado Viejo, obispo de Coria, quien ofreció la misa por el triunfo de las armas, y fué saludado por el general Franco en la sacristía.

Y es en este mismo día cuando Cáceres tiene ese arrebatado que empujó a sus hijos, los conquistadores, a cruzar los mares y descubrir mundos. La ciudad está transida de emoción y de patriotismo. Cada uno de sus habitantes vive pendiente del palacio de los Golfines y del general Franco. Y toda la ciudad, al unísono, en maravillosa y sincera manifestación, se traslada al palacio.

D. Gonzalo López - Montenegro sale al zaguán. Miles de gargantas le transmiten el mismo deseo.

—Dígale al general Franco que sólo queremos verle.

Y don Gonzalo, portador de la ferviente súplica, desaparece y en seguida se abre el balcón que da a la calle de los Condes, y el general Franco se asoma y se muestra a la ciudad de Cáceres, en el mismo momento en que el reloj

de San Mateo deja caer por los tejados doce campanadas.

El entusiasmo es delirante. En el balcón, la bandera nacional y los escudos de la casona resplandecían con el sol del mediodía.

UN MILAGROSO ABRAZO

Se suceden los días. Una mañana, a otra mañana, sorprende el palacio de los Golfines en eterna guardia, febril y ajetreada, como símbolo vivo de las esperanzas de España. Los legionarios vigilan atentos por la casa, y todo el mundo procura, cuando el general permanece en la entrada, cubrir con su cuerpo cualquier trayectoria de atentado.

Pero Franco, absolutamente tranquilo habla en el zaguán con voz cálida y fervorosa. Viste de caqui, fajín colorado y gorra de legionario, y su color moreno, cebrino, color que deja en la cara el poderoso sol de Africa, le convierten en una estampa juvenil.

Y mientras almuerza, está lejano, ensimismado, pendiente de cualquier avanzadilla o acariciando el recuerdo de cualquier héroe. E inconscientemente toma los palillos de forma automática y los rompe entre los dedos.

Las noticias desventuradas las recibe inmutable dueño de sí.

Y el día 23 de septiembre se produce una de las más emocionantes ofrendas que Franco inmoló a la Patria. Una ofrenda que demuestra de modo purísimo, incontrastable, su ilimitada entrega a España, su total renuncia a sí mismo.

A las cinco de la tarde llega al palacio doña Carmen Polo, esposa del general, acompañada de su hija, en un viaje agotador des-



Mesa y despacho que utilizó Franco durante su estancia en Cáceres

de Canarias. Don Gonzalo entra en el despacho de Franco.

—Mi general, ha llegado su esposa.

Franco levanta los ojos. Un brillo nuevo le llena la mirada. Su corazón se desborda. Pero la victoria es sólo un camino para héroes, un camino de renunciación. Y contesta:

—Aún tengo que recibir varias visitas.

Y doña Carmen Polo espera más de una hora al pie del zaguán. Ella, dentro de su corazón, sonríe y sueña. Y hay algo sublime y grandioso en la espera. Hay un milagroso abrazo, un milagroso recuerdo para todas las mujeres de España que esperan el retorno del marido.

EN CACERES SE FRAGUO LA CONQUISTA DEL ALCAZAR

Toledo. El Alcázar. Dos palabras que por aquellos días daban la vuelta al mundo rodeadas de heroísmo. El general Franco, desde la mesa de su despacho, prepara la liberación en absoluto secreto. El ejército avanza. Cáceres, España, el mundo entero espera el clarín de la redención.

Juan Millán Cebrian, redactor jefe del diario «Extremadura», a las tres de la tarde del día 27 de agosto, entró en la sala de ayudantes y le preguntó a Sangroni:

—¿Hay noticias de Toledo?

—No hay nada.

Juan Millán, falangista, volvió a las cuatro. Y a las cinco. Y a las seis. Y a las siete. Y recibió siempre la misma contestación. Cáceres esperaba. Cáceres creía. Cáceres tenía el pulso de una ciudad despierta.

Juan Millán volvió a las ocho. Aún, nada. Cáceres hervía. Cáceres preparaba su vestido de primavera.

A las nueve, Sangroni, sonriente, le dijo al periodista:

—Millán: El general le autoriza que ponga en una pizarra sólo esto: «Las tropas liberadoras se avistan en estos momentos con los defensores del Alcázar en medio de la mayor emoción».

Millán, con el corazón en la garganta, salió disparado, llegó a la calle de los Pintores y puso la pizarra y el comunicado. Aquello fué como un clarín. La noticia corrió de boca en boca, y los habitantes de la ciudad llevaron a la emoción de la mano, como un niño que abre por primera vez los ojos. El vecindario, dentro del

El despacho de los ayudantes en el palacio de los Golfines

corazón lágrimas, comenzó a subir por el barrio antiguo. Viejos, jóvenes, mujeres, legionarios, avanzaban hacia el palacio de los Golfines cantando el himno de la Legión y el Requeté entre sollozos. La madre abrazaba a la hija, y el hijo ausente estaba entre los brazos, muy apretado. Los viejos lloraban y sus pasos tenían una fuerza nueva, profunda, estremecedora. La ciudad moderna se quedó sola, desierta. Y la ciudad antigua era un hervidero de gente que sólo deseaba ver a Franco, llamarle por su nombre, llamarle así, sencillamente, por su nombre, como se llama siempre a lo que más se ama. Y en la calle de los Condes, en los balcones, en las callejuelas adyacentes, la gente se arracima y sólo pedía una cosa: Ver a Franco.

Dentro del palacio, la alegría también se desbordaba. Los oficiales, muchos de ellos formados en la Academia de Toledo, se abrazaban, y los gritos de «¡Viva España!» se multiplicaban.

Un comandante entró en el despacho del general Franco y le dijo:

—Mi general. ¡Toledo, liberado! ¿No oye el rumor de la calle?

Franco mordía el lápiz por la contera y estaba tan ensimismado que no le oyó. Se lo repitió de nuevo. Y se lo repitió varias veces más. Al fin, Franco le miró y le dijo:

—Tenemos guerra para tres años

He aquí algo grandioso. Una serenidad, una capacidad de reflexión y una visión política inigualable. He aquí el hombre: El que había de ganar la guerra y la paz. He aquí el estratega: el mismo que le dijo a Hitler en la entrevista de Hendaya que tenía perdida la guerra.

—Tenemos guerra para tres años.

Y a los tres años justos la guerra terminaba.

Franco salió al balcón. Era ya de noche. Y el contraste de luz entre la casa y los farolillos de las calles apareció en el mismo instante en que los gritos atronaron la calle. Todos se abrazaban, Falangistas con requetés, legionarios con falangistas. Y la emoción era hondísima. Franco habló al pueblo. Millán, el periodista, quiso tomar el discurso, y lo escribió, pero las lágrimas le caían sobre las cuartillas y al llegar a la redacción no pudo descifrar nada. Y después de Franco, Yagüe, el león de la Legión, como lo llamaban en Cáceres por su capellera blanca alborotada, dijo:

—Ya tenemos nuestro Caudillo. Ya tenemos nuestro Mando único.

No pudo seguir. Miles de gargantas le interrumpieron marcando un segundo glorioso para Cáceres. Gritaron:

—¡Franco! ¡Franco!

Así fué como el pueblo cacereño proclamó Caudillo al general Franco en la noche del día 27 de agosto de 1936.

Y con esta noticia Juan Millán volvió hacia la redacción del periódico «Extremadura» y llamó inmediatamente al diario portugués «D'Manha».

—¡Arriba España! Os voy a dar noticias. Toledo, liberado.

Los colegas portugueses tardaron en responder. Al fin respondieron:

—¡Arriba España!

—Hay más, Franco, Caudillo de España.

Así fué como se lanzó al mundo la noticia de que Franco era Generalísimo. Pocos segundos después todas las emisoras extranjeras repetían el mensaje y el nombre de Franco llenaba los corazones de esperanza y de fe en el futuro. Y aquel nombramiento espontáneo de Cáceres fue ratificado por el Gobierno de Burgos en un comunicado que se recibió en el palacio de los Golfines el día 29. Actualmente, en el piso superior del palacio existe un documento autógrafo de Millán Astray dedicado al señor Montenegro, que confirma el hecho y dice textualmente: «Diste tu palacio de Cáceres y tu adhesión ilimitada a Franco en aquellos días, los más difíciles y los más gloriosos en la Guerra de Liberación de la Patria. Desde tu balcón de los Golfines proclamamos llenos de amor y de fe a Franco: Caudillo de España».

A la mañana siguiente de la liberación de Toledo, una Bandera de la Falange cacereña desfiló muy de mañana ante el Generalísimo. Franco se la había pedido al capitán Luna (piedra angular del Movimiento en Cáceres) para salir hacia Toledo.

Los labriegos, tez curtiada, membrudos, desfilaron marcialmente ante la puerta del cuartel general. Llevaban cuerdas por portafusiles, porque no había tiempo ni material, y una morrala de costado en donde iban mezcladas las balas con el panecillo y la lata de sardinas.

Millán Astray, al verlos, cercano al Caudillo, decía:

—¡Qué terciarios...! ¡Qué terciarios...!

Y Franco despidió a aquellos hombres, que tenían tanta fe en él que se cuenta una maravillosa anécdota de un soldado cacereño muerto en combate. En su guerrera se encontró una carta dirigida a su mujer que decía:

«Si me matan no lores ni temas, que Franco no te abandonará».

Y para no abandonarla, para conseguir precisamente su libertad, Franco, Caudillo de España, partió el 3 de octubre de 1936 hacia la histórica ciudad de Salamanca, prosiguiendo su camino hacia la victoria.

Pedro MARIO HERRERO



NO volverá, no, ¿hacemos una apuesta? Porque lo que le ha ocurrido tú no te lo explicas, ¡pero es tan humano!

* * *

Recuerda dónde le conocimos los dos, en la Redacción de «Atardecer». Estrenaba bigotito el vivaracho Pin, que se movía como una ratita de seosa de que el gato la advirtiese servicial y atenta y la perdonara. Pocas luces intelectuales las de Guillermito Pin, lucecitas pálidas, un poco de portaje de «Los miserables», de Víctor Hugo, de la «Geografía» de Reclús, y de folletos de quiosco editados por agentes del comunismo, además de las últimas novelas rusas, o mejor dicho, urssianas, porque eran de la U. R. S. S. La broma le hacía cerrar los ojos, única manifestación de enfado de Guillermo. El cual, tímido, se atrevía a zambullirse en las discusiones de la Redacción para pronunciar estas frases: «Nueva vida», «Política económica» o «Revolución inminente», sacadas de la fraseología de su biblioteca.

Sabíamos que estaba afiliado a algo, el socialismo, la C. N. T. quizá; yo suponía que a Izquierda Republicana, que era el partidillo de los tontipudientes. En fin, radicalísimo de ideas y envenenado de pasto: un infusorio.

¿Y sus adelantos en el oficio? Encargado de las gacetillas, luego infla telegramas, llegó a contar los sucesos. Claro que dirigía sus miras al artículo de fondo

y hasta pergeñó tal cual comentario que el redactor jefe, al leerle con la risa embozada en la barba...: «¡Hay tanto original, amigo Pin!»... Ehrojecía Pin, orejas incluidas, saludaba, silbaba por el pasillo, los papeles en la mano, sin decidirse a tirarlos al cesto. Sí; un infusorio. Y entre sus correligionarios o afines, ni siquiera. No existía. El iba a los mítines (los oradores no le daban la mano al felicitarles echando por delante su «¡Redactor de «Atardecer»!»), para suplir su importancia. No le dieron cargos en directivas o comités. No figuraba. Para los zurdos, ni infusorio. Prueba máxima de su inocuidad, que siguiese en un diario que él mismo monicaco de imitación, denigraba como «cavernícola».

* * *

Figúrate lo que haría Pin desde el 18 de Julio... Ponerse una de aquellas canadienses ajustadas con cinturón pistolero de cazador de hombres y cruce de cananás con balines sacar, el bulto y darle tocino al incipiente bigote para que le creciera espeso como el del «tío José»; encasquetarse una gorra con estrella o sigla política, incautarse de algún piso, escribirrear en pasquines y organillos «de la opinión» y presumir en los cafés escupiendo cáscaras de semillas de girasol entre el «No pasarán» y el «Si lo sabré yo, que he hablado con Lister». Cosas como esas. La parte de los «primos» en la guerra. No tan primos, porque en la guerra no saben de riesgos. «Primos», al fin, por coro general de la tragedia, hacer bulto nada más y servir de eso que en el reparto de papeles se atribuye en las convulsiones rojas a los «primos»: ser «amas».

De otra cosa no era capaz Pin: ni de asesinar ni de, como nosotros y ellos decíamos, «jugarse el bigote» en las trincheras. Si rebuscas en los periódicos de aquellos treinta y tres meses, no encuentras ni rastro de Pin. Me lo figuro (lo mismo que en «Atardecer»), cuartillas en mano, huído del despacho del «responsable» o directorcete, «Hay mucho original, compañero», sin saber si sepultar su prosa en el cesto. Me le figuro inflando falsos telegramas, o pegando gacetillas... ¿Y después?

* * *

Después Pin se convierte en héroe. Así como lo oyes. Le da miedo quedarse en los Madriles porque

AMARGURAS Y TRIBULACIONES DE MI AMIGO PIN

Novela por Tomás BORRAS



él mismo cree a cierraos la propaganda que elaboran a su lado periodisteros y mendazlocutores: los moros se comen crudas a las mujeres, todos los izquierdosos serán enterrados vivos, los niños sirven de aperitivo al Tercio, los falangistas han inventado una máquina que corta en rodajas a los rojos para venderlos como mortadela. Pin se fuga.

Forma parte de las masas—él, «masa» solamente—que arreadas por sus verdugos, después de arrearlas a servir de carne de cañón o de calumnia las arrean al castigo y las arrojan a la explotación de otros países. No ha sido Pin de los que huyeron con las maletas reventando de alhajas ni de esos que en los Bancos de París o London se habían situado, previsores, parte de los miles de millones robados al ahorro. ¡Pobrecillo Pin! Sufrió las vejaciones, el hambre y el látigo con que sus amigos los franceses, o el desprecio y la negativa con que sus amigos los ingleses, o la esclavitud con que sus amigos los rusos premiaron su servidumbre a la Antiespaña. Salió a gatas hacia Méjico. Y allí, ¡un héroe!, como te he dicho.

* * *

Allí no llegó Pin como fracasado en Letras y Periodismo, sino como un Intelectual-Defensor-De-La-Libertad. ¿Comprendes? ¿Qué sabían de Pin en Méjico, ni si valía o no valía más que para llevar cartas al correo? Era uno de los Derrotados-Por-El-Oscurantismo—El-Despotismo—El-Fascismo y El-Canibalismo. Su figura, símbolo, arquetipo. Ven en él al Pensamiento-Aherrojado-Y-Aplastado. Puesto que en España no cabe Pin, es que España le está a Pin pequeña. Si España le expulsa, es que España le teme. Si Pin mantiene sus convicciones y por el triunfo de ellas trabaja, es que Pin se sacrifica a «la idea», es un hombre puro. Si devuelve Pin las frases manidas y los conceptos vagos de su bibliotequita de quiosco, es señal de profundas meditaciones, y de elaboración crítica exigente su palabrorrea.

¡Tragicomedia! El hombre es en sí, pero según su escenario. La escenografía alrededor de Pin eleva su figura aureolándola de luz. Los semejantes a Pin exaltan a su semejante por esa ley de necesidad de individualidades que sienten las masas. La

aureola de Combatiente, de No-Rendido, de Perseverante, de Mente-Preclara, de Luchador-Por-El-Ideal-De-La-Humanidad, le da Pin. Joven-Capitán-De-Pueblo, proporciones de estatua viva. Por su parte, nuestro infusorio Pin, ni infusorio, emplea su imaginación en ampliarse a sí mismo, ya todo importancia y sentenciosidad, ya líder entre abier-tas bocas papanatas.

Forma parte de las Juntas-Superiores-De-Organización; se ve su pseudoprosia en los periódicos, habla en las Asambleas, pasa sibilino entre las multitudes. Ya está calificado. Ya es uno de los que cobran, aleccionan, preparan el desquite (ellos le llaman «segunda vuelta»), viaja de unos centros de conspuración a otros, forma parte de los Comités Supremos, del Parlamento que se reúne en una alcoba con baúl y palangana, está en la lista de los ministrables y relevos de jefazos. La importancia del Perseguido Pin, uno de los que van a derrocar a Franco, sube a su altura mayor.

* * *

Y es cuando a Pin, en secreto, se le desarrolla aquella nostalgia de Madrid, de España, que ya sintió cuando entre alambradas, pateado por los tacones de los senegaleses de Argelés, creía vislumbrar allá mar afuera, los guifos de los faros catalanes. Pin es un primate, un mandamazo de la rojez expatriada, pero no lo puede remediar. España, naturalmente, es un caos horrendo: todos los días tiene Franco que clavar la artillería en las calles para que ametralle a los rebeldes; cómo famélicas se enroscan alrededor de los edificios, pues falta lo indispensable; parecen víctimas de enfermedad misteriosa los mayores de diecinueve años (la fuerza muscular del país); se fusila los martes, jueves y sábados; cada paría, antes ciudadano lleva una mordaza de esparto forrada de peluche. Sí; es verdad. Pero a Pin le hace cosquillas un no sé qué, un algo que quizá le llame..., ¿cómo lo podría denominar? No se le ocurre.

Los que han regresado a España, desengañados o amantes, no escribieron, a pesar de sus promesas. ¡Naturalmente! Los habrán eliminado o se pudrirán en las mazmorras inquisitoriales. Es cosa de días que estalle la revolución, tendrá que esperar muy poco para entrar en Madrid, como jefe, con la lista de detenidos de su preferencia. En Méjico los «exilados» le miman, reverencian, obedecen, admiran. Y a su pesar, y a pesar de su acenso a Hombre-Histórico..., ¡esa España!...

* * *

Curioso que haya quien goce con sufrir. El alma de Pin, un alma de poco peso específico, después de todo es un alma de Dios y padece del Pecado y siente la Gracia. Entre la Gracia y el Pecado, el alma de Pin oscila, sufre y goza. Tiene miedo al acercarse a la estación de Irún y delira de júbilo. Van a hundirle de por vida en un «in pace», van a «cargársele», como dice con exquisito léxico; pero exulta al tocar ya con la mano lo que le inunda de inefable emoción. ¡Cuando sepan en la frontera que él es Pin, el adversario temible, el debelador, el futuro justiciero de la «segunda vuelta», no le dejarán escapar! ¡Si se volviera a Méjico!... No. Perecerá gritando la frase que lleva preparada, será un Mártir-De-La-Conciencia-Sin-Cadenas, cincelarán su nombre en oro cuando los suyos rescaten la tierra perdida, el primer monumento en mármol será para él... «¿El pasaporte, por favor?» Es un guardia civil. España. La España de Franco. ¡Perdido, aniquilado por ese morboso tirón que da España, su sentimiento incoercible!... Pero hay que dar la cara y caer, gallardo.

* * *

—Gracias.

El policía, detrás de la mesa, le contempla sonriente. Atrévase el personaje, sudando:

—¿Ha visto usted que... yo soy Pin?

Toma otra vez el pasaporte el policía, lo revisa.

—Está en regla, caballero; puede usted llamarse Pin tranquilamente.

Los guardias disimulan; Pin no sabe qué hacer con el pasaporte; los guardias le despiden la mano al borde del tricorno.

Irún, San Sebastián, Nadie le pregunta nada, nadie le estorba, nadie le hace caso! Va por donde quiere, charla, compra, es atendido por el camarero, que comenta algo del maldito tres a dos; unas chicas le dicen cosas amables mientras le fijan en la solapa un escudito de cotización; piensa que desde San Sebastián puede escaparse a Francia...

RECETARIO DE COCINA

CARNES Y PESCADO SOPAS HUEVOS ARROZ PESCADOS VERDURAS CARNES Y PESCADO SALSAS BEBIDAS PASTES



Siga mi ejemplo, adquiera estos productos



PUDINES Royal

RIERA MARSÀ S.A.

BARCELONA MADRID VALENCIA SEVILLA

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA

de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por

INDUSTRIAS RIERA MARSÀ, S. A.



cuando vayan a detenerle. Por la noche compra todos los diarios, los revisa, minucioso; en ninguno aparece el nombre esplendente de Guillermo Pin.

Es que en San Sebastián no le conocen. En los Madrides, él tan popular... «Allí será lo que ha de ser.» Pero habrá visto por vez última a España, ¿no? A Pin le sabe el aire a caramelo.

Claro que le conocemos en Madrid. Lo menos quinientos o veinte personas.

—¡Hombre, si es el famoso Pin!—dice uno.

Famoso: hasta Madrid ha llegado el eco, a pesar de yacer incomunicado con los pueblos libres.

—Pues...—carraspea Pin—. Desde que salí por Méjico...

—Oye, Pin, ¿tú vas el domingo a ver a Peralta? Permite. Tengo que contarte lo que he hecho en París y en Méjico, capital. Mientras vosotros aquí...

—¡Ah, la guerra! ¡Hombre, por Dios! ¡Si cada uno de más de treinta años ha vivido su novela de guerra! Y algunos de veintitrés. ¿Qué nos vas a decir que no sepamos?

—Que vosotros lo veis desde este lado, y yo desde el que supieses que en el otro lado...

—Pero hay otro lado?

La tertulia renueva sus dos polémicas. A la derecha discuten los cuadros que ha presentado el Ministerio de Gramática en la Bienal. A la izquierda desenredan un hilo de gramática sobre si es modisto o modista, periodista, novelista o novelista, periodista. En el centro, una poeta o poetisa cubana sonríe con desconfianza de Narciso enarcarizado; uno de los contertulantes lee sus versos en «Poesía española».

—No sabéis nada de lo que hace el mundo de los exiliados...—

—Exiliados—los gramaticantes, los modistos, los periodistas, los novelistas, los poetas, los poetas, los poetas... Su fidelidad al programa que defendieron en el día 18 de julio... se oye confusamente Pin en el hervor de las conversaciones. Sacrificio... método subversivo..., energía...

Los demás, observarlo le humilla, no le atienden. Fuera están las acacias temblorosas a cada trepidar de camión. Está el cielo alto, transparente, por el que navega un ágil delfín de aias de aluminio. Están las muchachas sentadas en lo ralo, boscoso de la avenida, el cigarrillo cenizándose mientras proyectan ir al Guadarrama a ver si queda nieve, con un despechugado chicarrón de espaldas robustas. Está la calma, la suave calma de la tarde de domingo, transida de deslizamientos de esquife, automóviles anchos, roce de seda en el asfalto. Están los escaparates deliciosos de armonía llamando a los ojos del que pasa con su lujo de colores y su orden artístico de «naturalezas muertas». Y dentro del café está la guasa de aquellos inteligentes que saben ponerle un ribete de sencillez a lo abstruso y de salero a lo actual. Pin se revuelve; aquellos burgueses, aquel ambiente colmado de bienes tranquilos, le incita a la protesta al mismo tiempo que le agrada. Pues parece que él no forma parte de un consenso general para no alterar lo estático, la eurtimia del moverse de aquel Madrid cosmopolita en cuya paz se siente intruso, mas cuya paz le gana y la encuentra más agradable que si escuchara tiroteos de «los suyos» contra «los tiranos». Le capta el ambiente y se siente intruso, pues no ha colaborado ni colabora en él. Da un pufietazo en la mesa al levantarse, violento.

—¡Yo no soy un capripedo y protesto! ¡Es intolerable!

El que lee «Poesía española», seguido en su parpadear por la fijeza de las pupilas melosas de la poeta-poetisa, levanta el rostro, mira a Pin y continúa la lectura. Los demás suceden su polémica y murmuraciones.

—¿Ha dicho capripedo? ¡Vaya cultura química!

—Lo he dicho, y diré que os creéis que habéis llegado a la cúspide... cuando no hicisteis sino cometeros, serviles. Nosotros representamos...

—Esto hay que celebrarlo. ¡Camarero!

—Traíganos un capripedo.

—Pero con cúspide.

—Pin, siempre nas sido inenarrable. Venga de ahí.

—Vais a oírme lo que no ha dicho nadie de la situación.

—¡Lo que decimos nosotros de la situación! ¿Sabes el chiste del sombrero hongo y el peón caminero?

—¿Y el de la capa parda?

Le dejan de pie les mira; ellos han vuelto a sus minúsculos debates, a reírse con salud de escándalo, a descubrir las macas del último concurso, a contar —el que lo ha visto— lo que sucedió en la reunión de los tenientes de alcalde: Madrid picaresco que da y quita, y roe.

Pin se ha callado, sigue en pie, le sorprende la audacia de los chismosos, sacapuntas, cuentatios, despellejadores. ¡Si alguien del equipo de escuchas que tendrá el Estado estuviese allí entre ellos! Por la noche desaparecerán los que han dicho con dicharacho lo del embajador y el marqués. Así se va quedando España sin juventud. ¡Locos! ¡Y él también loco por haberse metido en la boca del lobo!

—Me parece que os excedéis, que se exceden ustedes...

—¡Si a Franco le hacen tanta gracia como a nosotros los sedices!

—¡Pues no se ríe poco!...

No se da por vencido Pin; quiere, como le gritan, «colocar su disco», «su rollo».

—Ya que os veo en esa disposición, preludio de un sentido liberal y consciente, sabed que yo he hecho...

—No nos irás a decir que has hecho una cústide.

—¿Pero es que no habéis leído «El Desquite» ni el «Boletín del Consejo Central de los A. F. G. N. R.»? Claro, vivís enredrados...

—Sobra una erre.

—¿No os enterasteis de que yo, Guillermo Pin y Pin tengo la categoría de Secretario General Adjunto de la Directiva Permanente de la Fusión Universal Antifascista?

—Pin y Pin, pinipin, pinipán... Pin, eres un estribillo.

—No lo sabíamos. Nos cuidamos mucho, Pan Pin. —Os sorprenderá la revolución. Yo vendré con ella.

—Entonces don Blas Pérez puede dormir tranquilo, Pinipinillo.

—En vinagre.

—¿Cómo os veréis de cerebros, Pin que tú eres esa cosa tan larga!

—Se despidió:

—¡Abur!

—Por lo menos podías convidar a una ración de capripedo enrrredrado con setas. Pin, no eres elegante.

* * *

Fué al Ateneo, a dos Redacciones, escrutó el palpitante del trabajo, la tensión, agitada actividad de torrente de autos y gentío se erguía con orgullo (y contrariedad) ante los edificios mayestáticos. Madrid, como España ágil y recién vestida. Era difícil ver a cualquiera, ocupadísimo todos, tan sólo en los últimos cafés, viejos cafés que se resistían al cambio de costumbres, las inmutables tertulias en las que algún superviviente de «Atardecer» le presentaba:

—El señor Pin.

—Tanto gusto.

Y nada más. Su nombre, su condición, no preocupaba a ninguno de las peñas—muchas escritoras, y pintoras, y universitarias entre los estudiantes escritores y pintores—, diálogo serio con cargada estrepitosa.

—Cuando fui a la guerra y luché contra ustedes...

—¿Ah, sí?

El que se lo dijo un caballero mutilado, le propuso una partida de ajedrez. En el Ateneo le pidieron un original para una revista de cuestiones económicasociales, se le acercó un redactor de «El Español» invitándole a escribir una crónica sobre «La vida de los españoles fuera de España». Aceptó: ¡comenzaba la lucha!

A la semana, el artículo sobre mejoras obreras, explosivo en su opinión, se lo devolvían con excusas cargadas de desdén literario, y además, «En España lo que pide usted está rebasado, lo hemos resuelto, lo que usted dice queda anticuado.» Al estudiar la revista: «La verdad es que éstos escriben bien y dicen cosas... y han hecho cosas», reflexionaba. No envió lo de EL ESPAÑOL, desconcertán-

dose; volvió a sentirse extraño por ajeno a la eléctrica actividad que zumbaba a su alrededor... «¡No paran los teléfonos! El teléfono es un martirio para el español de ahora!»

Ya no iba a ninguna parte. El director de «Primera Línea», antiguo compañero suyo de «Atardecer», le saludó como todos, al encontrarlos con la misma naturalidad que si volviese de Pozuelo:

—Bueno, Pin, veinte años sin vernos. ¿Sabes que tengo dos chicos? ¿Y tú?

—No me he casado. Me dediqué a la revolución por entero.

—Bien hecho. Nosotros también estamos en plena revolución. Date una vueltecita por España, hasta por las aldeillas, y verás canela. Otro país, el que no sea revolucionario es un zángano que no tiene sitio en la comunidad.

—Me alegro oírte.

—La frase es de José Antonio.

—Eso facilita mi pretensión. Escucha, quiero entrar en tu periódico, haré una sección en que hable con la voz de los que no están conformes.

—Sería interesante, Pin. La crítica ayuda. Después de todo, la obra humana siempre tiene defectos. Me has dado una idea. Voy a empezar una sección de examen riguroso, de análisis, de ver cuanto esté medianamente realizado para que, aireándolo, lo corrijan. Es una colaboración al esfuerzo ajeno, y el lema que llevamos tatuado en el alma: ¡Nunca estar satisfechos, siempre hacer más!

—Entonces... —brilló en los ojos de Pin el destello agudo de la esperanza. Le gustaba, sin abdicar, ponerse al trabajo por... Sí, España, después de todo... Y así desaparecería aquella sensación de estar ocioso, de no encajar, de sentirse ajeno, de oír que algo le reclamaba y no hacer caso... Desagradable... Pero colaborar con el enemigo... Aunque lo que hacía el enemigo era engrandecer España... y España era suya, de él.

—¿Tú no sirves para eso, Pin. ¿No te acuerdas? Si necesitas vivir, te puedo dar un sueldo. Trabajo de redacción, ya sabes.

Ya sabía: gacetas, sucesos, extractar o inflar telegramas. Y sabía que no sabía más que hacer eso.

* * *

Vivía en una habitación alquilada a la señora digna, triste, de cabeza blancoplata, siempre abatida sobre la labor. Un pisito de dos balcones, casa antigua, cerca de la glorieta de Chamberí. La señora triste, blandamente triste, tenía una hija.

—Manolita, que no se nos queje el señor; atiéndele en todo; ya sabes lo exigentes que son los extranjeros.

Esto lo había oído Pin desde su cuarto. El vocablo «extranjero» le rozó la cara como un latigazo. Desde entonces alardeaba de español ante las damas y mujeres. La hija era cajera de una perfumería; por la noche estudiaba inglés. Miraba al «señor» Pin con admiraciones multiplicadas. ¡Un «señor» que había visto América!

—Nosotros los españoles —recalcaba Pin— nos encontramos en Méjico con una España repetida, aquello fué llamado justamente Nueva España. Doña Encarnación, la madre y su Encarnita admiten los conocimientos de Pin. ¡Qué instruido!, claro, ¡había viajado!, pues el que no viaja poco sabe del mundo.

Encarnita era sensata, modesta, hábil; cualidades físicas, las corrientes, aunque, como las rosas a media tarde, un punto había en ella que comenzaba a marchitarse. La señora triste no temía por provenir, como se temía en sus tiempos, «En mis tiempos, les informaba a las vecinas, la mujer tenía más que dos dilemas, o casarse o meterse en monja. Hoy, gracias a Dios, la mujer tiene muchos dilemas, puede hasta elegir trabajo, y como todo está tan bien organizado, la vejez asegurada.» Pin se enorgullecía, cosa que inmediatamente se reprochaba. «En verdad que el laborioso, como dice él, va para amo. Claro que nosotros hubiéramos hecho mucho más.» Le quedaba en el trastorno la duda: «¿Lo hubieran hecho? ¿Por qué no lo hicieron?» La alternancia de regusto y admiración por lo que veía en España, seguida de enfado e inmodestia, era el suave tormento de Pin. ¡Antes de dar su brazo a torcer, que le chingasen! ¡No diera nada, no se entregaría.

Así como hay afinadores de piano, Pin era profesional de la revolución. Cuando hay que hacer la revolución, esos hombres son revolucionarios, cosa lógica. Cuando se está haciendo la revolución sigue en sus trece.

Cuando la revolución la hacen otros, se en-

plan en revolucionar contra los que revolucionan. Se veía Pin un poco en ridículo. Le iluminó un punzante dardo: «Si éstos hacen la revolución y yo digo que quiero hacerla, ¿por qué no la hago con ellos?» Como ante una tufarada de mal olor, hizo «Puf!». ¿Qué dirían en los Comités de Enlace, en el Parlamento de baúl y palangana y en los Grupos-Supremos-Para-La-Emancipación-De-La-España-Mártir-Y-Sometida-A-La-Opresión?

¿De verdad era revolucionario, además de profesional tozudo de la revolución? Se miró al espejo. Tenía ya cerca de los cincuenta, los dientes, con una peliculilla debida al tabaco, griseaban los aladares, se embarnecía con la papada. En su juventud, la de sus intentos frustrados en «Atardecer», era pacífico, tímido, un poco comido de ambicioncillas modestas. ¡Cuando fuera director de «Atardecer»! ¡Cuando tuviera un auto pequeño! Después, la vida le subió como flota el corcho en la cresta de la ola, a su pesar; a pesar de la ola y del corcho. De sucesos tales hay cuenta de mil en las revoluciones. Héroe por fuerza o héroe verdadero, ¿quién iba a discernirlo? El caso es que estaba en la cúspide, le gustaba el vocablo, y si no sostenía el tipo, si no seguía siendo revolucionario, caía otra vez en el apagamiento, en lo burgués lindante con lo menestral, en el mediano pasar y la vulgaridad del vulgo.

¿Comprendes cuáles eran las amarguras y tribulaciones de Pin en este 1956, a los veinte años de revolucionario, quisiera o no quisiera?

* * *

A él le tentaba aquella callecita chamberilera, alegre, poco chula pero simpática y sonando a tin-tin de talleres, con muchos mozalbetes vestidos de «mono» azul y una actividad de ir todos con prisa, «como a apagar un fuego», que era el dichoracho. Reflejaba el pensamiento de su vida en los ojos un poco miopes de doña Encarna: tranquila vida, un empleito, la regularidad, la salud, las costumbres pacatas, el cuidado afectuoso de las dos mujeres. Y en los ojos castos y leales de Encarnita, la muchacha hacendosa, corriente, estaba el reflejo de la vida que se le ofreció cuando traspuso aquel umbral de casa vieja del viejo Chamberí. El hijo tardío, por ello hijo de mayor ternura, el estar a bien con Dios y con su conciencia, el calor femenino de aquellas mujeres... Además, entrar en la máquina gozosa de hacer, de crear, de elevar, sentirse uno de los que establecían la España realizada... La tentación era suavioria, continua.

Estaba seguro de ser aceptado. La señora anciana le mimaba como a hijo; la moza, que iba para madura, algunas veces se le quedaba mirando, admirándole; a él, a Pin, que nadie en los Madriles tuvo por más de número del padrón, la insignificancia.

—Va usted siempre de luto, doña Encarnación.

—Sí, señor, sí, aquellos infames... Usted no estaba aquí cuando lo del Cuartel de la Montaña, ¿verdad? Hace tantos años... Pues, verá usted, ya nace veinte y, ¡las cosas!... todo se olvida.

—Estaba en Méjico—mintió Pin, para sonsacarla.

—Mi marido y mi hijo eran de los que llamaban de derechas. No se metían en nada, ¿sabe usted? El chico tampoco, aunque, claro, sus compañeros...

porque estudiaba en la Universidad, y claro, allí había de unos y de otros... Para no cansarle, un amigo de mi hijo llegó a casa aquel 20 de julio, que no se me olvida, tan pálido que parecía de papel; en la mano llevaba la sangre, apretándose el costado. Era uno de aquellos chicos de José Antonio y había estado en los tiros; ¡qué sus'o, santo Dios! Nos pusimos a curarle; él decía que no le llevaríamos a la Casa de Socorro; en seguida dieron con él, habían visto la sangre, le vieron a él, subieron... no lo quiero pensar.

Ya no lloraba la señora, suspiró tan solo.

—Se le llevaron, se llevaron a mi marido y a mi hijo, diecinueve años, qué crueldad, por hacer una buena obra...

Terminó:

—Nos quedamos solas, y gracias que Encarnita ha salido lista y formal...

Encarnita puso el epílogo:

—Como somos católicas, aunque nada beatas, perdonar, les hemos perdonado. También ellos habrán sufrido. Y, sobre todo, cuando se mueran, cuando se encuentren con la Justicia Divina...

Pin salió sofocado de la conversación. Al día siguiente preguntaba a la chica:

—Dígame, usted tendrá novio, ¿y no se casa? Valiente tonto. Si estuviese yo en su lugar...

—Si estuviese usted en su lugar, haría usted



como él, pues como no existe, no puede hacer nada. Y le miró con seriedad, con fijeza amable, atrayéndole.

Entonces intervine yo, que me encontré a Pin, como se le iban encontrando los antiguos amigos, pues él había «dado la espantá», era su frase, de los antros de Literatura y cháchara. Sentía que se marchase, me hacía reír su revolucionarismo, que le llevaba para siempre, como quien tiene un lobanillo. ¡Si Pin pudiera extirparse aquel lobanillo de lo revolucionador!

—Soy mal sondeador de caracteres humanos, te lo aseguro. No calculé la fuerza del contrapeso.

* * *

Porque los dos dilemas, como diría doña Encarna, eran clarísimos. Pitágoras inventó aquello de la Y griega cuando se sigue un camino y el camino, en cierto sitio, se bifurca y lleva a parajes opuestos; símbolo y esquema del curso de la vida.

Pin estaba en el punto de bifurcación: a un lado, la boda con Encarnita o con cualquiera de las pizpiretas, honradas, buenas esposas a su alcance, y un trabajo bien dotado, y en seguida la serenidad, la calma de los años, y el hijo. Lo que se llama, entre gente modesta, la felicidad, y quizá lo sea. Del otro lado, su forcejear en el vacío con un fantasma, con el desquite, el triunfo, la «segunda vuelta». Así planteaba yo el dilema, uno, aunque doña Encarnación dijera lo contrario, según las confidencias de Pin cuando le sonsacaba.

Y le prediqué, y le hice compañía por esos paseos solitarios, que parece que la Naturaleza está en la conversación y aconseja con su sabiduría de eternidad. Pero te digo que soy mal psicólogo y que se me escapaba una reacción que primaba sobre todo ventajas, razón, felicidad. Esta: que Pin había saboreado la gloria.

Sí, recuérdalo. En un ambiente minúsculo, tanto da para la vanidad propia, era célebre, buscado, considerado como primata aclamado... El contrapeso, amigo mío. El me confesó cuáles eran los resultados de sus soliloquios: no le esperaba en España sino ese vivir sin relieve, «la escondida senda» que satisface, quizá, a los que no conocieron la aclamación, el renombre, la propaganda; proyectándoles a primer término. Pin era un personaje a escala de mosquito, pero personaje. Aquí, aun, con todos los logros, un Don Nadie, otra vez: Salí de la absoluta oscuridad, ahora gozaba la relativa pública grandeza. No quería volver a formar en el montón.

* * *

Hablé con Encarnita, y entre los dos compusimos un plan astuto. Para Encarnita era la solución Pin; para Pin, Encarnita la mujer perfecta. «¿Vamos a ello?», la pregunté. Antes, informándola, la advertí de cual era el problema de bifurcación que a Pin se le presentaba:

—Míre usted, Encarnita, él es un político, o se lo cree, y ya sabe usted que alrededor del político funciona una máquina que cierto Villiers llamaba «del éxito». Como para ser político del grupo de Pin no se necesita sino desparpajo, suerte, comedia, cara dura, resulta que Pin, buen muchacho, se cree un Pi y Margall. Aquí, en los Madriles, es el auténtico cero a la izquierda. Resultado, que sobre su vanidad actúa fuertemente el tirón de ser el Pin de la fama y no el Pin de la penumbra.

Ella, pues las mujeres siempre son sutiles, en cuanto conoció la vida anterior de Pin y sus falsos milagros de Méjico, apreció otro matiz en su torcedor:

—A mi parecer, lo que le ocurre es que está re-

sentido con esto, porque aquí no se le ha dado importancia; no, como usted cree, por su propia persona, sino por su calidad adquirida en el destierro. Si le hubieran metido en la cárcel al llegar, ahora estaría encantado y se quedaría con nosotros.

Es cierto, era cierto: Pin sufría por la indiferencia que le rodeaba en cuanto revolucionario. Si Franco publica un decreto al llegar Pin, declarándole enemigo número uno, él se hispa, su orgullo se satisface, la proyección de su personalidad se agiganta a sus ojos..., y agradece al adversario que le considere de magnas proporciones. Pero aquel: «¡Hola, Pin!» «¿Usted es rojo, ¿y qué? Eso no tiene importancia», con que le acogieron, le desagradaba, y, como rebote, volvíase hacia donde era apreciado exageradamente, adonde se le cotizaba.

—¿Y qué hacemos?

—Usted verá. Yo, como comprende, no voy a dar ningún paso. Soy mujer.

Di yo los pasos para fingirle a Pin que le perseguían, que estaba metido en un complot que la Policía se daba cuenta de su peligrosidad. Man de unos panfletos en ciclostil a doña Encarna y a dos amigos del ex redactor de «Atardecer»; le mostré a Pin uno como si acabase de llegarme por el correo.

—Bueno, te han conocido. Al entrar en España no se dieron cuenta de quién eras ni de lo que representabas. Pero, ya ves, se anuncian cosas que tú diriges, y eso indica que se te teme. Debes andar con cuidado.

Fallé, asimismo, en mis cálculos. Que no soy capaz de comprender las reacciones del carácter. Encarnita me puso en el carril, yo desarrillé... pues Pin era miedoso, cosa propia de revolucionarios profesionales. Mientras la revolución es hablar, todo va bien; en cuanto se pasa a los hechos... Pin adelgazaba.

—¡Maldita sea! ¿Y cómo me atribuyen cosas que no he hecho? He venido a descansar, digo, no, he venido a orientarme, a observar la situación para después deducir... Pero, ¡qué diablos! ¡Mira que creerse que voy a meterme en líos!... ¿Qué te parece que haga?

Le aconsejé que fuese a la Comisaría a sincerarse. El comisario leyó el papelín, habló con el revolucionario peligroso, dedujo:

—Esto es una broma. Si vuelven a molestarle, dígame, y verá como damos con el ovillo. Por de pronto, no haga caso. Y si quiere que le acompañe un agente...

* * *

Entonces sufrió mucho más Pin que si le hubiesen sepultado en un calabozo, a pesar del canguelo que tenía. Era un desprecio avergonzante. Allí, en América, Pin amenaza tremenda, aquí, un «Esté usted tranquilo», que no intranquilizaba a nadie. Ceraba los ojos con su gesto de enfado, más que nutica. Se irritó:

—¿Es que ni siquiera merezco que se me vigile? Me mostraba periódicos mejicanos con su fotografía, elogios a su actuación «demoledora de sistemas ancestrales, caducos y podridos»; la serie de folletos en que Pin, organizador, cabeza visible de la libertad, emulaba a Lenin y a Cromwell.

—¡Y ya ves, en tus Madriles..., en mis Madriles, un fulano!

* * *

No volverá, no, ¿hacemos una apuesta? Doña Encarna, Encarnita, los discutidores de tertulia, los viejos que quedan de aquel «Atardecer», al par de meses se han olvidado por completo de que Pin rozó sus vidas. Yo mismo, y tú, si no hubiésemos encontrado en Pin un tipo curioso, no nos ocuparíamos de él. El defecto del Estado fue no hacer caso de Pin, como de los demás Pines y Punes. Gozan de la lástima romántica del que luchó y fue vencido, de la admiración de los afiliados a su misma línea, de la aureola del destierro, de la esperanza en que algún día cotizarán sus servicios, de las subvenciones de los cándidos republicanos; son ese «alguien» en que cada cual aspira a convertirse para gozarse en sí mismo. Todo ello sin riesgo, sin más que dejarse mecer y llevar por la corriente. No iba a cambiarlo Pin, no van a cambiarlo los demás Pines y Punes por el peligro, si hay que echarse a la acción violenta, por el adocenamiento ramplón si se acepta el vivir corriente y moliente de todos. La personalidad es un crédito, y el crédito hay que justificarlo. Y la ilusión de oro vale más que la humilde realidad.

Pin se fué para siempre, le ha perdido España. ¡Adiós, Pin!



"CENTINELA DE OCCIDENTE"

UN LIBRO PARA EJEMPLO DE LAS FUTURAS GENERACIONES

Luis de Galinsoga y el general Franco Salgado han escrito una interesante biografía del Caudillo de España

CREO que aquí está virtualmente todo: «Yo soy el centinela que nunca se releva, el que recibe los telegramas ingratos y dicta las soluciones; el que vigila mientras los otros duermen.» Una orden para sí mismo. Una orden íntima, inflexible por consiente, dictada a la luz del propio espíritu, del espíritu de servicio hasta el sacrificio. Así, cuarenta y siete años.

—Cuando hace unos meses—dice Luis Galinsoga—expuse al Caudillo el propósito de publicar este libro, leí y propuse como lema esas palabras de un discurso de 7 de marzo de 1946. Lenta fue la lectura. Y pude observar que sus ojos se humedecían.

Oía palabras con jugo del duro batallar de su vida.

—¿Autorizó?

—No dijo que no.

Luis de Galinsoga, intuitivo, agudo y ágil, explota pronta y profundamente la brecha sentimental. Descubre el hombre sensible.

—Exigente, muy exigente—interfiere el teniente general Franco Salgado—. Pero humano, muy humano.

Dos rasgos más de su perfil. Exigente con exigencia que comienza en sí mismo. Humano, muy humano, empezando por los demás.

—¿Cuándo, lo ha visto, mi general, más emocionado?



El teniente general Franco Salgado y el periodista Luis de Galinsoga, autores de «Centinela de Occidente»

El teniente general don Francisco Franco Salgado Araujo ha estado treinta y cinco años y seis meses de régimen castrense junto al Caudillo. Más de media vida. Uno, el Generalísimo, nació en El Ferrol el año 1892; y el otro, el teniente general Franco Salgado, también nació en El Ferrol en 1890; dos años más. Paisanos y parientes.

—En el momento de enterrar los cuerpos de los legionarios.

—¿Qué hacía, qué signos observó usted?

—Su voz, sus palabras. Procuraba no faltar al entierro del



El Caudillo transmite una orden por su ayudante el coronel Franco Salgado. A la derecha el Generalísimo junto al vagón de ferrocarril que servía de Cuartel General, en compañía de los tenientes coroneles Franco Salgado y Barroso

mas humilde y casi siempre hablaba.

Y es que el hombre, el ser humano, desde el abatido por la angustia o la amargura hasta el más preocupado por su función, constituyeron y constituyen el objeto principal de su atención dentro de los cauces, de los límites del deber y de la justicia. Intensa, variada y excesivamente peripécica es su vida activa, y en ella todo el hombre ha ido por delante de su punto de mira. ¿No dicen esto las jornadas heroicas de la retirada de Xauen, de «Xauen la triste», aquella maniobra genial de Franco, aquella magistral lección militar? Mujeres europeas mal trajeadas y agobiadas por un rebano de chiquillos, barraganas pintarrajeadas, familias de soldados, jornaleros, hebreos, soldados macilentos. Todos en torno y pendientes de una voz. De una voz que había ordenado hasta pintar los tortuosos senderos por donde ir, sin equivocarse, en las caminatas nocturnas. La misma voz, el mismo jefe que, ya Generalísimo de nuestra Cruzada, en lucha de armas en el campo, en lucha de reconstrucción dentro de pueblo y ciudades, en lucha sutil y de dignidad y honor con el exterior, se ocupa personalmente de la distribución de los donativos llegados para los combatientes: tabaco, mantas, ponchos... Y en pleno fragor, cuando la ley es la fuerza del más fuerte y se busca como sea la rápida solución, ordena ante el cerco de Bilbao: «No quiero poblaciones destruidas con víctimas inocentes; prefiero tardar más en ocuparlas que hacer un daño innecesario.» El hombre está siempre ante su punto de mira. Hasta el hombre caído, el vencido. Caminando por los caminos de nuestra guerra, sereno y vigilante, centinela sin relevo, en su coche iba el asesor jurídico para estudiar en horas libres las causas de los condenados.

—Nunca despachó ligeramente. Siempre estudió y muchísimas veces mandó revisar expedientes.

Y recuerdo ahora la frase que en cierta ocasión me refirió el conde Marsall, artífice del Patronato Nacional de San Pablo para Presos y Penados, a quien Franco dijo:

—Cinco minutos quiero entre la exposición de una necesidad y su solución.

Así fué, así ha ido por todos los frentes donde hubo hombres con sus circunstancias. Atento al detalle, valorando su angustia, calmando en lo posible sus ansias, velando por él.

—Un día antes de aquella difícil y gloriosa retirada de Xauen —recuerda todavía emocionado el general Franco Salgado—, el entonces teniente coronel Franco Bahamonde, que como jefe iría luego en extrema retaguardia, entre tiros y acometidas del enemigo, sediento de sangre, tuvo tiempo, no sé cómo ni de dónde lo sacó, para reunir a los capitanes y exponerles un modelo de contabilidad de la compañía.

—¿A qué vino eso?

—Sabiendo que serían muchos los que habrían de caer, no quería que luego hubiese el menor incidente administrativo.

Una anécdota—mejor dicho, un

hecho trascendente—que mide a un hombre en todos los aspectos.

Tal es su modo de ser, su modo de obrar. Serena vigilancia en las horas, en los minutos, en los segundos más inciertos y encrepados por la angustia. Una serenidad que nace de su clara y lejana visión, pero que conscientemente expande como reconstituyente psíquico de los que de él dependen. Reconstituyente para la depresión. Hoy, al cabo de los años, se puede asegurar: su serenidad es producto de su visión.

DOS CUALIDADES PRODIGIOSAS: ATENCIÓN Y MEMORIA

—¿Cuál es su más característica cualidad?

—La atención—afirma rotundo el teniente general Franco Salgado—. Atención a todo y a todos. Y con un poder de aislamiento tal, que cuando presta atención a algo sobre todo lo de-



«Mi tarea ha sido seleccionar y dar forma a las dos primeras partes del libro», dice Galinsoga

más. Ni oye siquiera. Escucha cuanto se le expone; nada subestima. Pide aclaraciones, pero si titubea el que habla, ya condiciona mucho la consideración a lo oído. Nunca pregunta ni responde para «salir del paso».

—Pero esa cualidad necesita complementarse con una buena memoria.

—Prodigiosa. Memoria prodigiosa—aclara con gestos y movimientos de manos el teniente general—. Hasta ahora, lo que oye no se le olvida nunca. ¡Cuántas anécdotas podría contar!

El señor Franco Salgado, hombre muy derecho, que conserva la gallarda apostura del militar, insiste sonriendo:

—Parece increíble. A veces me cuenta hechos y dichos del limpiabotas, del vendedor, de cualquier personaje ferrolano de nuestra infancia, de los que yo no tenía ya ni idea.

—Esa atención minuciosa y valorativa ha de influir en el respeto de los demás.

—Esa es otra cualidad sobresaliente: el hacerse respetar. Ahora y siempre. Fíjese de los que hemos jugado juntos en la infancia.

—Creo que habrá otra consecuencia de esa atención y de la memoria privilegiada: tendrá conocimiento y saber de todo.

Ríe gozoso. Esa risa que indica la posesión de muchas sorpresas.

—En Africa—dice sin dejar de sonreír—, un capitán veterinario salió de su despacho excitadamente admirado porque Franco estaba al tanto de las enfermedades y piensos de los caballos.

Y hay, entre otras muchas, una anécdota que se refiere en el libro. Sucedió en Pedrola, durante la campaña de Aragón. El Caudillo se acostaba al alba, y a las dos horas estaba de nuevo en pie en pleno trabajo. Preocupaba esto a sus ayudantes de Estado Mayor. Y una noche—al día siguiente tenía que visitar muy temprano el frente—acordaron sus ayudantes con el teniente coronel Martínez Fuset, con quien solía trabajar a altas horas de la madrugada para el despacho de la Auditoría General del Ejército en campaña:

—Usted háblele, por ejemplo, de Derecho Romano, que es un tema que le aburrirá. Verá cómo se irá a acostar en seguida.

—Bien—les contestó el teniente coronel Martínez Fuset—. Cuando termine de dar las instrucciones para la operación de mañana le hablaré de Derecho Romano.

Y así se hizo. Con habilidad llevó la conversación al Derecho Romano. Pero Franco se engoloso en el tema, empezó a comentar sobre el Código de Justiniano, los motivos por los cuales el Derecho Privado había alcanzado en Roma más progresos que el Público. Fuentes del Derecho y su implantación en España... En fin, que conocía la papeleta. Y, claro, los ayudantes y jefes de Estado Mayor, asombrados, fueron desfilando con diversos pretextos. Allí quedaron los dos solos. Aquella noche se acostó el Caudillo más tarde que nunca.

INSPECCIONA LOS FRENTES EN AVIONES VIEJOS Y SIN ESCOLTA

—Franco logró el primer empujón de general a los treinta y cuatro años, el general más joven del Ejército español, y fue siempre el más joven de sus distintas graduaciones. ¿Ascendió alguna vez por antigüedad?

—Tan sólo a teniente.

—¿Qué hecho de guerra comenzó a darle prestigio universal?

—La retirada de Xauen.

E inmediatamente recuerda la frase del mariscal Pétain, el mártir francés de Yeu, que a la hora trágica de su patria, derrotado ante Alemania, dijo: nombre de la última gran alegría de mi vida, mi reciente estancia en España, quiero que este país, su Generalísimo Franco, la espada más limpia del mundo, quien medie cerca de Hitler. Así habló el vencedor Verdún. Habló así conociendo



Los autores de la obra y el editor, con nuestro redactor, en un momento de la entrevista

además, las causas. «Todo está perdido. Salvemos el honor. Y el honor podemos salvarlo todavía mirando a España. Francia paga hoy lo que España pagó desde 1936 a 1939: el Frente Popular.»

—¿Y los subordinados? ¿Cuál era el sentimiento, la postura íntima de sus subordinados en relación con la conducta y modo de proceder de Franco?

—Aunque nos hacía trabajar intensamente — dice sonriendo—, todo el mundo le adoraba. Comenzaba siempre por dar ejemplo. El primero en trabajar y el primero en acudir donde sonaban tiros, con el sol ardiente del mediodía africano o con la más impresionante tormenta.

De nuevo hay que acudir a otro hecho, todavía escalofriante, en el que también tomó parte el hoy teniente general Franco Salgado, cuyo relato resumo. A finales del 1936 tuvo que trasladarse el Caudillo con toda urgencia desde Salamanca a Escalona, provincia de Toledo, para conferenciar con el general Varela. Pero no había más que un avión, cuyo piloto manifestó que no estaba preparado para vuelos sin visibilidad ni para tomar tierra sin luz natural. Franco, a pesar de ello, montó en el aparato a las tres de la tarde de un día de diciembre de los más oscuros del año, para regresar en el día. El avión partió solo, sin escolta, con gran preocupación del piloto, porque los motores no funcionaban bien. Iban, además, un segundo piloto sargento y un médico. El viaje de ida no tuvo ninguna novedad que la de divisar una escuadrilla roja que estaba bombardeando Talavera de la Reina. Se prolongó mucho la

conferencia, hasta casi la puesta del sol, a pesar de los avisos de los ayudantes. Al fin emprendió el viaje de regreso el viejo aparato, y al llegar a la sierra de Gredos apenas había visibilidad por efecto de la puesta del sol y de una densa niebla, muy pegada a las crestas montañosas. El Caudillo se sentó al lado del piloto, en el sitio correspondiente al sargento, que daba grandes muestras de nervosismo, con la consiguiente alarma del pequeñísimo séquito. El aparato no hacía más que dar vueltas por el mismo lugar. Por fin, un rayo mortecino de sol se abrió paso entre las nubes, y Franco le dijo al piloto: «Tire hacia la luz.» Así encontraron el Oeste y pudieron aterrizar, ya de noche y con mucho peligro, en Salamanca. Pero no termina aquí la gravedad: aquel sargento que estaba tan nervioso y que pudo ir sentado junto al oficial y sugerirle el rumbo que quisiera, cogió el mismo aparato al día siguiente, remontó el vuelo con pretexto de hacer uno de prueba y, ya en las alturas, puso rumbo a Alcalá de Henares, donde se presentó al jefe de aquel aeródromo rojo para ponerse a disposición del mando comunista.

—El Generalísimo hizo muchos viajes de frente a frente en aviones malos y sin escolta. En uno de Sevilla a Burgos, el 16 de agosto de 1936, tropezó con quinientos aviones rojos que bombardeaban Mérida. Se remontó y pasó por alto. Tal vez los rojos no dieron importancia al pobre avión solitario.

—Y durante nuestra Cruzada, ¿por qué Franco no entró nunca como triunfador en las ciudades recién conquistadas?



El general Franco Salgado dedica un ejemplar de su obra al editor

—Es un honor que reservó a sus generales.

—¿No estaba cerca de las operaciones?

—Tenía por norma estar cerca. Instalaba su cuartel en algún palacio, chalet o finca de la comarca. Su cuartel tenía el nombre de «Terminus». En la batalla de Teruel, el «Terminus» era un tren que se movía por el valle del Jiloca.

EL PARDO: DESDE LAS DIEZ DE LA MANANA HASTA LAS TRES DE LA MADRUGADA

—¿Cuándo lo vio más preocupado, tanto en la guerra como en la paz?

—Pocas, poquitas veces. Acaso, y por poco tiempo, cuando recibía noticias del hundimiento de algún barco de nuestra Marina de Guerra durante la Cruzada.

—¿Y en qué ocasión lo vio más grande como militar o Jefe de Estado?

—En los primeros momentos del Alzamiento. Llegó de Canarias a Tetuán cuando había pesimismo en la población civil. Visitó una por una todas las unidades. Su presencia dió mucho aliento a las tropas. Y su visión, o tal vez el designio providencial le hizo tomar una decisión definitiva en contra de la opinión de todos: el paso del convoy por el Estrecho, cuando la escuadra estaba en manos rojas.

—¿Tanto en la guerra como en la paz lo ha encontrado alguna vez pesimista?

—Nunca—contesta rápido y rotundo—. Siempre optimista.

—¿En qué basaba ese optimismo?

—Tenía fe absoluta en nuestro Ejército. Sabía que el Ejército rojo habría de fracasar, por faltarle las virtudes tradicionales del Ejército español: el espíritu de sacrificio, etc.

—Eran españoles como nosotros.

—Pero era una cosa improvisada. Podrían tener espíritu los jefes que fueron jefes del Ejército, pero no los oficiales, reclutados de cualquier manera y atentos, muchas veces, a cosas distintas de la guerra. Les faltaba organización. Por eso fracasó también la escuadra roja. Más peligrosas fueron las Brigadas Internacionales, que ya venían preparadas.

—Y cuando la O. N. U. adoptó, en 1946, el hoy para ella bochornoso acuerdo contra España, ¿cuál era el estado de ánimo del Generalísimo y cuáles fueron sus reacciones?

—Pintando estaba. Y con gran impasibilidad me dijo: «Mientras hallaba esta tonalidad de color, he ideado las líneas de mi discurso en las Cortes.»

—¿Cómo prepara sus discursos?—Generalmente improvisa, a excepción de los discursos ante las Cortes y otros de importancia. En este caso, siempre dicta. No encomienda los discursos a nadie. Los hace él exclusivamente, incluso cuando tiene que hacer la ofrenda al Apóstol Santiago.

—¿Y qué lee preferentemente?

—Biografías, Memorias...

—Escribirá sus Memorias?

—No sé. Tengo esperanza de que si Le he animado. Creo que se inclinará a ello cuando sus tareas lo permitan. Una vez puesto, lo hará pronto, ayudado de su prodigiosa memoria.

—¿Horas de trabajo diarias?—Desde las diez de la mañana hasta las tres de la madrugada. A las once se retira a sus habitaciones, donde continúa la lectura de expedientes. Muchos... Es muy aficionado a leer.

—Sabemos que también es afi-

cionado a la caza y a la pesca marítima, ¿tiene alguna otra afición?

—Siempre tuvo mucha afición a los toros. Y en fotografía es un técnico. Está al tanto de los últimos avances técnicos.

Así es, así veo a través del libro y de las declaraciones a nuestro Jefe de Estado, Generalísimo Franco. Un hombre conocedor de toda la realidad y sus miserias. Conoce desde la Legión, donde hay toda clase de representantes y hechos, hasta las tertulias de viejos políticos, como, por ejemplo, la de don Natalio Rivas, a la que asistió en su mocedad. Soldado siempre en servicio, con intervención decisiva en los momentos más críticos de nuestra historia reciente. Jefe que impone la norma con su ejemplo en el campo de batalla o en la mesa de trabajo. Jefe exigente y humano. Político justo, equitativo y atento a todo y a todos: Lee y escucha, procura conocer para querer o rechazar, pero que nunca quiere o rechaza sin conocer, sin estudiar y meditar. Dos notas personales: servicio y comprensión.

Así, el Caudillo Franco.

SERVICIO CONTINUO A

ESPAÑA. — «NO LE HAN DEJADO VIVIR»

—No es un libro técnico. Ni tampoco una biografía minuciosa y detallada.

—¿Acaso es un gran reportaje?

—Tal vez. Un gran reportaje en que se recoge la actuación del Caudillo y cómo vio las guerras, tanto interior como mundial. También pudiera ser una biografía con estilo de novela aunque todo lo escrito es rigurosamente cierto.

Hablamos de profesional a profesional. Me habla así, sin dejar de mover los pies, don Luis de Galinsoga, director de «La Vanguardia Española», de Barcelona, autor de este libro «Centinela de Occidente» en colaboración con el general Franco Salgado.

Mientras hablamos, el general Franco Salgado permanece atento, con los ojos muy abiertos. Siente por el Generalísimo Franco cariño de hermano. Es tío y primo a la vez. Se da el caso de que el padre del Generalísimo se llamaba Nicolás Franco Salgado Araújo, de iguales apellidos que el general aquí presente. El padre del Generalísimo era sobrino carnal del padre del general Franco Salgado y primo hermano de la madre de éste. Y, además, su tutor.

Así que juntos han estado desde la infancia. Independientemente de los destinos que en su larga carrera militar desempeño en el Ejército, ha ejercido el cargo de Secretario de Su Excelencia durante veintiocho años. Últimamente, jefe de la Casa Militar.

—Buena fuente de información para una biografía.

—Hasta ahora—interviene el señor Galinsoga—la única. Cuantos han escrito sobre el Caudillo a él han acudido.

—Entonces esta es la primera vez que directamente sale al público?

—La primera.

El general Franco Salgado es de palabra fácil y abundante. Su voz, honda, fluye sin cesar, con

pocas matizaciones de gesto. Recta, muy recta su figura, contrae la cara al hablar y parece que las palabras, las articulaciones sonoras vienen directas del pecho. Su memoria también es generosa: Cuenta fechas y hechos con detalle y sin titubeos. Y ésta es su pasión: Hablar del Caudillo. Habla del Caudillo como de un hermano mayor excepcional, extraordinario por sus ideas y por sus hechos, por su historia y por su destino providencial.

—Así las cosas, ¿cómo organizaron el trabajo?

—El general—dice sonriente Galinsoga—comenzó por escribir cuartillas y cuartillas a mano. Lo menos 1.200 cuartillas.

—Quizá algunas menos—aclara el general—, pero no muchas.

—Cuartillas escritas con letra pequeñísima—insiste Galinsoga.

—¿Cuántos folios a máquina?

—Vinieron a quedar en 400, a doble espacio.

—¿Y usted, continuó?—digo dirigiéndome al señor Galinsoga.

—No. Había que hacer una selección entre ese copioso material, fruto de una paciencia benedictina. Sin selección hubiera habido para tres tomos. Escritas estaban las cuartillas en estilo familiar, sin prejuicios ni propositos literarios, pero sí con mucha corrección, porque escribe bien.

Mi tarea ha sido seleccionar y dar forma a las dos primeras partes: «Franco, soldado» (1907-1936) y «Franco, Caudillo» (1936-1939).

—¿Y la tercera parte?

—De la tercera parte, que lleva por título «Franco, hombre de Estado», he de buscar el material.

—¿De dónde?

—Del archivo de «La Vanguardia Española».

Luis de Galinsoga es director de «La Vanguardia Española» desde abril de 1939; es decir, desde la liberación de Barcelona. Al frente de su periódico ha batallado mucho al servicio de España.

Su pluma ágil, fuerte, incisiva, valiente, oportuna, sin líneas quebradas ni curvas, ha sido también un atento centinela en su posición. Su misma inquietud física, su mirada corretona por todo el contorno, le presentan en continua vigilia.

—¿Mucho tiempo en la redacción del libro?

—El libro ha sido dictado a un taquígrafo. No tengo la paciencia del general—dice sonriendo y mirándole—. Pero sí he tenido la paciencia de controlar las horas de trabajo.

—¿Cuántas?

—Cuarenta y cuatro, aunque discontinuas.

—Buena marca.

—El oficio. El oficio de dictar horas—interviene el general.

—¿Y cómo fué la colaboración?

—Absolutamente compenetrada, entrañable, continua y constante. El libro fué a la imprenta, tal como salió de la primera redacción.

—¿Y cuál es la razón de este libro?

—Dar a conocer, demostrar la juventud y al extranjero la continuidad de la vida del Caudillo en una línea de servicio a España. Servicios decisivos en situaciones críticas, que él no permitieron, y ante ellas no rehusó el sacrificio. Parece conducido por



Nuestro fotógrafo Mora ha sorprendido, en dos instantáneas interesantes, a los autores de «Centinela de Occidente», teniente general Franco Salgado y Luis de Galinsoga, cambiando impresiones

una especie de fatalismo que los cristianos llamamos predestinación.

—Acudí a todas partes —afirma con entusiasmo el general Franco Salgado— no por ambición, sino por necesidad de la Patria y exigencia del Gobierno. No se le ha dejado vivir tranquilo. Le hicieron urgentemente jefe de la Legión cuando ultimaba los preparativos de la boda, fué a dirigir la Academia sin haberlo solicitado.

¿Qué mayor gloria?

«HE TOMADO UN CAMINO, Y HE DE SEGUIR POR EL.»

Quisieramos haber puesto punto final. Pero es necesario levantar algunos hitos tomados del pasado, conocidos para unos y para otros ni bien conocidos ni bien valorados: Aquel bando de guerra en el norte de Africa encabezado por el entonces general Franco, cuando no se conocía la situación del general Franco, vigilado y señalado como víctima de los pistoleros del Gobierno y de los marxistas. El salto del Atlántico en avión sin garantías y el aterrizaje en Agadir entre aviones rojos españoles, cuyos tripulantes, despistados, se acercaron para sacar fotos de los presuntos turistas. La llegada a Casablanca sin saber dónde tocar tierra por estar a oscuras el aeródromo. Marcha de nuevo por el aire, sin saber a dónde dirigirse, porque iban en el avión ignorando por completo el curso de los acontecimientos. ¿A Tánger? Es un aeródromo internacional, y no se fiaban. ¿A Tetuán? ¿Y quiénes son los dueños del aeródromo de Tetuán? Y Franco dijo, en pleno vuelo: «¡A Tetuán!» y acertó: A Tánger había enviado el Gobierno rojo unos pistoleros para asesinarle. Y luego, la orden de travesía del Es-

trecho, en contra de la opinión de todos. Y luego, su rápida decisión sobre el terreno ante la batalla del Ebro: «Me dan ganas de dejar que penetren lo más profundamente posible para, sujetándoles los pivotes de la brecha, estrangular la bolsa que produzca la infiltración y dar la batalla ahí al ejército rojo, con objeto de desgastarlo y acabar de una vez.» Se oyó la palabra Lolisa. Y en tan sencillas palabras se jugó tal vez el destino de Occidente.

Y luego, la neutralidad. También decisión rápida y sencilla sobre el terreno, en plena batalla del Ebro: «Conforme—contestó al general Ungría, que era portador de un mensaje del general francés W.—. Diles que si hay guerra, España será neutral mien-

tras ellos no quebranten los compromisos de desentenderse totalmente de la nuestra.»

Y luego, el profético alerta a Churchill: «Si Rusia resultara triunfante en la guerra, creemos que la propia Inglaterra se sumaría a nuestra actitud, y acaso entonces no les parezcan exagerados nuestros temores de ahora... Si Alemania no existiera, los europeos tendríamos que inventarla.»

Y luego, la victoria sobre la O. N. U.: «No tengo opción. He tomado un camino y he de seguir por él. El camino que me he trazado es defender la soberanía de España, a toda costa.» Y sigue el camino.

Y luego, mediador con el Oriente.

JIMENEZ SUTIL



Galinsoga contesta a las preguntas de nuestro redactor. Su charla es ágil y amena

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

FRANCO DE ESPAÑA

Por S. F. A. COLES

FRANCO
of Spain

THE FIRST FULL-LENGTH
BIOGRAPHY
by S.F.A. COLES

NADIE como el propio autor de «Franco of Spain», S. F. A. Coles, nos puede presentar mejor la obra que hoy aparece en nuestra sección habitual. «Aunque he vivido y trabajado en España—dice Coles—en los años 30, faltaría a la verdad si dijese que había oído hablar mucho del general de División don Francisco Franco Bahamonde antes del estallido de la guerra civil española e incluso después de este trágico acontecimiento, hasta justamente el día en que yo me propuse la tarea de escribir este libro apenas si sabía más del actual Jefe del Estado español que lo que ha aparecido durante los últimos quince años en los polémicos artículos, habitualmente desvirtuados y llenos de prejuicios, de la Prensa mundial.

«Yo no era ni franquista ni antifranquista, sino amigo de España y del pueblo español. Aunque mis simpatías durante la guerra civil de Liberación estuvieron siempre con los restauradores de la ley y del orden, tanto más cuanto que yo mismo fui testigo de la ausencia de orden y de seguridad personal durante la segunda República. Sin embargo, como la mayor parte de mis compatriotas y de una gran parte del mundo, llegué a tragarme una gran parte de la propaganda general, que le presentaba como un «sanguinario rebelde» que se había levantado contra el Gobierno legítimo de su país, etcétera.

«Puedo asegurar que cuando comencé mi documentada investigación para preparar mi actual obra no era ciertamente franquista y que inicié mi tarea con gran amplitud de espíritu. No obstante, a medida que progresaba en mis trabajos ciertas convicciones iban imponiéndose de una manera abruma-

dora sobre mi conciencia, cosa que dió como resultado el que la «absoluta objetividad» que yo me había impuesto como meta literaria se hiciera más que difícil de alcanzar.»

Con estas palabras resume el propio autor la evolución que experimentó en el desarrollo de su obra y cómo se impuso sobre él la figura del Jefe del Estado español. Coles ha manejado una enorme bibliografía sobre la situación política española y, además, ha pasado largas temporadas en nuestra Patria, habiéndose entrevistado incluso con algunas funestas personalidades de la segunda República Española con anterioridad al 18 de Julio.

«Franco of Spain», que está fechado del siguiente modo: Enero-diciembre de 1954. Dehesa de Pedrosillo, Avila, Madrid, Londres, Munich, Leuggries-Murnau, Oberbayern, Santillana del Mar, el Burgo, La Coruña, indica con esta simple enumeración topográfica la preocupación hispánica del autor, que dejó correr su pluma, unas veces en lugares típicamente españoles y otras en puntos muy distantes de nuestra Patria, para así rematar una obra que la consideraba como esencial para la comprensión de España por los europeos.

Coles ha estudiado en su obra todos los aspectos del Régimen español, además de detallar abundantemente la vida de Franco; no obstante, en nuestro resumen nos hemos detenido principalmente en aquellos pasajes en los que destaca la impresión que ejerció sobre él la entrevista que mantuvo con el Caudillo.

COLES (S. F. A.): «Franco of Spain». Neville Spearman, Londres, 1955.

CUANDO tuve la primera oportunidad de visitar al Generalísimo Franco en su residencia oficial del Palacio de El Pardo, situado a unas 14 millas de la capital, me encontraba alojado en un hotel de la calle de Atocha, la famosa y típica vía madrileña, en la que precisamente se imprimió la primera parte del «Quijote». Esta invitación constituyó para mí una sorpresa, pues se me había dado a entender en el Ministerio de Asuntos Exteriores español que el Jefe del Estado no podría recibirme hasta pasado el verano, tras el temporal traslado del Gobierno a San Sebastián. Sesenta solicitantes extranjeros, según supe más tarde, estaban en aquel momento esperando entrevistarse con él, algunos de ellos dispuestos a volar hacia Madrid tan pronto como se les indicase desde los más lejanos extremos del mundo.

UNA CURIOSA ANTESALA

Un coche del Ministerio de Asuntos Exteriores me trasladó, a través de los congestionados sectores centrales de Madrid, el barrio de Argüelles.

Contemplamos las impresionantes construcciones de la Ciudad Universitaria, uno de los arrabales de la capital más violentamente disputados durante la guerra de Liberación y ahora casi enteramente reconstruido. Pasada Puerta de Hierro, nos encontramos pronto ante el Palacio, levantado en el siglo XVII. El coche se detuvo ante la blanca entrada principal, donde dos centinelas marroquíes nos saludaron cuando descendimos.

Una escalera nos conduce al primer piso, donde un alto portero de tradicional uniforme, nos lleva a través de un cuarto severamente alfombrado y tapizado a la sala de espera, donde están reunidos el ministro de Liberación en España, así como otros diplomáticos y representantes de diversas Misiones presentes en aquel momento en Madrid, entre las que figuran los delegados de un Congreso Agrícola y el conjunto de todos los abades Cistercienses de España, que tienen un imponente aspecto medieval con sus largos hábitos blancos. Los grupos están en pie y conversan suavemente. Pasa una hora y entonces un militar de chaqueta blanca, hasta entonces silencioso y pensativo, comienza a

hablar conmigo. Las diversas Misiones han tenido sus audiencias en la hora convenida. Me encuentro en el amplio antedespacho del Jefe del Estado, destinado solamente para su ayudante militar. Este, que, según me dice, es uno de los cuatro que tiene Franco, me revela posteriormente que estuvo presente en Tetuán cuando el Caudillo se presentó allí el 19 de julio de 1936, transportado por un avión que, aquilado en Croydon le había llevado desde Las Palmas para que en la ciudad marroquí tomase la dirección del Alzamiento Nacional, surgido tras el asesinato de Calvo Sotelo.

—¿Es usted general?—le pregunto.

—Teniente coronel—me responde el ayudante sonriente y señalándome en su puño las correspondientes estrellas.

—Habla usted muy bien español—me afirma con un guiño—, y yo le agradezco tan agradable mentira.

Según me dice el ayudante, a Franco le encanta el campo y prefiere la tranquilidad de El Pardo al ruido de la capital.

—Con el fin de hacer ejercicio, hace algunos paseos por los terrenos del Palacio o juega al golf en los campos de la residencia. También juega al tenis, pero ha dejado de montar a caballo. Le gusta la pintura. Y las paredes de uno de los cuartos superiores está llena de sus cuadros. Según el ayudante las mejores obras de sus producciones, constituidas por una serie de pinturas en las que reproduce obras de los grandes maestros, se encuentran actualmente adornando las salas de su residencia veraniega de Galicia, el Pazo de Meirás.

Continúa informándome el ayudante de las particularidades de la vida de Franco y me señala que no come hasta las cuatro de la tarde y algunas veces hasta las seis, «y esto a pesar de que no hace otro desayuno que el de un jugo de frutas y una simple taza de café».

—Aquí—me dice—los Ministros se reúnen durante toda la mañana, regresando nuevamente tras de la comida, llegando los consejos algunas veces hasta altas horas de la noche.

Mientras tanto, repentinamente se abren las puertas y Mrs. Roy Howard, presidente de la gran cadena de periódicos norteamericanos Scripps-Howard, propietaria de 19 diarios vespertinos, sale de su entrevista con el Jefe del Estado español.

Las cosas se suceden rápidamente y casi sin poderme despedir del amable ayudante que ha acordado mis horas de espera, paso directamente a entrevistarme con uno de los hombres más discutidos del mundo.

FRENTE A FRENTE

Me encuentro en una habitación espaciosa, pero no tan grande como la que poseía Mussolini en su antiguo santuario del Palacio de Venecia en Roma. Cuando me aproximo, Franco se vuelve y avanza hacia mí. Un momento más tarde cambio un apretón de manos con este hombre. Sus ojos oscuros y luminosos se fijan en mí con esa mirada penetrante que otros muchos visitantes han observado en él. El Caudillo nos señala dos sillones—me acompaña como intérprete el diplomático señor Valls—y junto a la famosa mesa de estilo Imperio nos sentamos y comenzamos nuestra entrevista. Sobre la pared hay colgado un crucifijo y la mesa aparece repleta de documentos y publicaciones de todas las clases.

Franco lleva el uniforme de general del Ejército español. Su única condecoración en este momento, la Cruz Laureada de San Fernando, la suprema distinción militar española. Una vez que hablé con el mariscal Montgomery llevaba su guerrera cubierta por cinco pasadores que recordaban sus condecoraciones, pero el uniforme del Generalísimo de las Fuerzas Armadas españolas y Jefe de la Nación sólo lleva una medalla.

Su aspecto es muy bueno. A la edad de sesenta y un años, y después de la terrible guerra civil y tras casi dos décadas de poder, el Jefe del Estado tiene todo el aspecto de un hombre sobre el que no han dejado sentir sus efectos las arduas responsabilidades ni las tensiones nacionales ni las tormentas internacionales que se han abatido sobre su cabeza durante la mayor parte de su mandato. El corte de sus facciones está realizado por lo cortido de su rostro. ¿Se trata de un hombre sencillo? Sí, pero de un hombre tranquilo ante su poder y su carácter, de fuerte voluntad y de penetrante inteligencia.

—Me propongo, Excelencia, escribir un estudio

biográfico de su persona...—así comienzo en un castellano que en ocasiones pasadas ha hecho a mis amigos españoles adquirir rostros angustiados por su deseo de captar lo que quiero decir. Franco me alienta con su cabeza, me mira fijamente y no dice palabra alguna.

—He estado en El Ferrol recientemente y he visto la casa en que Su Excelencia nació. Me ha sorprendido el hecho de que aunque hay una placa para recordar el lugar de nacimiento de Su Excelencia y de su hermano Ramón la casa no se conserva ni como Museo ni como Monumento Nacional.

Franco, que me ha entendido, se vuelve al señor Valls y observa tranquilamente que la casa es todavía propiedad de su familia. El Ayuntamiento se dirigió a él con el objeto de convertirlo en Museo, pero él prefirió que las familias de tres marineros continuasen viviendo allí, ya que no deseaba ocasionar inconveniente a éstas al ponerles en la alternativa de buscar nuevo alojamiento en la ciudad que constituye el puerto militar más importante de España.

Me habla con un tono suave de voz, dentro del también suave tono gallego, y esto me recuerda lo que a este respecto me dijo el ayudante. Este aspecto es para mí algo inesperado; su pronunciación, aunque menos sibilante, me trae a la memoria la de sir Winston Churchill; por lo menos tiene una exactitud idéntica.

—No le puedo hablar mucho de mi niñez—me dice el Caudillo con una sonrisa agradable—. Fui cadete a los catorce años y desde entonces ya no fui más un muchacho, sino un hombre. Deseaba entrar en la Flota española, pero no había vacantes en la Escuela Naval y me fui a la Academia de Infantería de Toledo.

Se sonríe de nuevo y vuelve sobre sus primeros años.

—Me gustaba jugar al fútbol, que precisamente entonces empezaba a conocerse en España. Pescaba en el puerto con otros muchachos de mi edad y algunas veces, aprovechando las embarcaciones, jugábamos a los piratas. Siempre acababa cayéndome yo en el agua—y este último recuerdo le hace sonreír abiertamente.

Rápidamente he preparado muchas preguntas, algunas de ellas basadas en informaciones privadas. Pero Franco se me adelanta y lleva la conversación por otros caminos. Hablamos de Alemania, de la famosa entrevista de Hendaya, y Franco me asegura que le molestaba Hitler porque estaba endiosado y no estaba dispuesto a escuchar razones.

Pasamos luego a tratar de su reputación como militar y sobre todo entre sus Regulares de África, para los cuales era «el más valiente de los valientes», siendo de todos conocida la historia de que iba siempre al frente de sus tropas, montado en un caballo blanco. Le pregunto que si no sentía temor y él me responde bastante lógicamente que él tenía el temor innato de todo hombre, agregando:

—He conocido el temor, pero como siempre he considerado mi vida como un regalo de la Providencia, no me he preocupado mucho de mi seguridad personal. Además, el temor puede ser de muchas clases, y hay angustias morales y espirituales para los que tienen que tomar decisiones en puestos de mando que son peores, mucho peores, que el temor puramente físico.

Nuestra conversación nos lleva inesperadamente a hablar de Cabrera, el «Tigre del Maestrazgo», que, como es sabido, acabó casándose en el destierro con una inglesa, y Franco recuerda una frase de éste a una inglesa: «Señora, tengo miedo solamente de una cosa: morir sin gloria.»

—Una actitud muy española—sugiere Valls con una sonrisa, y el Caudillo corrobora con su cabeza.

Pasamos luego a hablar del «Diario» de Ciano y de las «Memorias» de Paul Schmidt, el intérprete de Hitler. Franco me afirma que todos estos relatos personales son generalmente unas fuentes dudosamente fidedignas, ya que la vanidad de sus autores les incita siempre a quedar bien por la posteridad. Para obtener una visión objetiva de Napoleón es necesario leer los relatos de sus conversaciones con sus generales y sus cartas a Josefina, en las que se revela un cuadro de su persona nada halagador.

—Napoleón da todavía un autorretrato menos atractivo—continúa Franco—en los comentarios marginales que puso a la edición del Príncipe de

Maquiavelo, que llevaba con él en todas sus campañas.

LA PREOCUPACION ESTRATEGICA

En la época en que celebré mi primera entrevista con el jefe del Estado español, Francia vivía entonces víctima de la crisis política y nacional que sucedió a la inesperada caída de Dien-Bien-Fu, el «Verdún» de Indochina, por lo que le pregunté cuál creía que sería la actitud de Napoleón si volviese a Francia y a la vida, en estas circunstancias particulares. Franco me responde que el general De Castries y sus hombres han luchado bien, pero que el Alto Estado Mayor se ha equivocado al realizar una batalla decisiva en donde lo ha hecho con las fuerzas del Viet-Minh.

Repentinamente se levanta de su sillón de alto respaldo y con un rápido gesto me indica que le siga a su mesa de trabajo, de donde saca, entre un montón de documentos, de publicaciones allí apiladas, un reciente ejemplar del «The Illustrated London News», ejemplar que lo abre para mostrarme unas páginas en las que aparecen reproducidas las posiciones francesas y las trincheras de Dien-Bien-Fu.

Posteriormente vi este mismo ejemplar en Londres y pensé que la primera ilustración podría haber molestado al Franco patriota. En ella aparecía la Reina de Inglaterra recibiendo las llaves de Gibraltar. Una extraña casualidad hacía que también estuviera en el número la crítica literaria de sir John Squire de la traducción de la gran biografía histórica de Antonio Pérez, el secretario de Felipe II, debida a don Gregorio Marañón, gran especialista médico y eminente español, que a pesar de haber sido un ardiente y activo republicano, hoy está reconciliado con el Régimen.

Franco, con el que ahora estoy hombro con hombro, señala con su dedo el mapa en donde aparecen los nombres de Gabrielle, Dominique Eliane, Huguette, Claudine e Isabelle, que marcan los nombres con que estaban bautizadas las posiciones exteriores de Dien-Bien-Fu, y me explica lo que él considera como error.

—La posición era totalmente insostenible desde el punto de vista estratégico—me repite—, sobre todo teniendo en cuenta las colinas que poseían los

indochinos y desde las cuales podían, con sus batallas, batir totalmente las defensas.

Franco parece completamente absorto en sus pensamientos cuando mira el mapa, y mueve el dedo de un extremo a otro. Quizá está recordando algunas de las fases críticas de la guerra civil para las fuerzas nacionalistas, e incluso él mismo, en más de una ocasión, se haya visto rodeado, a pesar de su idea sistemática de disponer siempre de puestos de observación. Cuando un jefe nacional le informado que estaba rodeado y que no podía maniobrar, él, invariablemente, le respondía:

—Bien; luche hasta abrirse camino.

Recuerdo entonces lo que me dijo el ayudante de la gran capacidad de trabajo de Franco y de que él se prepara todos sus éxitos, agregándome que cuando era Capitán General de las Canarias había tomado algunas lecciones de inglés, siendo precisamente su profesor uno de los cuatro traductores oficiales del Ministerio de Asuntos Exteriores. Respecto a mi pregunta de si seguía teniendo profesor de inglés, el ayudante me dijo que creía que no, pero que escuchaba un curso del mismo a través de discos.

Estas observaciones, así como las que también me hiciera el ayudante, de que el Generalísimo lee hasta muy entrada la noche, me llevaron a preguntarle antes de dejarle si leía autores ingleses en el original, y si era así, cuáles eran sus favoritos. Me respondió que existen excelentes traducciones españolas de los mejores escritores europeos, dando por zanjado el asunto.

—Espero, Excelencia—le dije—, que sea capaz de escribir un valioso libro sobre su persona; pero trataré de ser todo lo objetivo que pueda.

Franco inclinó su cabeza, como si dijese que eso es lo que quiere, sonriéndome y dándome un apretón de manos.

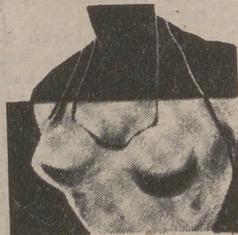
UN HOMBRE DE ESTADO

Hay un proverbio árabe que dice: «Siéntate a la puerta de tu tienda y, si vives lo suficiente, verás pasar el cadáver de tu enemigo.» Durante los últimos cinco años, Franco ha manifestado repetidas veces su imperturbable paciencia, su tenacidad ibérica, su previsión gallega y su indiscutible habilidad de gobernante. Su nueva alianza con los Estados Unidos aumenta de día en día; la política de Hispanidad y el entendimiento político y comercial con los países árabes se encuentra en pleno apogeo; el Concordato con la Santa Sede ha asentado los asuntos eclesiósticos españoles sobre bases permanentes, satisfactorias para ambas partes, y, además, el hecho de que el Papa Pío XII otorgase al jefe del Estado español la rara distinción de la Orden de Cristo. Ello constituye una advertencia al mundo, no sólo relativa a los servicios prestados por Franco en el pasado a la Cristiandad, sino también para recalcar que hoy como desde hace dieciocho años, continúa siendo su máximo campeón contra la amenaza oriental. Franco ha confundido a todos sus enemigos y todos los profetas jeremíacos de los exilados españoles. Su posición en el país es fuerte como una roca y la España contemporánea aparece, según las palabras de un senador norteamericano que visitó esta nación, como «el país más unido políticamente y nacionalmente de Europa». «España no es más fascista que comunista, sino una democracia cristiana y sindicalista», según propia declaración del mismo Franco cuando abrió las sesiones de las Cortes el pasado 14 de mayo de 1948.

Próximo al Alto de los Leones (donde un grupo de jóvenes españoles murieron rechazando el avance de las milicias rojas en los primeros días de la guerra civil), situado en una de las crestas de Guadarrama y a pocas millas de la capital, se levanta un gigantesco monumento de granito a los caídos españoles, a punto de terminarse, y mientras todos los países europeos hay síntomas de decadencia interna y de neurastenia política, la España de Franco es un oasis de paz, prosperidad y tranquilidad en un mundo de temor.

Nada hay menos probable como que se le otorgue el Premio Nobel de la Paz al extraordinario español que sacó a su país de la ruina, el caos y la miseria en que había caído y lo dirigió triunfalmente en medio de la persecución internacional política y económica; pero, no obstante, nada más justo como su derecho a reclamarlo, si se tiene en cuenta la fuerza de sus realizaciones en bien España, Europa y todo el mundo libre.

UN BUSTO magnifico en un mes



Los tratamientos PLASTO SEIN, preparados de acuerdo con las más recientes investigaciones de la ciencia cosmética moderna, como resultado de los experimentos del Prof. FILATOV, son empleados con gran éxito en toda Europa y América. La mujer moderna, sabedora de que no existe atractivo femenino sin poseer un busto firme y bien desarrollado, cuida de sus senos de la misma forma que se arregla el rostro, los cabellos, la dentadura, la línea de su cuerpo, etc. Han terminado ya los existencias tristes y llenas de complejos de un tiempo en el que no existían remedios para estas desgracias de la naturaleza.

¿Por qué no beneficiaros también vosotras de los progresos de la ciencia?

¿ES FALTA DE CONFIANZA?

No, porque os enviaremos como prueba, sin que os cueste nada si no quedáis absolutamente satisfechas, el mismo tratamiento que se emplea en nuestros grandes Institutos de Belleza de Italia.

Envíad en seguida el vale adjunto o su copia a:

LABORATORIO SVELTOR
Oslo, 27 - BARCELONA

No mandéis dinero, si no solamente sellos de correo para la respuesta.

PARIS - BRUSELAS - MILAN - LAUSANA - CARACAS - AMSTERDAM - MAINZ

VALE DE PRUEBA 60

Le ruego me envíe la información sobre la fórmula para _____ y la oferta de prueba a sus expensas.
SUBRAYAD LA FÓRMULA DESEADA

DESARROLLAR * FORTALECER * REDUCIR

CITA DE GENERALES EN EL CAMPO DE SALAMANCA

FRANCISCO FRANCO, MANDO UNICO PARA LA GUERRA Y LA PAZ

SALAMANCA, sábado 18 de Julio de 1936. Todo sigue igual. Igual que en casi toda España. El aire, el sol, el cielo aparecen quietos, cerrados. Los periódicos pesaban con los problemas y las encerronas de siempre. La huelga de la construcción se atragantaba.

Y llegó el domingo, día 19: calor de julio, con rumores frescos envolviendo algo que liberaba de la pesadilla. Y el lunes, 20, las cosas comenzaron a aclararse.

Martes, 21 de julio. Un diario de Salamanca tranquiliza todos los ojos; alivio: «Se ha producido un patriótico levantamiento de fuerzas militares en toda España»

Lo que más enardecía—y todavía refresca—eran aquellos titulares de los periódicos. Y nombres que a los niños resultaban desconocidos: Franco. Sanjurjo. Cabanellas. Mola. Queipo de Llano y España: una palabra casi olvidada en muchos años.

No se conoce todavía con claridad lo que nace. Salen columnas hacia Madrid. Arengas. Donativos. Entregas totales: primeros héroes. Son hechos aislados que muchos no comprenden.

El día 24 la Prensa salmantina publica las fotografías de tres generales: la de Franco, en el centro, entre Godey y Mola. Y continúa algo la nebulosa.

Agosto conoce importantes novedades. El 6 aparece un decreto de la Junta de Defensa Nacional nombrando vocal de la misma al general de división don Francisco Franco Bahamonde.

Todo va adquiriendo un carácter más orgánico. Hay un nombre clave que hora a hora se va haciendo imprescindible.

EN EL BARRACON DE LA DEHESA DE SAN FERNANDO

Desde el primer momento el Alzamiento se canalizó en tres grupos armados: un Ejército en el Norte, con Mola; el del Sur, con Queipo de Llano, y el de Africa, del general Franco. Un mismo fin los unía, pero su coordinación, en muchos aspectos, era inexistente. La Junta de Defensa Nacional—organismo superior—no bastaba.

El prestigio universal de que ya gozaba el general Franco fué la diana adonde apuntaron todas las conciencias. Yagüe, Orgaz, Kindelán y Millán Astray trabaron la resistencia opuesta por el Caudillo a su designación. Por fin, el general Kindelán concretó por escrito los primeros pasos que condujeron a la exaltación del Generalísimo: una reunión de varios generales con mando en la que estuviere presente la Junta de Defensa Nacional. Punto de reunión sería la dehesa de San Fernando—a 34 kilómetros



Arriba: En el aeródromo salmantino de San Fernando acompañan al Generalísimo los generales Kindelán, Cabanellas, Queipo de Llano y Mola, momentos antes de comenzar la reunión donde Franco fué elegido para el mando único.—Abajo: El General Franco sale del barracón de la finca de Antonio Pérez Tabernero donde tuvo lugar la reunión el 21 de septiembre de 1936

de Salamanca—, propiedad de don Antonio Pérez Tabernero, donde se había construido un campo de aviación en los primeros días del Movimiento. Fecha, el 21 del mes de las vendimias.

Resultó alegre aquel 21 de septiembre de 1936. A las nueve de la mañana irrumpieron en la Plaza Mayor salmantina varios automóviles; aquella pequeña caravana despertó la sospecha de que había llegado gente de categoría a la ciudad y los eternos paseantes de la plaza reconocieron al general Mola y a Saliquet, que en unión del coronel de Estado Mayor Moreno Calderón, del teniente coronel Urquiona y del comandante Fernández Cerdón descendieron de los coches ante el Novelty—hoy Nacional Novelty—para desayunar.

Del Ayuntamiento paredaño llegaron el Alcalde y dos concejales a cumplimentar a los militares. Al poco rajo la caravana continuó su marcha hasta el entonces cuartel de Caballería. Allí se encontraron con los generales Cabanellas, Gil Yuste y Dávila, acompañados de sus ayudantes, y el coronel secretario de la Junta de Burgos, Muntaner. A las once y cuarto todos se fueron a la dehesa de San Fernando.

Aproximadamente a la misma hora, en Cáceres subían a un avión, pilotado por el teniente Urefía, los generales Franco, Kindelán, Orgaz y Queipo de Llano. Cuando el "Junkers" aterrizó en el campo de San Fernando, ya estaba en la dehesa la comitiva procedente de Salamanca.

Inmediatamente comenzó la re-

unión. Bajo la presidencia del General Cabanellas, se sentaron en torno a una mesa los generales Franco, Queipo de Llano, Orgaz, Gil Yuste, Mola, Saliquet, Dávila y Kindelán y los coroneles de Estado Mayor miembros de la Junta de Defensa: Muntaner y Moreno Calderón. Los cobijaba un pequeño barracón de madera de cuatro por ocho metros.

Durante tres horas y media se trataron asuntos estrictamente militares. Luego las conversaciones se interrumpieron para almorzar en unión de don Antonio Pérez Tabernero en la casa que éste posee en la finca.

A las cuatro de la tarde se reanudaron los diálogos en el barracón, planteando los generales Kindelán y Mola el problema del mando único. Mola creía tan importante la cuestión que se expresó en los siguientes términos: «Si antes de ocho días no se ha nombrado Generalísimo yo, no sigo. Yo digo: ahí queda eso, y me voy.» Puesta a votación la propuesta, el único voto que se formuló en contra fué el de Cabanellas, que no consideraba necesario que el mando único recayese en una sola persona. A continuación se inició la votación que había de decidir la persona del Jefe del Estado, Generalísimo y Caudillo.

El primero en expresar su opinión fué Kindelán: «Francisco Franco.» Luego le siguieron Mola, Orgaz y el resto de los generales, todos acordes, excepto Cabanellas que continuó aferrado a su criterio.

Después se dió por terminada la reunión, acordándose guardar secreto hasta que el acuerdo fuese ratificado por la Junta de Defensa Nacional.

Por unos días todo siguió su curso. Pero entretanto se acordó celebrar una nueva reunión en el mismo lugar.

Muy temprano, el lunes 28 de septiembre los salmantinos lanzan un júbilo a la calle: «¡Una, dos, tres. Toledo nuestro es! ¡Una, dos, tres. Toledo nuestro es!» El gran gesto de Moscardó en el Alcázar ha conseruido su cometido. Por todas partes afluye gente a la Plaza Mayor, y allí, en el balcón central del Ayuntamiento, están los generales Cabanellas y Dávila. El público canta y grita. Cabanellas, como más significado por ser Presidente de la Junta de Defensa, dirige unas palabras al pueblo exaltando la figura de los héroes del Alcázar toledano. La manifestación recorre las calles. Y entre tanto Cabanellas, Dávila y el coronel Muntaner se dirigen a San Fernando.

También llegan poco después, en un «D-C-2», y procedentes de Cáceres, los generales Franco, Kindelán y Orgaz, en unión del coronel Yagüe. Llevaban un proyecto de Decreto que habían redactado en Cáceres el general Kindelán y el actual embajador en Portugal, don Nicolás Franco. Kindelán era el encargado de scmeterlo a la aprobación de los reunidos.

Pasadas las once de la mañana dió comienzo la conferencia. A la una menos cuarto se abordó la cuestión primordial: el texto de la proposición de Kindelán fué aceptado sin discusión, excepto el

artículo tercero, al que se le pusieron pequeñas objeciones. Cabanellas todavía no se decidía abiertamente.

A la hora del almuerzo, como en la reunión anterior, los generales fueron invitados por el propietario de la finca. En la mesa prosiguió la discusión, llegando, por fin, Cabanellas a un completo acuerdo. Veinticuatro horas más tarde se firmaba en Burgos el Decreto que hacía Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire al general de división don Francisco Franco Bahamonde.

Y en aquella finca, al lado de una pequeña capilla dedicada a Santiago, entre duras encinas que sombrean la tierra, se ha erigido un monolito. A su pie, un rústico y bravo granito con la siguiente inscripción: «Aquí fué designado Generalísimo de los Ejércitos y Jefe del Estado el Excelentísimo Señor Don Francisco Franco Bahamonde: 1-X-1936»

SALAMANCA. CUARTEL GENERAL

En el Seminario de la ciudad de Salamanca hay un pequeño libro. «Crónica o efemérides principales del Seminario Conciliar de San Carlos Borromeo de Salamanca. II Cuaderno.» Son una serie de notas ingenuas, escritas a mano, sobre aquel pequeño mundo que está al lado de la Clereca.

Al llegar a las páginas dedicadas al año 1936 se hace una breve referencia al día del mes de julio en que se declaró el estado de guerra en la ciudad: se habla del gran entusiasmo de todo el pueblo. Pero lo más interesante es una breve anotación que dice: «Octubre 5. El señor obispo cede su Palacio para residencia del Generalísimo Franco y se trasladada con sus oficinas al Seminario» Nada más.

A las seis y veinticinco de la tarde del 5 de octubre de 1936 entraba en Salamanca, procedente de Valladolid la comitiva del Caudillo. La privilegiada situación de la ciudad del Tormes había hecho que fuese elegida para Cuartel General y residencia oficial del Generalísimo. Pocos minutos más tarde llegaban Doña Carmen Polo de Franco y su hija Carmencita.

Conocida la llegada del Jefe del Estado, los salmantinos fueron afluyendo a la plaza del Palacio. Los ¡vivas! a Franco se hacían cada vez más continuados y el Caudillo se asomó, sonriente, al balcón central del Palacio. Allí, casi al alcance de la mano, estaba el pueblo: era como una recepción íntima.

Desde aquel día Salamanca es la residencia del Caudillo y su Cuartel General.

UN LEGIONARIO DE LA ESCOLTA

Pese a no ser muy numeroso el personal que se movía en torno al Caudillo, las dimensiones del Palacio resultaban insuficientes para albergar los elementos indispensables.

Poca gente queda en Salamanca que haya conocido de cerca la vida de aquellos días. Pero allí, al

lado del Palacio, existe un caserón amplio, propiedad de doña Asunción, doña Leopoldina y don José Sánchez Saquino. Tres hermanos que vivían solos en 1936, y que hoy tienen la compañía, como administrador, del ex legionario de la Escolta del Caudillo don Antonio Ortega Torres.

Ante el número 5 de Episcopal un campesino está descargando una borrica: tomates, alcéagas, plimientos, patatas, higos, peras, que trae a los dueños de la casa desde la huerta que poseen en Carrascal de Barreras, en las afueras de Salamanca.

El legionario Ortega está enfermo. Pese a todo, se sacrifica y accede a la conversación. En el piso principal, y al final de tres grandes salones con mobiliario y sabor romántico, está su habitación. Doña Leopoldina explica:

—¿Ve usted?—dice la señora—. Estos salones fueron habilitados para los once de la Escolta del Caudillo que nos ofrecimos a alojar. Recuerdo que aquel 5 de octubre estábamos en «Villasardo», una finca a cuarenta kilómetros de aquí. A eso de las nueve de la mañana llegaron unos señores de Salamanca a avisarnos que por la tarde llegaba el Caudillo y se alojaría en el Palacio que le había cedido el señor obispo. «Ustedes deben venirse a Salamanca—dijeron—, pues es fácil que necesitemos su ayuda.» Efectivamente, regresamos y ofrecimos toda la casa. No fué necesario: se arreglaron con estos salones. En ellos se alojaron siete guardias civiles y cuatro legionarios, uno de ellos Ortega el que va usted a ver.

Es un andaluz de Cazalla de la Sierra, que, a los dos años, se trasladó a Sevilla. En 1913 ya estaba en Africa y al fundarse la Legión se alistó inmediatamente en ella. Ahora, después de haber sido baja en el año 1939 por cumplir la edad reglamentaria, cuenta sesenta y tres años. Pese a la enfermedad, todavía conserva una gran vitalidad.

—A poco de licenciarme me vine a casa de estos señores, donde estoy como administrador. Hace dos años, cuando estuvo el Caudillo en Salamanca, me dió un gran abrazo, porque yo estuve toda la guerra a su lado. A la señora le pregunté por Carmencita: «¿Y mi niña—le dije—, dónde está?» «¡Ay, Ortega! Mi niña ya es una señora con tres hijos.» Y es que a mí todavía me parece que no ha pasado un año desde aquellos días. Mire esta foto: aquí está la niña con mi gorro de legionario, y este soy yo; fué en una toda a la que asistieron todos, aquí, cerca de Salamanca.

Doña Asunción y doña Leopoldina intervienen también en la conversación:

—A nosotras nos preguntaban los de la Escolta cuáles eran los sitios mejores para llevar a la niña, y a veces la tienen llevado a nuestra huerta de Carrascal de Barreras. Allí gozaba la chiquilla. Teníamos una gallina con pollitos y ella estaba tan entusiasmada jugando con ellos que se los regalamos y los llevó al jardín del Palacio.

—Yo me acuerdo—interviene Ortega—de cuando la hicieron Hija de María en la iglesia de la

Clerecía. Me dijo Doña Carmen: «Ortega, esta tarde has de ir a la Clerecía, pues le impondrán la medalla de Hija de María a la niña.» Era el 8 de diciembre. Pero yo estaba por aquí muy pocas veces; casi siempre salía con el Caudillo a recorrer los frentes, cosa que hacíamos casi todos los días.

—Nosotras no nos enterábamos de nada—dice doña Leopoldina—. Ellos entraban y salían casi siempre de noche o al amanecer.

EL HOMBRE DEL «MENSAJE A GARCIA»

En Palacio la instalación fué muy sencilla. Rápidamente se improvisaron las habitaciones del Generalísimo y su familia. La del Caudillo daba al jardín, y la de Carmencita estaba en una de las alas del edificio. Se prepararon los despachos, para los que prestó el mobiliario el banquero don Matías Blanco Covaleda. Y no fué necesario más aparato para la organización del Cuartel General: un clima auténticamente castrense, en pie de guerra imperaba en aquella casa.

De todos los problemas de alojamiento se encargó un hombre extraordinario:

—Mire usted, yo en 1936 estaba aquí, en esta mesa y en este despacho—un despacho del Ayuntamiento salmantino—, y hoy aquí contínuo.

Es un hombre bajito y regordete, con gafas. De habla ingenua, que a veces lanza un «gallito». Su tarjeta dice: «Dimas Ledesma Martín. Perito mecánico-Perito electricista-Aparejador de obras y Ayudante industrial primero». En la agenda de una persona muy importante en la vida del Estado, debajo del nombre de don Dimas había la siguiente anotación: «Es el hombre capaz de llevar el mensaje a García.»

—No paraba un solo minuto. Persona que llegaba a Salamanca era alojada rápidamente y tenga en cuenta que la ciudad pasó en el espacio de unos días de los cuarenta mil habitantes a cerca de los ochenta mil.

DIECIOCHO HORAS EN LA SILLA DE SU DESPACHO

En Palacio la vida era esencialmente trabajo. El Caudillo permanecía más de dieciocho horas en la silla de su despacho, sumergido en sus ocupaciones. Allí recibía, por teléfono, las peticiones de los generales. Con la mano izquierda sujetaba el auricular en tanto iba anotando todo lo que juzgaba de interés. Y poco a poco, las cuartillas se amontonaban sobre la mesa.

Luego, directamente por teléfono, decide y ordena en todos los casos necesarios y trascendentes. Otras veces es un consejo lo que sale de sus labios. Y su rostro permanece siempre sereno, impasible a cualquier emoción.

A su antecámara llegan los generales, que despachan sin ceremonia especial alguna. El único turno que se guarda es el del asunto de más interés en cada momento. Los escritos que se le presentan son leídos con extraordinaria avidez, y concentración y sobre el

mismo escrito va anotando, a lápiz, las advertencias y decisiones pertinentes.

Su extraordinaria memoria le facilita enormemente la gigantesca tarea con que se enfrenta. Así, reduce al mínimo el papeleo y la consulta. Sabe en cada minuto cuál es la situación de todas las unidades de sus Ejércitos de Tierra, Mar y Aire. Sabe, sin previa comprobación, dónde está cada batallón de su querida Infantería.

Al final de la jornada es él en persona quien redacta diariamente el laconico Parte de Guerra del Cuartel General.

Para las personas civiles que desean ser recibidas, puede decirse que el protocolo es inexistente. Hasta él se llega sin atravesar más cámaras o antecámaras que la sala de sus ayudantes. La austeridad y la sencillez lo envuelven todo.

Pero la estancia regular no existe: un día visita Vizcaya, otro, el Centro o Andalucía. No hay descanso.

La vida de familia es muy breve: únicamente los pequeños momentos en que interrumpiendo el trabajo almuerza o cena con su mujer, la hija y algún familiar o amigo que los acompaña. Pero en seguida continúa la tarea: la sobremesa es imposible.

—Por su parte, Doña Carmen cuando no visita los Hospitales Militares o asiste a las ceremonias oficiales, pasa los días en el despacho en compañía de alguna de sus hermanas. Y si necesita hacer alguna compra, pasea por la ciudad como una salmantina más.

Carmencita, acostumbrada a los cambios de residencia, no extraña mucho la nueva vida. Lo único que echa de menos son las horas de compañía que el duro trabajo roba a su padre.

PLAZA MAYOR: PUNTO DE CITA

Del 5 de octubre de 1936 a septiembre de 1937, el Caudillo, salvo ausencias más o menos largas, vive en Salamanca. En este año escaso, la ciudad del Tormes ha vivido momentos de gran trascendencia y de enorme entusiasmo.

La primera vez que dirigió la palabra a los salmantinos fué el 17 de octubre de 1936, día de la liberación de Oviedo. Como siempre, la manifestación se organizó en la Plaza Mayor y por la Rúa Mayor se dirigió a la plaza Episcopal. Desde el balcón central de Palacio, Franco dijo unas breves palabras sobre la importancia de la victoria que acababa de conseguirse. Luego, también desde Palacio, habló Millán Astray, que rogó a los manifestantes permitiesen al Caudillo continuar su trabajo.

Y desde aquel día, cualquier acontecimiento de importancia empujaba de forma irresistible a los salmantinos hasta el Palacio del Caudillo.

El 1 de marzo de 1937, desde muy temprano, Salamanca tomaba un aspecto de gran fiesta mayor extraordinaria. De todos los pueblos de la provincia llegaban coches repletos de hombres y mujeres.

Aquella alegre romería de gen-



Franco, en San Fernando (Salamanca), de donde salió elegido Caudillo

de del campo de Castilla estaba cada vez más hacia el sur. Es que aquel primer día, marzo, Roberto Cantallupo presentaría las credenciales que lo acreditaban como embajador de Italia ante el Caudillo: llegaba el primer embajador a la España que nacía.

El día 3 la ceremonia tuvo adecuada réplica con motivo de la presentación de credenciales del embajador de Alemania, Von Faupel.

Pero si estos dos actos tuvieron gran trascendencia en el aspecto exterior—de ceremonia—y en el internacional, hay un hecho tal vez menos efecista, pero de mayor alcance: el Decreto de Unificación firmado por el Caudillo el día 19 de abril de 1937.

En la noche del domingo, 18, los aparatos de radio retransmitían el importante discurso en que se anunciaba la unión de Falange Española de las JONS con la Comunión Tradicionalista. Todos los cafés de la Plaza Mayor estaban rebosantes de público que oía la palabra de Franco. En el Novelty se hallaba el Alcalde, señor Del Valle, que alentó a los salmantinos. Y a los pocos momentos una gran multitud cantando los himnos del Movimiento se dirigía a la plaza Episcopal.

A poco de llegar ante Palacio, se asomaron al balcón central el Caudillo, el Jefe Nacional y un destacado miembro de la Comunión Tradicionalista.

Retirado el Generalísimo, la manifestación se disgregó bajo las notas vibrantes de una jota cantada por el gran Miguel Fleta.

La Unificación es de una importancia paralela—en otro orden—a la exaltación del Caudillo a la Jefatura del Estado. Y ambos hechos, tal vez los de más trascendencia político-militar para la Victoria, han tenido por escenario esta Salamanca silente y dorada donde la campana loca del Ayuntamiento anunciaba al pueblo que España había obtenido una victoria más.

Luis LOSADA
(Enviado especial)

BURGOS, CORAZON DE ESPAÑA



A la derecha, la primera vez que Franco llega a Burgos recorre las calles de la ciudad en compañía de Mola. A la izquierda, el acto de la exaltación del general Franco a la Jefatura del Estado, el 1 de octubre de 1936, en el salón del Trono del Palacio de la División, de Burgos

DIECISEIS de agosto de 1936. No hace un mes todavía que por las tierras de España pelean y avanzan los Ejércitos de la Liberación. En Burgos, incorporada desde el día primero a la España que nacía, ha amanecido un día claro, luminoso y tranquilo. Pero las noticias, invisibles como la atmósfera misma, corren por la gente más que los sonidos y que el viento mismo:

—Franco llega hoy a Burgos.

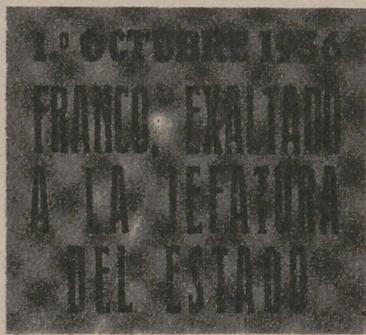
Son las ocho y media de la mañana. Poco a poco la banda derecha del campo de aviación de Gamonal se ha ido llenando de burgaleses.

Han pasado diez minutos. De tanto mirar al cielo la gente descubre figurados pájaros o imaginarios aviones sin destino.

Cinco minutos más. La superficie lisa y metálica de un bimotor en el aire ha ido reflejando en la ruta las variantes posiciones de los espacios. Se ha posado el bimotor suavemente sobre la tierra y se ha abierto la portezuela: el general Franco ha saludado con la mirada, por primera vez desde que empezara la guerra, a la tierra de Burgos; a la tierra castellana, al corazón de España.

El general Franco, que viene de Sevilla, ha abrazado emocionado a los generales que le esperan, amigos y compañeros, hermanos en el empeño; ha saludado a las autoridades también y ha besado reverentemente el anillo del señor arzobispo. Cuando el general Franco ha montado en automóvil descubierto con los generales Mola y Cabanellas en su compañía, sólo entonces se ha callado el sonar de los aplausos como antes hubo parado el ronco sonar de los motores aéreos.

Franco ha venido a hablar de la guerra con los miembros de



la Junta de Defensa, con los militares, con los falangistas, con los requetés, con los voluntarios de Castilla.

Corre la noticia más que el viento, más que el sonido. El automóvil va por la avenida de la Isla como una nave que contara nudos sobre un lago de cabezas. Burgos grita, y en su voz hay una unidad:

¡Viva Franco! ¡Viva Franco!

En la misma avenida están preparados los camiones de requetés que marcharán a Somosierra: son soldados de España, de la mejor sangre, de la mejor raza. El general Franco, que viene del Sur, se ha parado y les ha dirigido la palabra. Las bolnas rojas en lo alto han sido el saludo fidelísimo de una compañía de españoles.

El automóvil descubierto ha llegado al Palacio de la División. Allí está el marqués de Cavalcaniti, que viste uniforme de teniente general del Ejército español; allí está el comandante Goded, hermano del general fusilado; pasado y presente de la España eterna.

El general Franco ha saludado al primero y ha abrazado emocionado al segundo.

Abajo, Burgos entero clama y

grita y es ronco el rumor y ancha la esperanza y firme el deseo.

El general Franco ha salido al balcón y ha hablado por vez primera en la misma tierra de Castilla:

«... yo digo que este Movimiento no es un Movimiento de partido. No vamos a conquistar nada, sino que queremos, ante todo y sobre todo, porque ello es nuestra única finalidad, reconquistar España, libertándola del marxismo. ¡Viva España! ¡Viva España! ¡Viva España!»

Jamás hubo pueblo que mejor contestase.

Otra vez la noticia no tiene hilo, no tiene letra, no tiene materia porque ella corre invisible de boca en boca, de pecho en pecho, de alma en alma:

—El general va a oír misa a la catedral.

Las calles de Lain Calvo y de la Paloma se han saltado el físico principio de la impenetrabilidad de los cuerpos.

En el cruce de la iglesia, que más tarde albergara los restos del Cid Campeador, otro Campeador de las Españas pide a Dios iluminación y buenaventuranza.

Después, el general Franco aparece en la puerta del Sarmental. Mentira parece que duplicarse pudiera la población de Burgos, ella entera está allí, impávida, iluminada, teniendo ante sí más que al hombre, al héroe.

Con uniforme del general del Ejército de España, bota alta, gorro cuartelero, el general Franco quiere tomar el automóvil que ha de llevarle hasta Capitánía. Quiere y no puede, porque los brazos de los burgaleses son la fuerza humana que en volandas le lleva, estremecida el alma, rota la fiebre, imaginada la Patria. Sólo en la plaza de Prim la escolta pudo

hacer que el general tomase el coche para llegar a Capitania.

El piso de la plaza de Alonso Martínez no es gris que es del color de la carne de las cabezas. Desde el balcón del edificio, extendido el brazo y recto como la meta, el general Franco tiene que hablar por vez segunda.

«Españoles, burgaleses: esta Castilla heroica, esta Castilla crisol de pueblos igual ayer que en la gesta de la Reconquista cuando daba la ley a España, es hoy también este corazón de Castilla, este corazón de España, la que va al frente llevando el espíritu de una raza...»

El pueblo de Burgos, plebiscito unánime, hizo cuerpo y fuerza, potencia y espíritu, la divisa de su escudo: «Burgos, Cámara Regia, Primera en la Voz y en la Fe.» Burgos, en aquel instante, sin que un mes todavía trascurriera, intuyó, en profética esperanza, que aquel general era, indivisiblemente, el Caudillo de España.

UN CAUDILLO PARA LA PATRIA QUE NACE

La guerra es lo primero, porque es cuestión de muerte o vida, de ser o de no existir, de España o de anti España. Todavía el general Franco, jefe de los Ejércitos de Marruecos, no ha tomado el mando único.

Han pasado, desde que él regresara a tierras del Sur, quince días exactos. Otra vez el eco, el rumor, la buena nueva de España ha saltado las precauciones y los secretos.

El general Franco va a ser Generalísimo de los Ejércitos.

Sólo un día ha de transcurrir, del 29 al 30 de septiembre, de la promulgación a la publicación del Decreto de la Junta de Defensa para que España sepa oficialmente que ya tiene Estado, que ya tiene jefe, mejor que nadie, para ella. Y el 1 de octubre, Burgos va a presenciar el más grande acontecimiento de la Historia Civil de la guerra de España.

Ha amanecido el día con ese ingravido olor a solemnidad, a sabor de siglo eterno, de fasto mayor que la misma vida. Franco va a ser proclamado Jefe de Estado y las calles y las gentes se han hecho sangre y vena, arteria y vaso del acontecimiento. En la esquina de las calles de Santander y San Juan un gran cartel proclama la unión de los sentimientos: «Burgos, cabeza de Castilla, capital de España, abraza a los héroes. Viva el Ejército y las milicias. Arriba España. Viva España.» En la plaza de Alonso Martínez, en la fachada del Gajaje Moderno, las pintadas letras de otro cartel gritaban calladamente: «Fusión íntima entre pueblo y Ejército, todo en defensa de una España grande, libre, digna, única. Viva España.» La gente, en la misma plaza, casi desde que el sol apareciera, fué llenando y rellenando el espacio. Luego se apretaron tanto que apenas podían moverse los cabellos.

A las diez y cuarto de la mañana del jueves 1 de octubre de 1936 comienzan a llegar al Palacio de La División los generales, jefes y oficiales del Ejército español con residencia en Burgos.



En la residencia de Burgos, una escena familiar de la vida del Caudillo

Las escalinatas del palacio se han vestido de uniforme de gala con polvo sin quitar de las batallas cercanas.

A las once menos siete minutos por la explanada la gente abre, aunque imposible pareciera, un estrecho camino. En el primer automóvil, la escolta; luego dos generales, Franco y Mola; después Saliquet, que les acompañaba desde Valladolid, donde había pernoctado el general Franco; al final ya, los restantes vehículos del séquito.

No hay mejor momento, no hay mejor emoción, no hay calor más fuerte en el pueblo de España que allí espera.

El general Franco se ha bajado del automóvil y ha abrazado al general Cabanellas; después revista las fuerzas. A continuación se sitúa en la escalinata del edificio; detrás de él, los generales; delante, los soldados que van a desfilan. El general, el Ejército y el pueblo, esas eran las tres columnas para la salvación de la Patria.

Se va a celebrar el solemne acto de la investidura de Francisco Franco como Jefe del Estado español. Ya están en el despacho todos los miembros de la Junta de Defensa, los generales—incluso Queipo de Llano y Ponte, que acababan de llegar en avión—, las autoridades de Burgos y abajo, por el Norte y por el Sur, por el Este y por el Oeste, la España entera y verdadera.

Habla Franco:

«... nuestro Gobierno será un Gobierno para el pueblo, y se en-

gañan quienes crean que venimos a sostener privilegios del capitalismo. Venimos para la clase media, venimos para las clases humildes.

«... y en estos momentos solemnes en que ungo con la Jefatura del Estado español, me dirijo a vosotros, no tengo nada más que corazón para los ciudadanos españoles y corazón para España. Y se me rompe el corazón gritando: ¡Viva España! ¡Viva España! ¡Viva España!»

Al principio sólo las manos podían aplaudir porque las gargantas estaban de apretadas mudas, embargadas en el callar de los silencios forzados. Después la plaza de Alonso Martínez, de Burgos, fué un enorme, un gigantesco, un inenarrable vocerío.

En el antiguo salón del Trono se va a verificar el acto de transmisión de poderes. Cuando el general Franco regresó del balcón, el Ayuntamiento burgalés en pleno se ha ofrecido al nuevo Jefe del Gobierno del Estado. En el salón están ya todas las autoridades y los miembros de la Junta de Defensa. El general Franco, firme enfrente de ellos, apenas mueve uno solo de sus músculos.

Se ha hecho el silencio y el momento histórico ha firmado su hora.

Adelantándose, habla el general Cabanellas.

El primer Gobierno Nacional, reunido en Consejo bajo la presidencia del Caudillo



«... estos altos poderes encarnan en Vuestra Excelencia, soldado de nacimiento, soldado de cepa, que ha llegado a este alto empleo paso a paso, vinculándose en vos las energías y todas las virtudes de la raza...»

El Generalísimo Franco, firme la voz, pero emocionado el tono, ha respondido:

«... yo sólo puedo, en estos momentos solemnes, con la seriedad del soldado, con la lealtad del caballero y con el corazón en la mano, deciros a todos: Ponéis en mis manos a España. Mi mano será firme, mi pulso no temblará y yo procuraré alzar a España al puesto que la corresponde conforme su Historia y que ocupó en épocas pretéritas. Me tengo que encargar de todos los poderes. Y yo digo que haré aquello o moriré en el empeño derramando la sangre lo mismo que esos bravos fallangistas, que esos bravos requetés, que esos bravísimos soldados, que esos heroicos cadetes toledanos que llevan al mundo el nombre de España en gloria.

»Yo, en estos momentos y para esta obra, os tengo a todos y tengo a esta Junta, que seguirá a mi lado para llegar a una España noble unida, con idéntica bandera, con iguales sentimientos con nobleza, que es tanto como decir una España española. ¡Viva España!»

Francisco Franco Bahamonde, Jefe del Estado español y Generalísimo de los Ejércitos Nacionales de Tierra, Mar y Aire, con lágrimas en los ojos, abrazó a todos los generales y jefes que componían la acabada Junta de Defensa.

Después las autoridades burgalesas y las representaciones del pueblo mismo pasaron delante del nuevo Caudillo de España en una solemne recepción-homenaje.

Cada mañana, durante dos meses, en la puerta del palacio de la Diputación Provincial se verifica el relevo de la guardia, es que el Jefe del Estado español tiene allí su especial residencia a trechos y a días, porque la guerra en los frentes de batalla ha de ocuparle su atención primera.

CASI NO HAY NOCHE PARA EL DESCANSO EN EL PALACIO DE LA ISLA

Por el palacio de la Diputación burgalesa está demasiado metido en la ciudad, demasiado junto de sus casas para que el secreto externo no pueda ser desvelado. Y se piensa entonces en un lugar más apartado, más solitario, donde los movimientos de entrada y salida sean menos visibles. Este lugar es el palacio de La Isla, a corta distancia de la población.

El solitario palacio de La Isla cobra vida, pues, allá por primeros del año 1937. Pero en la vida del palacio no estará, hasta los tiempos de la batalla del Ebro, la presencia continuada del Generalísimo.

Cuando Franco permanece en el palacio de La Isla casi no hay noche para el descanso, porque de dos de la madrugada a ocho de la mañana, apenas se cuentan las seis horas escasas.

El Generalísimo de los Ejércitos Nacionales, pendiente de la guerra y de la paz, se levanta a

las ocho de la mañana, invariablemente, con monotonía, de siempre. Lo primero, porque así es y así fue siempre para él durante toda la vida, la acción de dar gracias a Dios por la iluminación recibida y de impetrar nueva asistencia divina en el duro pelear de los días que pasan. Nada más, pues, dejado el descanso, el Generalísimo de España oía misa en una capilla pequeña y austera que había sido instalada en una de las habitaciones del palacio.

A las nueve y media de la mañana, lo más tarde a las diez, por el despacho del Generalísimo empiezan ya a pasar las informaciones de salida de las diferentes unidades en todos los frentes. Poco antes de las once le tocaba el turno a su secretario, y a las once en punto era el jefe de su Estado Mayor y los jefes de la Sección de Operaciones del mismo los que informaban a su General. Delante del gran mapa con las regiones de España por las que iba la guerra, el Generalísimo calibraba, compulsaba, medía y comprobaba las marchas y contramarchas, las situaciones y los efectivos. Todo, verdaderamente, aunque imposible parecía, era conocido por el Generalísimo. Y así, hubo ocasión en que la simple posición de una batería de campaña fué rectificada desde aquel mismo despacho por el General que Jefe era de todos los Ejércitos.

Hora u hora y media ocupaban a Caudillo este menester. Después, sobre las doce y media de la mañana, comenzaba a recibir a los jefes de las distintas dependencias, empezando por el del Servicio de Artillería, servicio fundamental y primordial en todas las batallas.

Jamás hubo hora señalada, hora exacta para el almuerzo. Las tres, las cuatro, las cinco o incluso las seis de la tarde, según fuera o no, de largo, el acumulado trabajo de la mañana.

En el jardín del palacio de los Muguero podía entonces contemplar, invariablemente también, el paseo que el Jefe del Estado español daba durante sesenta minutos después de almorzar. Pero aunque el día tenga veinticuatro horas, los hombres a veces tienen necesidad de duplicar el tiempo en un auténtico milagro de la dimensión. Y el Generalísimo de España, mientras pasea, resuelve asuntos del día o asuntos del futuro con vocales de la Junta Técnica, generales de sus Ejércitos o jefes de sus Estados Mayores.

Después del paseo, otra vez al despacho, como un monje que sólo tiene de vida lo que de sí le dan las cuatro paredes de su celda. De vida presente en lo que fuera susceptible de medida, porque por aquella mesa pasan y repasan hasta las once de la noche, nuevos asuntos, nuevos problemas, nuevas soluciones. Y después de cenar, otra vez al despacho, hasta las dos de la madrugada, en que por fin la jornada tenía sólo entonces unas horas de descanso.

Por aquella mesa, que nadie más que él usa, pasan, pues, los documentos para la firma de los organismos institucionales: el

12 de diciembre de 1937 queda constituido el Consejo Nacional, cuya primera sesión inaugural tuvo lugar en el primer protocolo de la España que nacía, en el Real Monasterio de las Huelgas; el 31 de enero de 1938, aparece la ley por el que se organizaba el primer Gobierno; dos días después, en aquel palacio burgalés, ante los Evangelios y bajo la histórica cruz de Alfonso VIII, el Generalísimo tomó juramento al Ministro de Justicia y luego éste a los demás miembros del nuevo Gabinete. La heráldica de los Reyes Católicos, como nuevo escudo para la Patria, campeaba en el ascetismo de la ceremonia.

BURGOS, 1 DE ABRIL DE 1939

Ha llegado la batalla del Ebro. Por las calles, por los caminos, por las carreteras de Burgos, han pasado ya los soldados que decidirán la victoria. Su Generalísimo esta con ellos, allá en las orillas del río, señalando el movimiento preciso la orden certera, el ahorro en la vida. El palacio de La Isla se ha quedado momentáneamente vacío cuando las tropas españolas han dejado atrás el delta de Tortosa, se han ido camino arriba hacia la frontera y han ocupado Cataluña entera. Luego, el Generalísimo de aquel Ejército, que ya tiene sobre el polvo de los capotes de los soldados marcado el imborrable signo de la Victoria, ha vuelto a su palacio. En el despacho, al fondo, siguen estando los mapas de España, sobre los que la propia mano del Generalísimo de los Ejércitos marcará, bandera a bandera, el avance y las victorias de sus hombres. Es el día primero de abril de 1939. Ya no hará falta que la mano que condujo tantas batallas vuelva a mover las banderas. Ha entrado el general Martín Moreno con el último parte de guerra:

«En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, las tropas nacionales han ocupado sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. Burgos, 1 de abril de 1939.—El Generalísimo.»

Francisco Franco ha firmado el parte de guerra, el último parte de guerra. Sus ojos incansables, con tantos recuerdos prendidos en su retina, se han empañado persistentemente.

Pasan las semanas. El palacio de La Isla se ha ido quedando cada vez más solitario. La luz encendida de las noches en vela, al cabo de seis meses, se ha trasladado a Madrid, al palacio del Pardo junto a otro río de menor historia. El palacio de La Isla, transcurridos los años, se ha convertido en monumento histórico nacional. El palacio de La Isla, si vida tuviera y manos para hacerlo escribiría continuamente, hasta llenarlas, por las puertas, por las ventanas, por el techo, por las paredes, el nombre de su habitante invicto, de su habitante primero. Y no diría aquí vivió, sino que pondría: «Aquí vigiló Francisco Franco, Caudillo de España.» El palacio de La Isla no habría dicho jamás mejor sentencia.

José María DELEYTO
(Enviado especial)

PEDROLA, HOTEL TERMINUS

LA BATALLA DEL EBRO DESDE EL PALACIO DE LOS DUQUES DE VILLANERMOZA

EN la margen derecha del Ebro. Arropado entre los extremos de uno de los meandros del río, y con la espalda apoyada en el canal Imperial, Pedrola es un pueblo recogido sobre sí mismo.

La torre de la iglesia, con sus campanas al aire, domina el camino que lleva hasta el pueblo desde la estación. Es un paseo que hay que hacer a pie, entre una doble muralla de tallos de maíz y cuadros de remolacha. Una ligera cuesta y Pedrola aparece: calles estrechas, casas pintadas de azul y blanco, cubiertas con tejas amarillentas; plazas íntimas, como de cuento de niños. El palacio y la iglesia parecen presidir la vida y los hechos de cerca de cuatro mil aragoneses.

El Ayuntamiento y el palacio están pegados uno a otro, como hermanos siameses unidos por la espalda. Delante de ellos, en la plaza, hay un enorme plátano, alrededor del cual se ha construido el quiosco de la música. Allí, durante las fiestas, la banda toca y vuelve a tocar, y en las noches de final de agosto la jota se eleva por encima del tejado de la casa antigua y rectangular. Hay un hospital en el pueblo, «legado por testamento de don Antonio Zenón Almáu en 1888». Hoy el Hospital está convertido en escuela, y a ella acuden los chicos de Pedrola hasta que tienen edad suficiente para empezar a trabajar con sus padres. Es un pueblo rico, Pedrola 1956. Sobre la tierra roja y amarilla de las calles se ven las huellas que han dejado los tractores al ser encerrados la tarde anterior.

Las campanas de la iglesia llaman a misa, y las hermanas del convento de San José cruzan en fila el ancho portón del edificio en que enseñan y rezan. Hay un

confuso olor a tierra húmeda, a heno y a leña quemada. Pedrola se despierta.

UN DIA DE NOVIEMBRE DE 1937

Sin tractores y con Hospital Pedrola se despertó un día de noviembre de 1937. La bruma sobre el Ebro era barrida por el viento que llega lamiendo la tierra desde el Moncayo. Franco, el Generalísimo, llegaba ese mismo día al pueblo, que se preparó a recibirle con alegría y agradecimiento. También entonces las campanas tocaron y las hermanas cruzaron el portón ancho para ir a la iglesia y dar gracias. Franco estaba allí. No le habían visto, ni ellas ni nadie del pueblo; pero sabían que estaba en la casa grande, en el palacio.

Durante meses y meses, día a día, semana a semana, el pueblo vivió la guerra a través de las noticias que salían de la casa grande. Cada ciudad entregada por el enemigo, cada pueblo reconquistado, como un eslabón más de la gigantesca cadena que fué la guerra de Liberación, fué saludado por aquellos cientos de hombres y

mujeres reunidos en la plaza ante el palacio. Se ganaba una nación para la paz y ellos lo sabían. Ahora pueden tener tractores. Entonces sólo vieron camiones y autos pintados de gris o camuflados. Pedrola se convirtió por unos meses en la capital de España. Constantemente entraban y salían del pueblo motos, mensajeros, vehículos de todas clases, y un cinturón de seguridad rodeó la pequeña población. Sin embargo, la vida continuó lo mismo: la campana llamaba a la misma hora todos los días, y a su sonido acudían las mujeres a pedir por quienes estaban peleando sobre el suelo español por unos y otros, por que los que estaban ciegos vieran la luz. Y al mediodía, con el «Angelus», una plegaria por el hombre que trabajaba en el palacio.

«HOTEL TERMINUS»

Cuando el Generalísimo descendió del coche en aquel día de noviembre de 1937, la Guardia Mora formó en la escalera principal, bajo la gran claraboya que ilumina los escalones de piedra gris. Todo estaba preparado, y



Con el teniente coronel Barroso y el comandante Medrano, el Generalísimo estudia, sobre el plano, una batalla en el frente de Aragón



Franco, ante el antenas, observa, en pleno frente, la marcha de las operaciones. Delante de él se mueven, seguras, las tropas de su Ejército hacia la victoria

Franco entró directamente en las habitaciones que habría de ocupar durante unos meses. Antes que él, había llegado su Estado Mayor. Y después de haberse cerrado las grandes puertas de roble que llevaban al alojamiento del Generalísimo, siguieron llegando jefes, generales, despachos mensajeros. Se montó una radioemisora, se reparó la línea telefónica, y el canal y el Ebro quedaron vigilados. La torre de la iglesia se convirtió en atalaya, y la carretera quedó así bajo las bocas de fuego de las ametralladoras.

Tres habitaciones ocupó Franco en el palacio, además de un cuarto de baño: la biblioteca, un dormitorio y el despacho.

En la primera, una enorme mesa de billar fué convertida en teatro de operaciones. Sobre ella se extendían los planos y se movían las tropas como peones de un juego decisivo y sin descanso. Fueron instalados nuevos estantes, se desalojaron las librerías, empaquetando cuanto contenían, y nuevas mesas llenaron los espacios libres. Allí, donde antes se oyeran risas y comentarios sin importancia, sonaban las órdenes tajantes a través de los teléfonos, y un rumor de colmena en

actividad se extendió por el edificio, despertado de su sopor pueblerino.

Bajo la mirada de los antepasados del duque de Villahermosa se desarrolló toda una lección de bien guerrear y bien gobernar. El primer duque, hermano de Fernando el Católico, convertido en lienzo y pintura, presidió más de una reunión urgente, y una de sus descendientes, «la santa duquesa», hermana de San Francisco de Borja, vió extenderse ante ella planos y más planos, mapas del teatro de operaciones, y hombres y cifras llegaron a sus oídos, que no oían ya, óleo y tela, en un ordenado conjunto de preparativos y realidades.

El dormitorio que ocupó el Generalísimo es amplio, confortable. Frente a la cama, dos enormes ventanas, una a cada lado de la chimenea. Dos armarios con la enseña de Villahermosa, y en un rincón, una imagen de la Patrona del pueblo. El dormitorio tiene dos puertas: una que comunica con la antesala, entonces despacho del ayudante de campo, duque de Pinohermoso, y otra que lleva al despacho en el que trabajaba el Generalísimo a veces las veinticuatro horas del día. Una tercera puerta, disimulada en la

pared, pone en comunicación el dormitorio con el cuarto de baño.

Los sábados, la plaza en la que se levanta la fachada principal del palacio se llenaba de coches. Había Consejo de Ministros, y los titulares acudían en sus vehículos a informar y recibir órdenes. La mesa, grande, de caoba, del salón servía de punto de reunión, y sobre su superficie endurecida y pulida por el uso y los años se firmó más de un decreto, se llegó a conclusiones que habrían de redundar en beneficio del país, se hicieron proyectos. Terminado el Consejo, Franco se retiraba a su despacho, de donde no salía hasta la hora de cenar.

A veces, cuando las circunstancias lo permitían o cuando el frente estaba tranquilo, el Generalísimo descendía por la escalera que lleva al jardín y paseaba entre los árboles, sobre el suelo cubierto de guijarros menudos sacados del río. Mientras estuvo en Pedrola, ni una sola vez utilizó la entrada principal. Cuando en su coche salía hacia el frente, hacia cualquier punto del frente, la verja de hierro del jardín se abría para darle paso. Entonces, el coche cruzaba el puente sobre el canal y enfilaba la carretera camino de algún lugar.

«UN PUNTO EN ALGUN LUGAR DE ARAGÓN»

El palacio se convirtió en el «hotel Terminus». Todos los caminos llevaban allí, y los resultados de las operaciones, los partes que llevaban los motoristas desde la línea de lucha, indicaban esa dirección. El «hotel Terminus» se hizo famoso, pero no era más que «un punto en algún lugar de Aragón».

Desde ese punto, Franco dirigió la batalla del Ebro, en la que hombres y máquinas se vieron obligados a rendir el máximo. Teruel había caído, tras terribles combates, el 21 de febrero de 1938 y el 9 de marzo se inicia una de las fases del más duro castigo que hasta la fecha ha recibido el comunismo. Franco deseaba terminar rápidamente, pues, aunque equivocados, eran españoles los que se oponían a sus tropas, y en su deseo de ahorrar vidas aceleró los preparativos de la gran ofensiva, largo tiempo meditada y estudiada.

Los días comprendidos entre el 9 de marzo y el 5 de abril son días de pesadilla, de intenso trabajo, de esfuerzo y de esperanza. Franco apenas sale al jardín, recibe visitas continuamente y da muestras de una resistencia física asombrosa. Come poco y sobre la marcha, y duerme menos y en una cama turca que se ha hecho instalar en su mismo despacho. Tiene que atender no sólo a la dirección de la guerra, sino también a los asuntos de orden interno, legales, económicos... Los Consejos de Ministros no se interrumpen. Los coches llegan puntualmente a la cita de los sábados, y si alguno llega tarde, a causa del estado de las carreteras, a veces tiene que esperar más de dos horas fuera hasta que el Generalísimo es informado y la guardia le abre la puerta.

En estos días ningún habitante del pueblo se acercó a la puerta



La puerta del palacio de los duques de Villahermosa, en Pedrola, donde el Generalísimo instaló su Cuartel General de operaciones en el frente de Aragón

ni a la entrada principal del palacio. Comprendían que el momento era grave, decisivo, y se abstendían de hacer preguntas, de deambular de un lado a otro, estorbando a quienes llegaban o salían de la casa grande. Se limitaban a escuchar y a esperar. Sólo cuando por el altavoz se daba la noticia de alguna victoria, el pueblo entero acudía a manifestar su adhesión y su agradecimiento al hombre que trabajaba encerrado entre aquellas paredes de gruesa piedra amarilla. Entonces, el «hotel Terminus» se agitaba como algo vivo, y las vetustas figuras encerradas en sus marcos señalados por el tiempo, parecían sonreír como con una luz nueva en los ojos.

«FRANCO ESTUVO AQUI»

Entre el palacio y la iglesia, la «santa duquesa» mandó construir una galería que pusiese en comunicación los dos edificios. Los vecinos de Pedrola, algunos, oyeron durante muchos días, a lo largo de muchos años, los pasos de la duquesa cuando hacía el Via Crucis sobre sus cabezas, por encima de los tejados de sus casas.

El pasadizo sigue la línea de las calles. Forma una línea quebrada que casi vuelve sobre sí misma hasta que llega a la iglesia. Atraviesa sus muros y forma una pequeña habitación de ventanas ojivales que dan sobre el altar mayor.

El día de Jueves Santo de 1938 el Generalísimo y su esposa atravesaron ese pasadizo para llegar al mirador. Doña Carmen Polo de Franco descendió a la planta baja de la iglesia y comulgó entre las mujeres del pueblo. Franco oyó la santa misa y, terminada ésta, se santiguó y volvió a su despacho. La tierra blanca de Valdespartera se había vuelto roja de sangre, pero el camiró está abierto hacia el mar. De esta forma quedaba separada Cataluña del resto de España. Es la hora del empuje final, y el «hotel Terminus» se convierte en el centro de operaciones más importante de España. Desde su posición en la vega del Ebro, domina todo el territorio hasta el mar. El día 5 de abril, Lérida es liberada, y ante el «Terminus», militares y paisanos cantan entusiasmados. El fin está cerca.

También está cerca el final de la estancia de Franco en el pueblecito aragonés. Si él dirige la guerra, lo hace dentro de la guerra misma, a veces excesivamente cerca del enemigo, en su deseo de estar siempre en contacto con sus tropas. Por eso las visitas a la línea de fuego aumentan en duración y frecuencia. Algunos servicios del «hotel Terminus» son trasladados a otro lugar. Las planas mayores abandonan sus locales para irse a otros. La noticia de que las tropas nacionales están a punto de llegar a la orilla del Mediterráneo es acogida con satisfacción. Se oye hablar de centenares de prisioneros,



El Generalísimo, en la guerra: la comida en el frente



El Caudillo sale de Radio Zaragoza después de pronunciar un discurso el día de la Fiesta de la Unificación

de combates aislados, de marchas forzadas, de que si la Escuadra acudirá a tiempo o no...

Y el día llega. Vinaroz, Uldecona y Benicarló han sido ocupados. El frente rojo ha quedado cortado en dos. La batalla del Ebro ha terminado. Franco se marcha. Al pueblo llegan noticias de que ha pasado revista a la Flota y de que ese fue un día de júbilo. Dos días antes, el Generalísimo había dejado el palacio.

La enseña de Franco es arriada del mástil para ser izada en otro lugar. Pasa un mes, y el palacio vuelve a ser el mismo de antes. La Guardia Mora se ha marchado, y Ruperto, el guarda, va cerrando puertas y ventanas, colocando cosas en el lugar que ocuparon antes. La plaza ante el palacio se ha quedado silenciosa, y en la torre de la iglesia las campanas llaman a oración. Por las calles estrechas acuden las monjas, atravesando el ancho

portón claveteado, y junto al río, el labrador se detiene un momento en su tarea para rezar.

Pedrola vuelve a su tranquilidad. El centro de la guerra ha pasado por el pueblo. Franco ha llegado y se ha ido. Bajo los porches ahora sólo se oirán los pasos cansados de la «Pilara», que tiene dos hijos en el frente. El señor cura, don Benjamín Tovar Laborda, y su hermano, el Alcalde, oirán la radio de la casa de la plaza de San Roque, y un año más tarde podrán decir a todo Pedrola:

—España vuelve a ser España.

Ahora, el «hotel Terminus» ha pasado a la Historia. En una de sus habitaciones hay un retrato del Generalísimo dedicado a los dueños del palacio. No hay ninguna placa conmemorativa. Sobra. Porque todo el pueblo lo sabe y lo dice con orgullo:

—Franco estuvo aquí.

GONZALO CRESPI
(Enviado especial)

CALMA EN EL CANTABRICO

EN LA TIERRA,
AYETE;
EN EL MAR,
EL "AZOR"

EL VERANO DEL
CAUDILLO EN
SAN SEBASTIAN

A GOSTO de 1939. Primer Año Triunfal. Y allá arriba de la geografía, recientemente liberada. San Sebastián. San Sebastián, arrugas del Cantábrico. ¿Qué ocurre en la ciudad? Desde hace unos días parece que es mayor su nervio, más intenso su brillo. Hay allí varios Ministros. ¿Y mañana? ¡Ay, mañana! Mañana no saldrán los pecadores a la mar y el otro día llega. Sessando la amanecida, grupos numerosos de hombres parten desde todos los lugares de la provincia hacia la capital. Bajan del Goyerrri, de los muchos pueblos de aquella alta zona. Del litoral, del interior, hasta de las provincias colindantes. Todos llevan como distintivo aglutinante, el símbolo laboral. Van los primeros los que llevan alzado entre sí un remo, van también los agricultores con sus herramientas, y los obreros de las fábricas con sus monos azules... Van todos. En la capital se concentran las autoridades civiles y militares, las jerarquías sindicales, las Cofradías. A un lado y otro del puente de Santa Catalina se colocan los «arrantales». Ha sido levantado un arco triunfal. Muchachas, bellamente ataviadas, componen aquí y allá el laberinto de su danza. Cinco bandas de música recorren las calles al paso marcial de los grandes momentos. Llega el mediodía. Y llega en coche descubierto, de pie, acompañado del Alcalde, el Caudillo de España. Imaginad el clamor. No es —no lo ha sido jamás— el arrebató mesiánico, enloquecido. Es, simplemente, el amor y el agradecimiento expresado con la enorme elocuencia de que la muchedumbre es capaz.

¿Cómo ha de seguir el coche del Jefe del Estado entre este mar de hombres que lo cercan? Las representaciones laborales de la provincia le ofrecen, ahora, sus respectivas ofrendas. Mirad:



En el yate «Azor», Franco pesca en aguas del Cantábrico

allí, en aquel último recodo del puente, una anciana llora... Meditad por qué llora, pues el motivo de sus lágrimas resulta indescriptible. Pensad, pensad, por qué una anciana podría llorar, a la vista del Caudillo, en el año de fuego de 1939...

Sigamos. Ya el Generalísimo —superlativo irrefutable— ha pasado bajo el arco de honor de los «espatadanzaris», y aún suena, como una ola batiendo una y otra vez un peñascal, a través del chistu el «Agur-Jannak», el gran himno familiar de bienvenida. Salud

Y A PARTIR DE ENTONCES, AYETE

En efecto. Desde el año 1939, el Jefe del Estado ha veraneado invariablemente en San Sebastián, en el palacio de Ayete excepto el año 1941. A aquel año estuvo en el Pazo de Meirás. El hermoso palacio donostiarra está situado en la cumbre de una colina, desde la cual se divisa la anchura profunda del Cantábrico, su calma y su galerna. ¿Qué fué Ayete en otros tiempos? Había sido un prócer caserío, agrícola.

En 1878 fué convertido en residencia palaciega, por voluntad de su propietaria, la duquesa de Balfón, sobre los planos realizados por el arquitecto y jardinero Ducasse. Perfecto de gusto y fineza, sus estancias presentan inusitados ángulos de belleza y comodidad. Mas antes de describir su interior, será conveniente que vayamos paso a paso y entremos primero en el jardín, que es por donde en realidad, se entra.

El jardín, este maravilloso parque —¿no sentís la frescura del agua y de la rama baja que se inclina, que casi se sumerge?—, este parque, decimos, fué plantado y ordenado a fines del siglo pasado por ingenieros y horticultores franceses. La espesura de sus árboles es fabulosa. Tantos árboles hay, que en aquel terrible año, del huracán que asoló a Santander y se desparramó por casi todo el norte de la Península, cayeron en Ayete nada menos que 160 árboles, sin que se notaran claros en tan compacto ejercicio.

Adentrémonos más. Lleguemos al corazón del bosque. He aquí que de pronto descubrimos entre los troncos de la izquierda, a tra-

ves de una fina ranura por la que nuestra vista se introduce, pasar algo así como un silencio blanco. Es un cisne. Avanzamos unos metros más y, tras los árboles, descubrimos un gran estanque por el que bogan, abriendo lentas y verdes ondas concéntricas, siete, ocho, diez cisnes. Este es un lugar sosegado. Tal vez en aquel banco, bajo el castaño, el Caudillo reposará de las jornadas intensas. Porque, esta es la verdad, cambia el escenario —el rotundo escenario de El Pardo— y cambia el paisaje. Pero no cambian ni el Caudillo ni la labor. Hay un hecho incontrovertible; los destinos de un pueblo, ni aun el destino de un pájaro, descansan. ¿Quién puede dudarlo?

SIGAMOS INTRODUCIENDONOS EN EL BOSQUE

Avancemos. Miremos a nuestra derecha y a nuestra izquierda. Aquí un suave pradecillo. Más allá un parterre recién regado y un manojo de rosas amarillas y blancas. Y, algunos metros más hacia adelante, la gruta. Efectivamente. Hay una gruta. No es excesivamente profunda, pero es bella, y su sombra interior se halla humedecida. Cuelgan estalactitas, y su caprichosa fantasía hace más gruta, más cueva el diminuto recinto.

Pues bien; este bosque y este parque descrito forman parte del escenario en que el Jefe del Estado pasa unas semanas del año. Allí, durante unas semanas, se centra el máximo interés nacional.

VOLVAMOS DURANTE UNOS MOMENTOS AL PRINCIPIO

Hace media hora que Su Excelencia ha llegado a San Sebastián. La bienvenida del pueblo y la recepción oficial se han celebrado ya. Vence ya la media tarde y, entre la aclamación y el saludo espontáneo, el Jefe del Estado se dirige a Ayete. Entremos con él, a respetuosa distancia. Sin duda, en comparación con los jardines, la morada es discreta. El edificio es grande, montado y decorado con elegante sencillez. A la izquierda, una breve puerta para la dependencia. A la derecha, la entrada al salón grande, donde suelen celebrarse las audiencias y se celebran siempre los Consejos de Ministros. Por tal acceso, precisamente, es por donde todas las mañanas el Caudillo se dirige a la capilla, situada en un minúsculo edificio, a unos 20 metros del palacio.

Ved esta otra estancia. Como las demás es luminosa y clara. Muebles de nogal, de caoba, de palosanto. Junto al salón grande de Consejos y audiencias, el salón blanco, de paredes cubiertas de seda bordadas. Veamos en la primera planta. Aquí se hallan los dormitorios del Jefe del Estado y de su esposa, de los marqueses de Villaverde y de los invitados de honor. Observemos. Las habitaciones son sencillas, sin el menor motivo de ostentación. De



La pesca obtenida en la cubierta del «Azor», después de una jornada deportiva

las paredes cuelgan aquí y allá litografías de principio de siglo. ¿No habéis visto alguna vez en la casa de un pescador estas mismas litografías?

UN DIA EN EL PALACIO

La vida en el palacio de Ayete es sencilla, simple. Invariablemente, Franco se levanta a las siete de la mañana. Las siete es todavía hora de la madrugada. Después de la misa, después del desayuno, se encierra en su despacho. Algunas veces el trabajo se prolonga durante la mañana entera. Otras, sin embargo, va a la mar, donde en el yate «Azor», y con una pequeña máquina de escribir, suele trabajar también intensamente. Las veces que se queda en Ayete, por la tarde pasea durante un rato con sus nietos y atiende, entretenido, como justo descanso, a sus juegos. Luego vuelve a trabajar. Tal vez se impone una audiencia, una recepción oficial, una conferencia urgente... Al fin, llega la hora de la cena. Tras ella, siempre frugal, el Caudillo, a las once y media de la noche, se retira a descansar.

Bien. Ya ha caído sobre la ciudad donostiarra la noche. Aprovecharemos el descanso para narrar brevemente algunas circunstancias de Ayete. Ayete fué tam-

bién residencia estival de otros Jefes de Estado españoles. Alfonso XII, en 1876, tras levantarse el bloqueo en San Sebastián. En 1883 llega allí Doña María Cristina, acompañando a Don Alfonso, que va de paso hacia Alemania. Para entonces la destrenada Doña Isabel II había pasado ya un verano en Ayete y, como todos, había quedado prendida en la gloria del paisaje donostiarra. Es curioso señalar cómo Cánovas del Castillo se oponía a los veraneos reales en Gullizcoa.

—Es aquella tierra de carlistas, Majestad.

—Por eso mismo quiero ir...

—Naturalmente, señora. Naturalmente...

Sin embargo, la familia real veraneó desde entonces en el palacio de Miramar. Ayete—nuestro tema—pasó en 1913 a ser propiedad de la condesa de Casa Valencia, a quien los Reyes solían hacer visitas en aquel majestuoso palacio.

Al proclamarse la República el palacio fué alquilado a los señores de Andrade, marqueses de Cartagena. Numerosa familia era aquella. Como que entre todos sumaban sesenta miembros. Unos años más, en 1933, alquilaron el edificio los marqueses de Santa



Vista del Palacio de Ayete, residencia veraniega del Jefe del Estado en San Sebastián

Cristina, permaneciendo en él hasta el final de la guerra civil. Y en 1939 el Ayuntamiento donostiarra alquiló el palacio para comprarlo al año siguiente, a fin de poder ofrecer digna hospitalidad al Caudillo. Y véase cómo la tradicional finura de San Sebastián alcanzó su más fino éxito.

ES NECESARIO AHORA QUE HABLEMOS DEL «AZOR»

La otra residencia del Caudillo durante su estancia en Guipúzcoa es el yate «Azor». Hay—ya se sabe—marejadilla en el Cantábrico. La embarcación, muy marinera, se balancea con suavidad. Franco, que ha abandonado el palacio muy temprano, se acerca al muelle. Viste chaqueta azul de marinero y pantalón blanco. En el muelle hay gente. «¡Buena pesca!», dicen algunos. El Caudillo sonríe. Ya ha saltado, con singular agilidad, a bordo. Ya van deslizándose, sueltas, las amarras.

—¡Izad el ancla!

Ya, como una gaviota, el «Azor» se va mar adentro, a la captura del atún. Franco, con el aparejo en la mano, sentado en popa, aguza los ojos. Pronto se verán los nerviosos alones del atún. En el entretanto charla con los marineros. Todos miran al cielo. De vez en vez la nave se cruza con vaporcitos de Fuenterrabía, de Orío, de Guetaria de Motrico. Los tripulantes saludan con sus pañuelos, agitándolos al aire marinero, y el Caudillo responde agitando su gorra. Pero otras veces esos vaporcitos se acercan al «Azor» para proveer a Su Excelencia de cebo vivo. Entonces charla con los pescadores. Pregunta con familiaridad por las familias, por los problemas. Luego se enreda con ellos en técnicas de pesca y a la despedida regala a aquellos lobos de mar unas cuantas botellas. ¡Ay, si tuviésemos tiempo y espacio! Si lo tuviésemos seguiríamos a estos marineros hasta la más próxima taberna—que es lo que invariablemente se halla más cerca del mar, dicho sea al buen decir—para ver qué cuentan, desbordándoles la emoción de su entrevista en la mar.



El Caudillo, con una de sus nietecitas, en la cubierta del «Azor»

El palacio de Ayete y el «Azor» son, por decirlo así los dos centros sobre los que gravita la actividad estival del Jefe del Estado. El trabajo y el gran deporte de la pesca, que, como se sabe, posee tradición apostólica.

A PASO LENTO POR LAS CALLES

Algunas veces—algunos años—Franco llega a San Sebastián a bordo del «Azor». Mirad la bahía azul, cuajada de balandros, de vaporcitos pesqueros, de lanchas, de toda clase de embarcaciones, adornadas de banderas y gallardetes. Suenan las sirenas. Lejos suenan los cañonazos de honor. Y el yate, trazando con su estela una bella curva, va a atracar a un muellecito pintoresco, cercano a la parte vieja de la ciudad, cuyo mundo artesano se vuelca de corazón, es decir, el corazón le da un vuelco ante la llegada de su huésped.

El Jefe del Estado sabe bien

cual es la entraña definitiva de las ciudades. Casi siempre acuden—el Jefe del Estado y su esposa—al pueblo para tributar homenaje de devoción a la Patrona de San Sebastián, Nuestra Señora del Coro, en la parroquia de Santa María, situada precisamente, en el centro del barrio pesquero y artesano del que antes hablamos. Luego también el Generalísimo y su esposa acuden todos los años a la salve, a las vísperas de la Asunción de la Virgen. Pasan entre las gentes, absolutamente próximas, a pie por las estrechas callejas. Todo es natural, sencillo. Tal vez sea éste el contacto más directo, más humano, más cordial, menos protocolario que se produce todos los veranos entre Franco y el pueblo de San Sebastián.

Pero he aquí que ha vencido la primera mitad de agosto. El Caudillo entonces ha de inaugurar, con mucho gusto, las obras más importantes que se hayan realizado en la capital a lo largo del año. Con este motivo visita esta o aquella población costera o industrial, y va sabiendo de cerca sus problemas más urgentes. Y los menos también. Y la gente—las gentes—celebran con pausado entusiasmo la presencia del Jefe del Estado y la agradecen con profunda sinceridad.

Acaba ya el verano.

Y LOS PASOS FINALES

Hacia el final de su estancia, Sus Excelencias acuden a una cena de gala, que un año organiza el Ayuntamiento y otro la Diputación, y que se celebran en la Casa Consistorial o en el palacio provincial. Sin que medie previo anuncio, el pueblo donostiarra intuye cuál es el día elegido y espera la llegada del Caudillo para aclamarle, aguantando a pie firme hasta que la cena hacia las doce de la noche, concluye, y el Generalísimo vuelve a su coche, que le conducirá al palacio de Ayete.

Poco después el Caudillo corresponde a la hospitalidad donostiarra e invita a las autoridades de la provincia a una comida que tiene efecto, unas veces en Ayete, otras a bordo del «Azor». Por último, celebra una audiencia, generalmente precedida del Consejo de Ministros, en la que, aparte personalidades nacionales o internacionales, recibe al Consejo Provincial del Movimiento, a las Corporaciones Provincial y Municipal y a Comisiones representativas de este o aquel sector de la vida social, económica o cultural de Guipúzcoa.

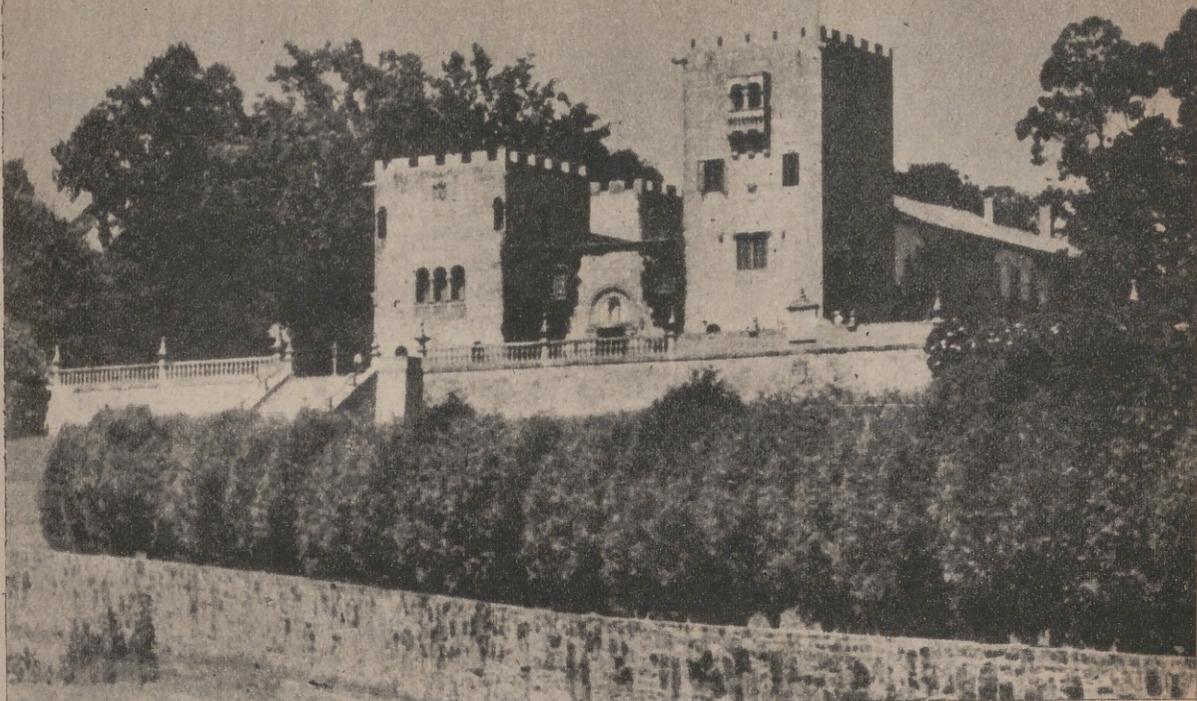
No es raro que el Caudillo y su esposa acudan una noche a alguno de los espectáculos de primer rango que se celebran en el teatro Victoria Eugenia de San Sebastián durante la temporada veraniega.

La partida es sencilla, e invariablemente es a bordo del «Azor». Franco deja un enorme vacío en la intensa y animada vida de San Sebastián, que se siente en plenitud con sólo conocer la presencia cordial, sencilla, amable, del Caudillo. Hasta otro año.

Alberto CLAVERIA

Su Excelencia el Jefe del Estado, con su esposa, durante una de sus estancias veraniegas en San Sebastián





EL PAZO DE MEIRAS, UN MAYORAZGO DEL SIGLO XIV EN EL SIGLO XX

UN REGALO DEL PUEBLO CORUÑÉS AL CAUDILLO DE ESPAÑA

DESDE los primeros días del Alzamiento Galicia tomó como cosa propia todo lo relacionado con el mismo. Sus hombres, sus víveres fueron los primeros en prodigarse por toda la Península. Pero, sobre todo, había un hombre especialmente vinculado a la tierra saudosa del Noroeste. El hecho de haber nacido Francisco Franco en tierra gallega obligaba a sus paisanos a volcarse todavía más. Esa especie de masonería gallega siempre en candelero no fué una excepción. Si lo fué en algo ha sido en auténtico desinterés.

Cuando, a principios de 1938, se veía próximo el final de la contienda, en La Coruña se pensó que era necesario pensar en los días de la paz futura. Al poco tiempo de ser nombrado Gobernador Civil de la ciudad herculina don Julio Muñoz Aguilar, se creó la Junta Local de Iniciativas, en cuyo seno nació la idea de donar el Pazo de las Torres de Meirás al Caudillo.

Se formó una Junta Pro-Pazo, y se iniciaron los trabajos para la adquisición del mismo. El encargado de gestionar la compra a la condesa de la Torre de Cela, su propietaria, fué el actual director del Museo del Prado, don Fernando Alvarez de Sotomayor, que se trasladó a San Sebastián, donde se hallaba la dueña del pazo.

Por fin, y gracias a las facilidades dadas por la condesa, pudo verificarse la compra, efec-



En el interior del Pazo de Meirás, S. E. el Jefe del Estado, acompañado de su esposa

tuándose la donación el día 28 de marzo de 1938, según consta consignado en documento oficial.

Aquel mismo día el Gobernador Civil envió un telegrama a los diarios de la Zona liberada comunicando la adquisición: «Ruégoles difundan noticia adquisición por pueblo coruñés, para residencia veraniega Su Excelencia el Jefe del Estado, palacio Torres de Meirás, antigua mansión señorial, restaurada por la que fué propietaria, condesa de Pardo Bazán, situada a 10 kilómetros Coruña, uno de los mas bellos paisajes de Galicia sobre la ría de Sada.

Fecha próxima acudirán Burgos representaciones autoridades y elementos sociales ciudad y provincia Coruña para hacer entrega al Caudillo escritura donación firmada hoy. Galicia ha querido honrarse con este ofrecimiento, afirmando vínculos le unen Generalísimo Franco, dando nueva prueba ardiente patriotismo.»

EL PAZO DE MEIRÁS, UN MAYORAZGO DEL SIGLO XIV

Situado realmente en un lugar maravilloso, el Pazo pertenece a la parroquia de Meirás, en el Ayuntamiento de Santa María de Sada.

Su fundación se remonta a fines del siglo XIV por don Roy de Montenegro, que fué sepultado, como otros descendientes, en la capilla del Pazo. El mayorazgo fué creado por don Pedro Patiño de Bergondo en su hija doña Marta Patiño de Lourido, que casó con un Taibo, pasando a esta familia y de ella a los Torre de Rivadeneyra, de quienes pasó, por recaer en hembra, a los Pardo de Cela.

Durante la Guerra de la Independencia el Pazo fué destruido e incendiado, monteniéndose en estado ruinoso hasta el año 1893, en que la condesa doña Amalia de la Rúa Figueroa y Somoza puso la primera piedra del nuevo Pazo, cuya planta tiene la forma de un polígono irregular con tres torres rectangulares.

Uno de sus últimos poseedores fué doña Emilia Pardo Bazán, que en él escribió gran parte de sus obras, enriqueciendo el Pazo con una magnífica biblioteca. Al morir doña Emilia, el Pazo pasó a don Jaime Quiroga Pardo Bazán, conde de Torre de Cela, caballero de Santiago y maestrante de Ronda, que fué asesinado en Madrid durante los primeros días del Movimiento, en unión de su hijo Jaime Quiroga Esteban Collantes. Y esta es la genealogía, a grandes rasgos, de los poseedores del pazo.

Entre sus huerpedes se cuentan los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, que lo visitaron el año 1927. También se hospedaron el infante don Jaime de Borbón y el anterior Príncipe de Mónaco.

CON GRAN ENTUSIASMO SE INICIAN URGENTES REFORMAS

Las obras de acondicionamiento comenzaron inmediatamente. Se arreglaron las vías de acceso, modernizando las carreteras que conducen a la magnífica posesión. Se compraron algunas pequeñas tierras que rompían la armonía del parque. Se edificó una muralla que rodea la finca

en toda su extensión. Y los jardines y el parque fueron reformados. A la entrada se construyó una especie de pequeña autopista que causó sensación a los técnicos de aquellos años.

Las reformas fueron dirigidas por el arquitecto don Joaquín Vaquero, que en el interior del palacio realizó importantes mejoras para adaptarlo a la nueva misión: ser albergue temporero de un moderno Jefe de Estado.

Se trabajó con todo entusiasmo a fin de que pudiese ser utilizado en el verano que se avecinaba.

La primera visita de los nuevos poseedores se efectuó el miércoles 6 de junio de 1938, día en que Doña Carmen Polo y su hija Carmencita visitaron las obras que se efectuaban en la casa y jardines, regresando al poco rato a La Coruña. Visita que repitió al día siguiente la esposa del Caudillo, ordenando algunas pequeñas reformas.

Pero la entrada oficial de la familia del Caudillo no tuvo lugar hasta el día 17 de agosto, en que llegaron, procedentes de Burgos, Doña Carmen, su hermana doña Isabel y Carmencita. Inmediatamente pasaron a la capilla, donde una señorita cantó una salve en acción de gracias. Al poco rato, y cuando la esposa del Jefe del Estado todavía estaba departiendo con las autoridades, penetró en el Pazo un grupo de mujeres del inmediato pueblo de Sada que prorrumpió en vítores al Caudillo y a su esposa.

Desde esta fecha comienza la nueva vida de Meirás. En aquellos años, ya lejanos idílica y familiar: una familia española más que veranea. Días más tarde, el arquitecto restaurador le regaló a Carmencita una casa de madera, desmontable, que se emplazó en la cercana playa de Bastiaqueiro; consta de un pequeño salón de reposo, habitación de aseo y una terraza. La casa, que todavía se emplaza en el mismo lugar se arma y desarma en dos horas.

En Meirás todo es tranquilo. Alguna vez se hacen excursiones y visitas a los pueblos de Galicia: breves escapadas para retornar en el mismo día al Pazo. El horario de Carmencita en aquel verano era el siguiente: levantarse a las nueve menos cuarto, misa a las nueve, desayuno, playa hasta la una y media, almuerzo, descanso hasta las cuatro, clases de cuatro a seis merienda, juegos y paseos por la finca, muñecas, casitas y una bicicleta que le habían llevado los Reyes Magos a Burgos.

El día 1 de septiembre Doña Carmen recibe la visita de lady Chamberlain, esposa del «premier» británico, en honor de la cual se sirve un té. Este ha sido el primer año de Meirás, cuya temporada concluyó el día 14 de septiembre con el regreso de la familia del Caudillo a Burgos.

EL PRIMER DIA DE FRANGO EN MEIRÁS

Por especial privilegio de Su Santidad, el Año Santo compostelano, que debiera de clausurarse el último día de 1937, fué prorrogado un año más, con el fin de que un mayor número de españoles pudiesen conseguir sus gracias. El Caudillo todavía no se había acercado a la Puerta San-

ta, pues las necesidades de la guerra no le consentían abandonar un momento la dirección de las operaciones. Pero a fines de 1938, concluida la gran batalla del Ebro, se había llegado a la fase de liquidación definitiva. Franco podía permitirse un breve descanso y podría peregrinar a Santiago de Compostela.

En las primeras horas de la madrugada del 5 de octubre de 1938, llegan a pernoctar al Pazo de Meirás el Caudillo y su esposa. Es la primera vez que el Jefe del Estado español pisa su mansión de la tierra marítima. En el viaje le acompañaban los Ministros del Interior señor Serrano Suñer y de Agricultura, don Raimundo Fernández-Cuesta.

Muy de mañana salieron con dirección a Santiago, y a las dos y media de la tarde regresaron a Meirás, donde fueron saludados por las autoridades. En el salón Blanco recibieron la visita de diversas Comisiones. La Junta Pro Pazo le entregó un pergamino confirmante de la donación de Las Torres, y el Caudillo estampó el «accepto» en otro que se conserva en la Diputación de La Coruña. Luego pronunció unas breves palabras: «Acepto gustoso, exclusivamente por tratarse de un obsequio de mis paisanos».

Aquel mismo día le fueron impuestas las insignias de presidente honorario de la Archicofradía del Apóstol. Y mientras almorzaba en el Pazo, llegó el coro regional de su ciudad natal («Toxos e Froles», que amenizó con sus cantos y bailes a los asistentes al almuerzo).

Al siguiente día se levantó muy de mañana. Recorrió el parque y examinó con detenimiento las obras que se realizaban en la casa, acordando efectuar algunas reformas: su despacho se instalaría en la llamada Sala del Príncipe, en la torre baja, y en un salón inmediato el despacho de sus ayudantes. En la planta baja se pensó instalar una sala de billar y un salón de recepción de visitas. En los jardines planearon diversas reformas para facilitar el acceso al edificio y la circulación rodada dentro del parque, en el que se plantarían cedros y otros tipos de árboles. Se detuvo, también, en una pequeña casita, «O Pacífico», construida para Carmencita.

Al mediodía llegaron las autoridades para despedirle e inmediatamente inició el regreso a Burgos. La estancia del Caudillo en Meirás había sido inaugurada.

Ya desde entonces, todos los años ha pasado una temporada más o menos breve en este Pazo de su tierra gallega. Y hasta 1946, éste es el único lugar de veraneo que utiliza. En este año inicia las jornadas de San Sebastián llegando, luego de su estancia en la ciudad donostiarra, a Galicia y regresando a Madrid desde Meirás u otro punto de la región gallega.

EL CAUDILLO EMPIEZA SU JORNADA AL AMANECER SOBRE EL VALLE DE LAS MARINAS

Sus actividades en Meirás han experimentado una variación muy ligera. La jornada del Caudillo se inicia siempre con las primeras horas del amanecer, de un en-

canto especial: la mansedumbre del valle de las Mariñas penetra en los árboles del parque, viciosos de mirios que tempranito comienzan a chascar entre la fronda. Y la mirada siempre se detiene un poco entre los pinos y la flor amarilla de los tojos; son días pegadizos, de terruño. Pero la compensación surge los días claros, de cielo terso, en que la mirada se eleva y ventea la proximidad del mar, allá, al caer de los últimos campos de maíz. Desde las ventanas de sus habitaciones, Franco siempre lanza una mirada de comprensión hacia el paisaje.

Pronto inicia la jornada de trabajo en el despacho, que suele durar casi toda la mañana. A veces, un pequeño paseo por el parque, una fruta, fresca, catada del árbol, una mirada a las patatas de la finca, unas palabras con los campesinos, una sugerencia sobre los cultivos. Luego, vuelta al trabajo hasta la hora del almuerzo.

Por la tarde, suele repetirse el plan de vida; trabajo en su despacho y un breve recorrido por los jardines y la finca.

Pero esto es muy pocas veces. Las horas que el Caudillo pasa en el Pazo son las menos. Siempre hay que proseguir la tarea de gobierno: viajes a los pueblos y capitales de Galicia, inauguraciones de obras botaduradas de barcos, maniobras militares, visitas de protocolo. Nada de descanso. La vida prosigue, tal vez con más intensidad que en su residencia de El Pardo.

Los momentos más felices son los que transcurre en alta mar dedicado a la pesca. Las revistas y los noticieros cinematográficos han popularizado sus hazañas de pescador.

A este respecto se cuenta una anécdota curiosa. Hace dos años, habiendo salido a dar un paseo por los alrededores del Pazo, se detuvo a charlar de pesca con un viejo marinero que no le reconoció:

—¡Bueno, los sitios que yo conozco! Eso es una maravilla y no las partes por donde llevan a pescar a Franco. Estoy seguro que si fuese a donde yo le digo haría unas pescas maravillosas.

El Caudillo calló y prosiguió su paseo, pero a los pocos días mandó llamar al marinero y, efectivamente, las piezas que cobró resultaron extraordinarias.

En sus correrías de pescador por las rías, casi siempre se hace acompañar de algún veterano marinero que le indica los lugares más apropiados para la pesca. Y es entonces, en la soledad del mar, cuando su espíritu se expande con más vivacidad.

ESCENARIO DE ACONTECIMIENTOS IMPORTANTES

El Pazo ha sido escenario de algunos acontecimientos de importancia, pero tal vez el más interesante y hasta el momento, no repetido ha sido la jura de su cargo por un Ministro del Gobierno.

El 10 de agosto de 1944, pocos días después del fallecimiento en San Sebastián del conde de Jordana, llegó a La Coruña el embajador de España en Vichy, don José Félix de Lequerica. Al día siguiente, en el Pazo de Meirás,

el Caudillo firmaba un decreto por el que se nombraba al hasta entonces embajador en Francia Ministro de Asuntos Exteriores. La ceremonia de la jura se verificó, inmediatamente, en el mismo lugar, tomando juramento al nuevo Ministro su colega de Justicia don Eduardo Aunós en presencia del Jefe del Estado y del Ministro Secretario General del Movimiento señor Arrese.

Dos años más tarde, los días 29 y 30 de agosto de 1946, se celebró el primer Consejo de Ministros en la historia de Meirás. La reunión tuvo lugar a las cinco menos diez de la tarde en el salón-biblioteca. Desde aquella fecha todos los años se reúnen los Ministros en el Pazo del valle de las Mariñas.

Por la residencia veraniega han pasado también gran número de personalidades ilustres. En el año 1948, después de haber hecho la ofrenda al Apóstol, el Caudillo regresa a Meirás. Tres días más tarde ofrece un almuerzo al embajador de la República Argentina don Pedro Radio —el único que se presentó en España cuando la famosa retirada de embajadores— y a su hija. Ya en el mes de agosto, sienta a su mesa a la hija del Presidente de Filipinas don Elpidio Quirino, señorita Victoria Quirino, que hizo entrega al Generalísimo de un magnífico bastón obsequio de su padre.

Pero de todas las recepciones celebradas en el Pazo ha sido, sin duda alguna, la más brillante la que tuvo lugar el 6 de septiembre de 1949 en honor del Rey Abdullah I de Jordania. Llegó a Meirás a las doce y media de la mañana, acompañado del príncipe Naif y del ministro de Jordania en Madrid, El Generalísimo y el Rey se trasladaron a la biblioteca, donde celebraron una extensa conferencia. Concluida, el Caudillo impuso al Rey Abdullah la Gran Cruz del Mérito Civil con distintivo blanco, y el Jefe del Estado español fué condecorado con la más alta condecoración de Jordania, que también, le fué concedida a Doña Carmen Polo, primera dama que recibía tal condecoración. Durante el almuerzo, la Orquesta Municipal de La Coruña ejecutó diversas



En la biblioteca del Pazo de Meirás

composiciones. Por la tarde, el Generalísimo y Abdullah sostuvieron otra breve conversación hasta la hora en que el Monarca inició el regreso hacia La Coruña.

Al siguiente año fué huésped durante unas horas el Jefe del Gobierno portugués, doctor Oliveira Salazar, que durante unos días recorrió la región gallega en unión del Jefe del Estado.

No son muchos los acontecimientos de importancia que han tenido por escenario el recinto del Pazo gallego, pero decir Franco en Meirás es decir Franco en Galicia, con toda la secuela de realizaciones que su presencia plasma a cada momento: inauguración de líneas de ferrocarril, obras portuarias, Escuela Naval, pantanos, ferias industriales, congresos, sanatorios. El pequeño mundo encerrado dentro del Pazo es solamente una pequeña dimensión de las actividades del Caudillo en lo que se llama temporada de Meirás.

Luis ESPINOSA
(Enviado especial)



Consejo de Ministros en el Pazo, presidido por el Caudillo

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



El Caudillo filmando una película a una de sus nietas; abajo, el Generalísimo recibe las muestras del afecto y fervor de los españoles

**UNA
BATALLA SIN
BAJAS: LA PAZ
DE FRANCO**

